



LOS VENCEDORES
Manuel Ciges Aparicio



Lectulandia

Manuel Ciges Aparicio, por encargo de Vida Nueva, se trasladó a Mieres para informar acerca de la represión que siguió a la «Huelgona» de 1906 y tras residir aquí unos meses escribió la novela «Los vencedores», en la que retrata la vida de las diferentes clases sociales de la villa durante esas fechas. A través de conversaciones con diferentes personajes de la villa, Ciges desgranó el día a día de los mierenses de principios del siglo xx y retrata la España del momento. La industrialización voraz, la avaricia de los inversores e industriales, la miseria de los obreros, la transformación del paisaje, el incipiente movimiento obrero, la desconfianza en la clase política...

En la novela Ciges no se limitó a recopilar los datos de sus artículos periodísticos, sino que amplificó esos materiales para hacer de ellos un texto literario construido a partir de unas circunstancias históricas contemporáneas. El objetivo del autor fue, pues, adecuar ese germen reflejado en los artículos publicados a nuevos criterios formales y dotarlo de una disposición temporal que se correspondiera con el hilo narrativo propio de una novela. A pesar de ello, Ciges suprimió en la novela los nombres propios y los topónimos, con la probable intención de otorgar a su obra un carácter más universal, aun cuando cualquier lector informado tuviera meridianamente claro que la familia propietaria era los Guilhou y el pueblo anónimo donde se ubicaba la historia era Mieres.

La crítica que contienen sus páginas a la familia Gilhou, propietaria de la Fábrica de Mieres en cuyas minas se había desarrollado el conflicto, determinó que fuese perseguido y amenazado por el llamado «gabinete negro» hasta que tuvo que abandonar la región. «Los vencedores» se publicó en 1908 y todos los ejemplares que llegaron a Asturias fueron adquiridos por los dueños de la Fábrica.

En la presente edición se han mantenido las normas ortográficas y tipográficas de la edición de 1908, a partir de la cual se ha realizado esta.

Lectulandia

Manuel Ciges Aparicio

Los vencedores

ePub r1.0

emiferro 06.07.2019

Título original: *Los vencedores*

Manuel Ciges Aparicio, 1908

Imagen de portada: La extinguida Fabrica de Mieres y el río Caudal

Diseñode cubierta: emiferro

Editor digital: emiferro

ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

LAS LUCHAS DE NUESTROS DIAS

LOS VENCEDORES

POR

M. CIGES APARICIO



MADRID
M. PÉREZ VILLAVICENCIO, EDITOR
REINA, NÚM. 33
1908

Días asturianos. Cielo bajo y plomizo. La fina llovizna destila incesante llenando de laxitud mi ánimo, acostumbrado á^{la} zonas tropicales, donde el sol abrasa y la sangre bulle de pasión. Los altos montes circunvecinos están cubiertos de intenso verdor dulcificado por la suavidad de la luz grisácea, y las nubes ruedan solemnes sobre las húmedas cimas.

Forman el pueblo grupos de casas, y un río que corre al lado es negro y silencioso, como los ríos infernales... La paz reina en este valle... De tiempo en tiempo, sobrecoje el ánimo un importuno silbar de locomotora, y un tren, pequeño y férreo, pasa veloz... La calma vuelve á reinar más amorosa que antes... Por los altos montes vestidos de nubes, nieblas y azul, sube atrevida una vagoneta y baja otra; pero su ruido es tan leve, que parece esconderse en los tupidos robledales y pomaredas que cubren la falda.

Entre las casas hay dispersos hórreos montados sobre cuatro ó seis pilares de madera, que evocan el recuerdo de las viejas habitaciones lacustres. Entre grupo y grupo urbanizado se extiende el campo de suavísimo verdor que acaricia á la vista fatigada y alienta la fragancia ingenua de la hierba, haciendo pensar en escenas virgilianas é infundiendo aborrecimiento por los cálidos perfumes de las ciudades.

Sólo desentona en este quieto valle, poblado de paz y de dulzura, el río negro, los periódicos alaridos de las locomotoras y los rápidos planos inclinados por donde las vagonetas van.

Las casas están cerradas; silenciosas las casas abiertas.

Las calles, solitarias.

Nada anuncia aquí las luchas de nuestros días.

¡Como se apaciguan los nervios que la ciudad excitó!

LOS VENCEDORES

I

Por las ventanas se ven gotear pausadamente los árboles del jardín. La luz es tan suave y mimosa, que entorna los párpados, invita al sueño é interrumpe de tiempo en tiempo la conversación. Mi nuevo amigo y yo contemplamos entonces el cielo gris ó la cadena de montañas que á nuestro frente se extiende, y pasa largo trecho sin que nuestras palabras alteren la amable quietud que nos rodea.

Laxo, sin matices en la voz y con sus vagos ojos de miope absortos en las lentas evoluciones de las nubes que envuelven las altas crestas, dice mi amigo:

—A usted que viene de afuera, le parecerá tranquilo esto. A nosotros se nos antoja muerto... Un infierno muerto...

—¿Paradoja tenemos?

—Quizás; pero no la rebuscada paradoja de nuestras tertulias madrileñas... ¡Ni resabios me quedan de aquella vida!... Si se compara lo pasado y lo presente, este es un pueblo muerto, y es un infierno... El dinero escasea. Las familias emigran temerosas. Las tertulias se disuelven. La alegría ha huido asustada. Nadie osa hablar alto. El espionaje se ejercita hasta en los propios hogares. La amistad se hace recelosa...

Marca una larga pausa en que sólo se oye el lento goteo de las hojas en el próximo jardín; luego respira largo como si saliese de una honda cavilación, y pasándose la mano por la frente, continúa:

—Antes se trabajaba como ahora; pero había libertad y contento... Algunos meses se distribuían ciento veinte mil duros en jornales; el dinero circulaba con prodigalidad, y los mineros podían permitirse hasta el mal gusto de fanfarronear los domingos con sus trajes de cien pesetas, sus enormes cadenas macizas de reloj...

—¡Como todos!

—...y alardear ante el honrado burgués tomando seis ú ocho vasos de café... Sobrevino la huelga, y todo ha cambiado bruscamente.

—Es posible que una reacción de los obreros termine con la crisis.

—¡Reacción! —murmura distraído—. ¡Es difícil!... ¡Tardará mucho!...

Y mira distraído al través de los cristales las hojas lustrosas de los árboles y las ligeras nubes que sobre los montes vecinos se mecen.

Luego se sienta; adopta una actitud indolente, y haciendo un esfuerzo para dar vigor al tono perezoso de sus palabras, prosigue:

—Fué un golpe terrible para los obreros, y la magnitud de las consecuencias nadie la esperaba... Nadie, y todos teníamos que haberla previsto... Eran al modo de esos hombres corpulentos, pero fofos y sin consistencia, que al primer empuje se les tumba... La libertad de que disfrutaron les permitió organizarse: cuando se creyeron fuertes, abusaron de su poder. Se hicieron orgullosos, autoritarios, nos trataron con menosprecio á los demás...

—Siempre el poder determinando males...

—¿Piensa en anarquista? —me pregunta.

—Pensaría, si no considerase á la naturaleza humana peor que al poder.

—¿Luego es pesimista?

—Veintitrés horas del día... Continúe...

—Los directores de la fábrica y las minas, que trataban á los empleados y al pueblo altaneramente, recibían fingiendo cordialidad á las Comisiones obreras, halagábanlas, invitábanlas á sentarse, las obsequiaban con habanos y licores... ¿Qué pedían aquellos enviados?... En ocasiones, la expulsión de algún trabajador que se negaba á asociarse...

—Ya sabe usted cómo justifican esos actos.

—Para mí nunca están plenamente justificados. Sin embargo, reconozco que al espíritu de asociación deben importantes mejoras. Gracias á él obtuvieron fáciles aumentos de jornal; los dispersos se incorporaron al movimiento socialista, que les granjeaba beneficios sin riesgo. Así pudo contar el partido obrero más de cinco mil afiliados en este Concejo, y ser uno de los principales núcleos de la nación... Estalló la huelga; sostuviéronla dos meses y medio, hasta que el hambre agotó su resistencia, y á este primer fracaso la asociación quedó disuelta, deshecha y aplastada. La ignorancia y el terror de los obreros al verse vencidos ha hecho más fácil la brutal persecución de los patronos.

—Creo que la huelga no fué violenta.

—¡Oh, no; por violentos no puede acusarse á los huelguistas! Fué un movimiento ordenado. La fuerza pública apenas tuvo ocasión de intervenir, y si hubo detenidos y se incoaron procesos, más fué obra de la arbitrariedad que culpa de los mineros... Tres cartuchos de dinamita estallaron durante el período de la revuelta, y ni siquiera hay indicios de que fuesen los trabajadores quienes los pusieron. Quizás sea más justo atribuirlos á extraños agentes interesados en agravar los sucesos para que la Guardia civil pusiese término á la lucha fusilando á los huelguistas.

—¿Les faltó á éstos ayuda?

—Tuvieron la de numerosas asociaciones españolas, y aun aquí mismo, por temor más que por afecto, les ayudó el comercio dándoles géneros fiados, y los vecinos con recursos metálicos.

—Ha dicho que por temor...

—Es la verdad... Inspiraban temor por suponérseles mucho más fuertes de lo que eran... Iban progresando en el Ayuntamiento, y si con la conquista del poder se exaltaba su orgullo de clase dominadora, también eran severos en el ejercicio de sus funciones... Como no eran inmorales, ataban corto á la inmoralidad é imponían respeto...

—¿Por eso les odiaban?...

—Nunca se llegó á odiarlos. Ni siquiera se sintió malquerencia por los obreros; pero el momento en que propusieron la huelga fué inoportuno... Les faltaba la razón.

—Mis informes son distintos... La Empresa les había rebajado el diez por ciento en los jornales con la promesa de restablecerlos en su integridad cuando los carbones subiesen... Los carbones subieron, y la promesa quedó incumplida.

—Si tan literalmente obligan los compromisos, razón tuvieron los mineros en declarar la huelga. Pero la Empresa no podía compensar las pérdidas que sufría en los hierros y aceros con el alza en los carbones. Los consejos de la prudencia tenían que haber moderado á los obreros. Pero éstos sólo acostumbran á inspirarse en sus intereses de clase; los del patrono apenas intervienen en sus cálculos, como si entre unos y otros no existiese obligada relación... ¿Quisieron la huelga?... Pues la Empresa hizo muy bien resistiendo en aquel momento... ¿Lo duda usted?

—No lo dudo.

—Pues bien; no faltaron trabajadores inteligentes que recomendasen la calma. Fueron los mismos que año tras año lucharon en atraer á sus compañeros y darles sólida organización: a ellos y al espíritu que les

infundieron debían las ventajas anteriormente obtenidas... Vana, orgullosa, engreída de sus precedentes conquistas, la masa obrera cerró ahora los oídos a sus consejeros; llamó traidores á los que le anunciaban un seguro desastre; secundó á los charlatanes, y, por fuero democrático de su gran mayoría, declaró la huelga... Los traidores se resignaron; fueron, como siempre ocurre, los que lucharon con más brío durante los dos meses y medio de crisis dolorosa, y los que ahora se afanan por reorganizar á los vencidos... Una anciana que entreabre la puerta y anuncia á mi amigo que la comida está servida, interrumpe la conversación.

II

Reina el gran silencio de los crepúsculos campestres que termina con mi febril excitación de la ciudad. Desde la galería de mi posada contemplo, pensativo é inmóvil, el descenso del pálido sol, que se esconde tras las montañas aterciopeladas, tiñendo de suave violeta los jirones de nubes que bogan por el espacio. Las vacas toman de los prados, y sus esquilones resuenan con prestigio de égloga en la mansedumbre del atardecer. Las nieblas se espesan sobre los montes, y por todo el valle actúan las primeras sombras de la noche.

Cuando más distraído estoy, siento pasos á mi espalda, y un antiguo obrero se me acerca.

—Hace dos días que le busco —me dice.

—Yo también le he buscado —le contesto.

Es bajo, seco, frío. Lleva la barba en punta, y me mira atenta, inquisitivamente, con ojos que á la escasa luz del anochecer me parecen inundados de la serenidad que emana del paisaje, ó quizás de la tenue melancolía que la persecución ha inspirado a los obreros.

Este, que glacial estrecha mi mano, ya no lo es. Después de la huelga le expulsaron del trabajo, y ahora se ocupa en vender periódicos para ganar el sustento.

—¿Le producen mucho? —le digo cuando me anuncia su nuevo oficio.

—Lo necesario para no echar de menos mis antiguas labores, si pagasen todos. La miseria es grande, y no es poco lo que me deben.

Su tono es uniforme y discreto. Ni el abatimiento que domina en estos duros tiempos de humillación, ni la iracundia del que se cree víctima y siente interiores rebeldías influyen en su voz.

—Me han dicho que también usted fué acusado de traidor por oponerse á la huelga.

—Es verdad; también lo fui.

—Aquella protesta de sus compañeros fué injusta.

—¿Qué protesta?

—La huelga.

—¿Y por qué fué injusta?

—Porque si el precio de los carbones subió, la Fábrica perdía en sus hierros.

—¿Y por qué perdía?

—Observo que se vuelve ahora defensor de la huelga...

—No defiendo su oportunidad; la defiendo contra el ataque de injusta. Por considerarla inoportuna fui de los que votaron en contra... Que la Fábrica perdía en sus hierros... ¿y por qué perdía?

—Me han dicho...

—Perdone: le habrán repetido alguna de las numerosas razones que la Fábrica expone para justificar su deplorable situación económica vía necesidad de reducirlos jornales... Por ejemplo: su ingreso en el «trust» de los aceros, ¿verdad?

—Justo. Al obligarla á ingresar han extremado su crisis.

—Naturalmente, como que el «trust» sólo le asegura la mitad de venta que tenía antes. Pero que dé gracias al «trust», porque sin él, hoy vendería menos, y dentro de poco no vendería nada. Los aceros de aquí son los peores que se fabrican en España, y los consumidores recomiendan, al hacer sus pedidos, que sólo cuando no haya otros les envíen éstos... No tiene razón para quejarse á nadie de la crisis que sufre. Sólo ella tiene la culpa, que envejece y no se transforma. Condenada está á sucumbir muy pronto si la hulla no la salva, ó pasar á mejores manos.

—Ya sé que la dirección es inepta.

—Pero la dirección podría cambiarse... El peligro real está en París; de allí le viene la muerte.

—No comprendo.

—En París vive habitualmente el dueño.

—¿El señor enfermo?

—El señor podrido de vicios; el de las horizontales y las apuestas de caballos, que devoran innumerables millones...

—¿Sin exageración?

—Ninguna. Los millones que de aquí salen se disipan en el extranjero como si fuesen humo. Sábese que, enfermo y reblandecido de la médula, todavía sostiene por vanidad á varias mujeres elegantes y costosísimas; sábese que es temerario en las apuestas; pero, aun así, nadie puede explicarse cómo ha aventado tanto dinero.

—¿Cuánto?

—¡Quién lo sabe!... Cuando los negocios eran prósperos ha habido año de evaluarse las ganancias en veinte millones... ¡Todo derrochado!... La Empresa quizás no goce ahora de tan grandes beneficios; pero la ganancia es segura; desde hace algún tiempo aumenta el precio del carbón, los pedidos son cada día mayores y los rendimientos allá van, camino de París, de Biarritz, de la Costa Azul... dondequiera que el señor enfermo expone sus vicios.

—¿Y nadie le aconseja?

—¡Quién!... Sólo de tarde en tarde viene á pasar dos ó tres semanas con su familia, y ésta ejerce poca influencia en él. Ese hombre sabe que la muerte le sigue de cerca, y dice como el soberano francés: «¡Después de mí, el diluvio!» Su único oficio ha sido siempre el de gastar dinero; pide cincuenta mil francos y el Director le envía cien mil. ¿Qué le importa si la dirección es inepta mientras no le regatee el dinero?... Y si se le regatea... Rostchild le ha hecho muchos empréstitos...

—Pero el mismo Director podría moderar sus gastos por celo profesional y amor á la Empresa.

—No duraría un mes... Es muy mediocre, y sólo su adhesión al dueño puede conservarle en el alto cargo que desempeña... El ejemplo de su predecesor le sirve de enseñanza... Hubo años pasados un ingeniero de gran talento y fecundas iniciativas: á él y al padre del actual propietario se debe la prosperidad de esta riquísima cuenca. Murió el primitivo dueño, y aquel Director de tan grata memoria tuvo que renunciar al cargo...

—¿Por el dinero?...

—Por el dinero y por su dignidad hollada. El heredero devoraba sin medida. El Director le escatimaba las remesas y sólo le permitía derrochar la mitad de las ganancias. La otra mitad invertíala en renuevo y mejoras del material explotador. A él se debe cuanto existe en las fundiciones... Cansado de enviar dinero para alimentar los vicios del señor; despojado de recursos para fomentar la industria; fiscalizado en sus peculiares funciones por la mujer del amo, que le abría la correspondencia, tuvo que dimitir y ofrecerse á otra Empresa que sabe estimar mejor sus prendas.

—Luego el sucesor ha hecho bien afianzándose en su puesto...

—Es probable, si sólo á su interés atiende; pero que no acuse de exigentes á los obreros ni invoque la crisis económica, que él y sus amos agravan, para amenguar los jornales. Desde que salió el primitivo Director ninguna iniciativa se ha concebido, ningún material se ha renovado. De lo que él dejó,

de eso se vive... Otras empresas han progresado; ésta resulta hoy anticuada y no puede resistir la competencia...

—¿Y el Director no presiente el desastre?

—Tal vez; pero se calla... Obtener dinero para que no falte al dueño es su única preocupación. Como no es joven, debe de repetir con él: «¡Después de mí, el diluvio!» Las reservas de su antecesor las consume rápidamente. Las capas de carbón que el otro puso de manifiesto y á punto de extraer, las agota con los abundantes pedidos. Si en su avance por las capas encuentra una falla, suspende los trabajos, aun sabiendo que detrás podrá encontrarla, y acude á capas nuevas para no gastar jornales en la busca. Nada tampoco de hacer tanteos y prevenir reservas de carbón para el momento en que las capas descubiertas falten y los pedidos apremien... Se vive al día y se explota al día para que no se interrumpa el torrente de oro que el crapuloso señor desparrama.

—El diluvio no tardará en llegar...

El vendedor de periódicos hace un signo de asentimiento con la cabeza, y mientras recoge el sombrero, dice:

—Entretanto, tendremos que pagar los demás las locuras y desaciertos de esa gente.

III

Cuando llegamos á la calle, pregunto al antiguo obrero:

—¿Dónde vamos?

—Al Centro Obrero... ¿No desea verlo?

—Sí.

Las nubes han vuelto á encapotar el cielo y la llovizna desciende sutil y helada. Aunque estamos en la plenitud del verano y el sol incendia las pajizas llanuras castellanas que hace cuarenta y ocho horas dejé á mi zaga, me creo transportado al mes de Noviembre ó á exóticos países donde el estío caluroso apenas reina. Mudos recorreremos algunas calles silenciosas y encharcadas. La luz es escasa. Más que activo centro industrial parece éste tranquila aldea donde el vecino duerme apenas viene la noche... ¡Toc, toce, toc!... Una anciana pasa arrebuja á nuestro lado, sonando huecamente sus madreñas, que levantan tristes y acompasados ecos... ¡Toc, toc, toc!... Entre las sombras se pierde la vieja; nosotros proseguimos nuestra marcha por retorcidas y limosas callejuelas, y ya ha pasado buen trecho y aún las madreñas se oyen resonar lejanas en la quietud de la noche... ¡Toc, toc, toc!...

—¿Falta mucho? —pregunto á mi acompañante.

—Mire el Centro ahí enfrente.

Me fijo, y percibo una gran mole cúbica rodeada de sombras y nieblas.

Pocos pasos más y nos encontramos ante un angosto puentecillo de madera tendido sobre un arroyo denso, ennegrecido por el carbón de las minas. Mi compañero se detiene, y luego de dirigir una rápida mirada en torno, murmura:

—En este puente se instalan los guardas de la Fábrica para acechar á los obreros que vienen al Centro y despedirlos al siguiente día.

—Pero es cierto ese espionaje de que tanto se habla...

—¡Quién puede dudarlo!...

—A nadie veo por aquí.

—¿Y cómo, si los obreros, atemorizados, ya no se atreven á venir?... Sin embargo: es suficiente convocar á junta general para que los espías acudan,

aun sabiendo que sólo asistirán ocho ó diez trabajadores expulsados de la Fábrica, y que ya no dependen de ella. ¿Desea ver á nuestros perseguidores?

—Me parecería curioso.

—Convocaremos á junta... Encontrará dos parejas: una aquí, á la entrada del puente, y la segunda allí, á la salida... Como no hay otro camino, tenemos que pasar entre ellas, y si alguno procura que no le conozcan echándose la gorra hacia los ojos, un guarda jurado avanza con insolencia, le examina hasta reconocerle, y vuelve á su sitio.

—Y siendo tan obscuro y desviado éste, ¿nunca se les ha ocurrido lanzar á esos alcahuetes puente abajo?

Se sonríe y murmura:

—¡Nunca!

—¡Qué lástima!... ¡Sería delicioso darles un gran baño en ese agua negra é infecta!

Y él observa apesadumbrado é irónico:

—¡Cómo se conoce que es usted forastero y que no ha de tardar en salir de aquí!

Calla, y cogiéndome de la mano, me guía entre piedras y baches hasta el Centro.

Hay un patio mal empedrado donde el agua se encharca. Oscuridad que nos hace avanzar a tuestas. Una escurridiza escalera de madera que empieza á desvencijarse. Un gran salón que repercute frío y tembloroso nuestros pasos. En el fondo, una luz alumbra parcamente, y debajo se designa una figura borrosa que parece leer. A la izquierda están alineados algunos bancos de escuela, que con su imperturbable tranquilidad de cosas parecen esperar la turba de chiquillos.

El único ser que en el vasto salón alienta, deja el periódico en que lee y nos saluda. Es un antiguo obrero de gesto rudo, derecha mirada y fuerte cabeza que empieza á encanecer.

—¿Nadie ha venido? —pregunta mi guía.

—¡Nadie! —dice con voz tranquila, pero tan segura, que anuncia una secreta irritación domada por el tiempo—. ¿Quién puede venir aquí? —añade, arrugando la frente.

Luego pasea una mirada por el salón penumbroso, mueve pensativo la cabeza y prosigue con tono lento y claro:

—Aunque desierto, aún es la sombra negra de los patronos, que darían cualquier cosa por verlo piedra sobre piedra.

—¡Poco faltó para que lo perdiésemos! —dice sentenciosamente el vendedor de periódicos.

Me ofrecen una silla, siéntanse ellos y me cuentan la historia del Centro.

Fué en los tiempos fructuosos de la organización obrera. Creyendo definitivo su triunfo, los fundadores no escatimaron gastos. Más de siete mil duros invirtieron —un tesoro para su modestia proletaria— sin que las obras quedasen rematadas. Para lograr lo hecho, tuvieron que tomar prestadas tres mil pesetas al Montepío de la Fábrica... Sobrevino la huelga; se hipotecó el edificio para sostenerla, y se hizo devolución de la cantidad prestada á los obreros del Montepío, que eran precisamente los iniciadores del paro... Terminó la lucha, vencieron los patronos y empezaron una venganza inexorable y sin tregua... Fué un siniestro acoso por el hambre, acompañado de sangrientas burlas... Rindiéronse los rebeldes; disolviéronse las sociedades de resistencia... El miedo aumentó de día en día... En medio del desastre material y moral, sólo el Centro Obrero persistía derecho y amenazador. ¿Cómo destrozarse al Centro? Los patronos clamaron iracundos que durante la huelga los obreros no eran sus obreros, y los socios del Montepío que prestaron y recibieron el dinero, eran como expulsos y no socios... Y declararon nula la entrega, y reclamaron judicialmente el débito. El juez, —hechura del caciquismo y bravucón de oficio, esclavo de la Fábrica, por su influjo nombrado y para que cumpliera sus órdenes sostenido, emparentado con una mujer que dió al mundo clandestinamente un hijo de que fué padre alguien que en la Fábrica ejerció alto imperio— falló en contra del Centro Obrero... ¡Y, ay, si no falla, porque le costara el cargo!

—¡Apelemos; prosigamos el pleito! —exigieron algunos.

Pero las persecuciones continuaban. Los obreros, arrojados con sarcasmo de las faenas, tenían que emigrar. Por centenas huían á otras regiones, á América, pues hasta en las distantes regiones donde buscaban amparo les seguía la saña vindicativa de los vencedores... El terror pánico de los antiguos ejércitos había caído sobre estas otras huestes de las modernas luchas, y el consejo de los prudentes pudo ahora prevalecer... ¡Proseguir el pleito era una locura que implicaría la toma y desmantelamiento del único baluarte que en la extensa cuenca hullera quedaba al proletariado!... La Fábrica era poderosa; los tribunales españoles son harto pobres para poder resistir la fuerza de su dinero —¡bien claro se había visto en otros pleitos!—; políticos influyentísimos, ministros consejeros de ella, oligarcas encanallados y árbitros de provincias enteras, le servían de valedores, como le habían servido antes, y siguen sirviéndola mediante los vínculos de la complicidad ó

de la sangre... ¡Pleitear era locura!... Aunque el Centro venciese á la Fábrica, quedaría vencido y exhausto... ¡Era preciso abonar otra vez las tres mil pesetas!... ¿Nada más?... Pero la Fábrica exigía ahora pingües réditos. Nada se había hablado de réditos; nadie pensaba en ellos... Fué una sorpresa; pero la Fábrica los exigía imperiosa, y no era posible contrariarla... ¿De qué modo contrariarla?... ¿Acudiendo otra vez en busca de la Justicia?... ¡Cómo suena á sarcasmo esta mentirosa palabra cuando está desvalido el que la invoca y es opulento el adversario!

¡Tres mil pesetas y réditos, tras una prolongada huelga en que el hambre hizo estragos, y la asociación obrera estaba empobrecida y deshecha, cazados sus miembros, desvahidos y soberbios los perseguidores!... Dinero no había... Cuando era forzoso entregarse total y definitivamente, otra sociedad obrera de Madrid prestó el dinero, sin interés alguno, en un rasgo de solidaridad proletaria...

Cuando me han contado estos sucesos, callan melancólicamente los dos antiguos obreros... Mientras ellos meditan, me levanto de la silla y examino distraído los retratos de Marx é Iglesias, que en lugar preferente del local se destacan. Luego reconozco los bancos de escuela que pacientemente esperan á la turba de chiquillos, y sentándome otra vez en la silla, escucho meditabundo el claro rumor de la lluvia.

IV

Hace largo rato que ninguno altera el silencio. Quizás los tres pensemos en la misma cosa...

Yo pienso en el epílogo de aquella fatal huelga, y deseo completar mis informes.

Los dos amigos me los dan.

El Director de la Empresa no quiso recibir a las comisiones que los obreros y el Ayuntamiento le enviaban para concertar la paz y reanudar las faenas. Tenían los trabajadores que someterse sin condiciones, ó se encontrarían cerrada la Fábrica y suspensos indefinidamente los trabajos de las minas en un plazo perentorio. El miedo rindió á unos. El fracaso desalentó á otros...

Cesó la huelga.

Cesó la huelga y empezó la persecución. Los patronos nombraron una Junta compuesta de altos empleados para admitir ó rechazar á los huelguistas. Por los procedimientos de selección que empleó, la Junta se granjeó el nombre de Gabinete Negro. La malquerencia de un capataz, la delación de un antiguo compañero, la denuncia de un sacerdote ó el chisme de una comadre, fué suficiente para excluir entre burlas é insultos á obreros honrados y de reconocida habilidad, que ni siquiera se habían significado de turbulentos en la huelga. Por la calle iba contando sus malaventuras un pobre anciano que durante cuarenta años había consumido el vigor de sus robustos músculos, única herencia que en el mundo tuvo, en el puntual servicio de la Empresa. Exhausto, inútil ya, le dejaron sin amparo al reanudarse las tareas.

El Gabinete Negro organizó en seguida á sus auxiliares para ejercer á todas horas y en todas partes el espionaje. Los guardas jurados de la Fábrica fueron los primeros en ejercerlo, insinuándose entre los obreros, visitando los lugares que frecuentaban, fingiéndose enemigos de los patronos, tomando nota de lo que se hablaba y mejor nota del imprudente en hablar claro para expulsarlo á la inmediata mañana.

—¡No puede durar tanta persecución! —debían los perseguidos—. ¡Se cansarán!...

Y en el cansancio fiaban la mejora de su suerte.

Cansados de esperar los excluidos del trabajo, fueron huyendo del pueblo, empujados por el miedo y por el hambre. El tren los depositaba diariamente y por familias enteras en otras comarcas, ó los entregaba á los barcos que habían de trasladarlos á las playas americanas para continuar su fatigosa lucha por una existencia árida, en que las necesidades inferiores no satisfechas excluyen la dicha y hasta a comprensión de los altos ideales.

Y el furor persecutorio aumentaba, como si una potencia maléfica lo alimentase.

Sereno, meditativo, bañados los ojos en la dulzura que emana de esta maravillosa naturaleza, que en su abundancia invita á los tranquilos goces — quizás la dulzura de sus ojos solo sea vaga reminiscencia de la pasada derrota — está sentado ante mí el antiguo obrero. El me ha dicho que tres compañeros suyos fueron despedidos del trabajo, y ahora han tenido que emigrar hambrientos, sólo por vivir en su casa. Y mientras el joven habla, el hombre rudo que empieza á encanecer lee calmamente su periódico bajo la luz cansada: éste, y treinta y tres más, fueron despedidos el dos de Mayo por solemnizar el día antes la Fiesta del Trabajo...

Y el acoso no cesaba.

La reorganización era imposible. Si alguien protestaba, caía fulminado. El dinero de la Empresa ó su aplauso, que era representativo de dinero, suscitaba alcahuetes y traidores en todas partes. Los espías lograron una lista de los socios suscritos en el Centro Obrero, y todos tuvieron que abandonarlo ó perder el sustento. La Fábrica trasladó los nombres á la Guardia civil para que conociese á los enemigos de la sociedad y del orden público en que nuestra dichosa sociedad se sustenta, y para que el orden público no se alterase ni la sociedad temblase en sus fundamentos, allá fueron Guardia civil y serenos á vigilar con los espías de la Fábrica el puentecillo que precede al Centro...

¡Y á ningún enemigo de la sociedad se le ocurrió volar una noche el puente, ó arrojar puente abajo á los puntales de la sociedad y guardianes del orden público!

Pasear con algún relapso, es pecado; profesar cualquier liberal idea, vitando. La expulsión sigue á la denuncia.

Nadie se pregunta ya cuándo se calmará la furia persecutoria. ¡Nunca! La paz no volverá á los espíritus mientras la vida industrial engendrados de odios no emigre de este dulce valle. La omnipotencia del capital la reconocen todos;

su tiranía aplasta, y medio pueblo vigila al otro medio. Cuanto hay de miserable y servil en nuestra humana naturaleza se ha exaltado triunfante, porque sólo lo indigno obtiene magnánima recompensa. Como la delación es grata á los poderosos dueños de la Fábrica, la gente se ha enterado, y los vencedores ya no necesitan avivar el celo de sus seides: bástales escuchar á los que por hacerse aceptos compiten en actividad policíaca. Fingiéndose amigos, llegan hasta la intimidad de las familias para ejercer luego la delación.

V

Tranquilo, sin que en sus ojos brille la centella del odio, con esa siniestra indiferencia que dicta las resoluciones implacables y largamente meditadas, el obrero de fuerte testa gris, dice:

—Los primeros sucesos que aquí ocurran, serán sangrientos...

...He de rectificar, pues no quiero omitir la palabra dura...

Esa sentencia de que los próximos sucesos serán sangrientos no es la que he oído á este hombre sereno... Esa, me la han formulado muchas personas de genio apacible, propietarios é industriales... Como casi todo el pueblo depende de la Empresa explotadora, los temas de conversación en estos insufribles tiempos sólo versan sobre cosas relacionadas con los patronos, y la gente ha adquirido la común persuasión de que algo siniestro se elabora profunda y calladamente en las almas rencorosas.

—«Los primeros sucesos que ocurran serán sangrientos.»

Diez, veinte veces lo menos he oído repetir la misma frase con frialdad que aterra. Esta calma amorosa que envuelve montes y valles empieza á parecerme inquietante en los hombres. En los países que yo conozco, esas cosas suelen decirse reconcentrando la ira, con los ojos inflamados y la frente austera. Estos hablan sin inflexiones en la voz, serenos como la naturaleza que los rodea, con la misma tranquilidad que yo reproduzco aquí la sentencia del viejo obrero, la frase auténtica que le oí:

—¡Que los patronos no se quejen cuando la dinamita les haga volar!

La hipocresía del lector suele exigir que no se reproduzcan esas frases, y la hipocresía del escritor suele callarlas ó sustituirlas por otras. Esto hice yo al principio poniendo en boca del rudo obrero las palabras más leves que otros pronunciaron: «Los primeros sucesos que aquí ocurran serán sangrientos.» Y luego de meditar un instante para reproducir la palabra trágica, la violenta dinamita, he querido añadir algunas líneas que anunciaran al lector mis sentimientos reprobatorios del medio que el obrero deseaba emplear para defenderse en la lucha... Mi falta de probidad alegando ante el lector fingidas

justificaciones sería lo de menos; lo demás, que no se me ocurre ninguna fórmula de reprobación.

—Se nos cierran todas las puertas —sigue diciendo el anciano, y sus palabras lentas y sonoras evocan en el oscuro salón misteriosos ecos—. Todos están contra nosotros: ni en la Justicia, ni en la Religión, ni en la fuerza pública encontramos amparo. Todos se alían á nuestros enemigos. No podemos instruirnos; no podemos acogernos á ningún procedimiento legal. Nos persiguen; nos apalean; nos encarcelan; nos acosan. Parece que se obstinan en agotarnos toda la paciencia, hasta que, hartos de buscar inútilmente una puerta para huir, la desesperación eche mano á la dinamita para abrir un portillo.

Calla, y el silencio reina largo rato.

El joven lo quebranta.

—Ni en el Instituto de Reformas Sociales hemos encontrado defensa... Acudimos á él recientemente, y dispuso que el Gobernador de la provincia ordenase la instrucción de un expediente para averiguar la exactitud de los hechos que denunciábamos. El Gobernador envió á Madrid un expediente amañado, lleno de falsas declaraciones: una indecencia. Así debió de comprenderlo el Instituto, porque delegó en su Secretario para que viniese á instruir personalmente la información. En ella se nos da la razón; todos los puntos que denunciábamos fueron confirmados... Pues bien: el Instituto declaró que no podía proceder contra los dueños de la Fábrica, autores de los abusos...

—¡Es natural!

—¿Y sabe usted lo que dijo un miembro del Instituto, exministro de Gracia y Justicia hoy?

—Siendo Ministro, algún desatino.

—Pues al interrogarle un Vocal obrero sobre los hechos denunciados y confirmados, se encogió cínicamente de hombros, y replicó que le parecía muy bien que los patronos empleasen cuantos medios de defensa les sugiriese su ingenio...

—Aunque no recordase el nombre del Ministro, ese rasgo dice quién es.

—No se trata de Romanones...

—Ya lo sé; pero en frescura no le cede.

—Asombrado el Vocal obrero, le dijo que si un Ministro de Gracia y Justicia podía autorizar á una Empresa para que violase impunemente las leyes, y con otro encogimiento de hombros repuso que, si como Ministro no podía autorizarla, personalmente le parecía bien.

El anciano murmura entonces pensativo:

—Es inútil que el proletariado español confíe en su tenacidad y en la virtud de los procedimientos legales. En España sólo se puede ser anarquista. Todo propende á hacer anarquistas. A los socialistas se nos tiene por un partido demasiado afecto á la legalidad, y así es; pero los Gobiernos maldito si han sabido agradecerémoslo. Se nos aplaude por nuestra templanza, y se nos olvida. Hay que amenazar de continuo y pegar fuerte de cuando en cuando.

—Sin que eso deje de ser cierto —le interrumpo—, tengo entendido que ustedes abusaron antes, y ahora sufren los efectos de la reacción patronal.

—¡Que abusamos!... ¿Cómo abusamos?

Duda un momento, buscando en las profundidades de la memoria algún recuerdo perdido, y parece no encontrarlo.

—Ignoro de qué abusos pueden acusarnos... ¡Como no sea en la Administración pública!... Pero yo mismo he sido Concejal y nunca he oído graves reproches... ¡Que si éramos orgullosos! ¡Que si no queríamos unirnos á los republicanos!... ¡Pero, abusos?... Nos hemos limitado á fiscalizar la administración para que nadie la corrompiese; ni siquiera hemos podido corromperla nosotros mismos por nuestro escaso número... ¿De qué naturaleza son esos abusos?...

—Ustedes ejercieron coacción sobre los patronos para que no admitiesen obreros sin asociar.

—Es verdad... ¿Y cree usted que á ese abuso corresponde reacción tan violenta?... Bueno; ¿y hasta dónde llegará la nuestra cuando nos toque el turno de reaccionar?... Si para responder á tan pequeña falta tienen que poner en juego todas las malas pasiones, reducirnos á la última miseria, arrojarnos por millares de este país, denunciarnos fuera, vigilarnos á todas horas, exigir que nadie nos hable ni salude, ¿á qué terribles violencias tendremos el derecho de acudir para vengarnos de nuestros enemigos en la proporción que ellos se vengán de nosotros?...

Las pupilas del anciano brillan; pero sus músculos faciales no se desencajan.

VI

No respondo de reproducir con mecánica fidelidad las palabras de los dos hombres que alternativamente me hablan. Pero sí respondo de trasladar los exactos conceptos, porque ni el lugar ni los personajes son fingidos, y ellos, como las cosas que me cuentan, pueden sin gran trabajo contrastarse.

El joven empieza:

—Más de quinientos socios cotizaban en este Centro. Por orden de los amos han tenido que retirarse casi todos. Sólo veintitrés figuramos hoy en las listas, y, aun la mayor parte tiene que cotizar en secreto. Con ocho socios se celebran las Juntas generales... Ahora lo ve usted desierto, y antes estaba siempre lleno... ¿Para fomentar el vicio?... Este Centro ha sido teatro de la obra realizada por el proletariado español en uno de los más importantes núcleos industriales. Sela, Altamira, Buylla, los maestros más ilustres de España dieron frecuentes conferencias ante un auditorio numerosísimo, que jamás cabía en este gran salón, y que sabía agradecerles aquellos beneficios espirituales. La Universidad de Oviedo dió con gran provecho un curso, y no ha podido organizar el del presente año por temor de encontrar el local vacío, ó por saber que los asistentes perderían á la otra mañana su trabajo... Antes de la organización obrera nadie leía; la organización y el espíritu de sociabilidad despertó la curiosidad, que luego se convirtió en necesidad de aprender. Relativamente al número de habitantes, quizás fuese este pueblo el que más periódicos recibía en España. Antes no se vendían libros, y si alguien los deseaba, tenía que solicitarlos á la capital. Los libros económicos llegaron luego frescos todavía de la imprenta. Esos bancos de escuela que se empolvan y carcomen eran insuficientes para dar asiento á los niños pobres que todas las noches, después del trabajo, acudían á las clases dadas por un obrero inteligente que nunca conoció el descanso. Como en todas las regiones mineras, el alcohol incitaba á la pendencia y difundía horrorosamente la tuberculosis. Hablen nuestros enemigos; diga la misma Empresa cuál ha sido el fruto de nuestra tenaz propaganda. Nadie se ha atrevido á negar hasta hoy que á nuestra acción se debe el decrecimiento del mal... Un año de

persecución rabiosa ha sido suficiente para arruinar nuestra obra de higiene y de cultura. Se arroja de la Fábrica y de las minas al que recibe periódicos liberales; se les ha expulsado sólo por llevarles envuelta la comida en números antiguos; ya no se lee la tercera parte; ya no se escuchan con admiración y en silencio doctas conferencias; el obrero que, hurtando tiempo á la distracción ó al sueño, daba las nocturnas clases gratuitas, tuvo que huir, y ningún trabajador se atrevería á enviar hoy sus hijos para que en esos bancos aprendiese á leer... Los hábitos de sobriedad otra vez se van perdiendo: hoy se gana menos y se bebe más. Se prescribe que ningún proletario hable con otro compañero expulsado, bajo pena de expulsión... Llega el día de descanso, y no le queda otro centro que la iglesia por la mañana y la taberna por la tarde...

El joven calla, fatigado del mucho hablar, y como yo nada digo, el viejo empieza con ironía punzante, que en algunas ocasiones es cáustica como la sátira:

—¿Nos acusaba usted antes de haber abusado?... Es verdad... Esa obra educadora es el verdadero y grande abuso que á los patronos excita... ¡No ve usted que nosotros sólo somos animales feos, rudos, sucios, contrahechos, que debemos estar contentos si nos dan un jornal para comer y cohabitar en una pocilga?... Es lo que dice esa gente: «¡Cuántos no habrá por ese mundo que desearían ganar la mitad que ellos!...» La verdad es que para animales callosos y tiznados de negro nos hacíamos demasiado exigentes: hasta nos íbamos acercando á las personas, pues con la asociación y la lectura entrevíamos otros ideales en la vida; nos hacíamos sobrios, como ha dicho mi compañero; en la conciencia se alzaban otros deberes, antes desconocidos, que nos relacionaban con nuestros colegas en afanes: creábamos una fuerza frente á la fuerza del dinero patronal, que la resistía y obligaba á ceder, haciendo más soportable nuestra vida... ¡Claro que esto había de parecer un abuso á la Empresa!... Como somos muy brutos, sólo tuvimos en cuenta nuestros propios intereses, y olvidamos que un buen pico de los beneficios era necesario que pasase á las mujeres hermosas que en París ó en Niza entretienen al amo... ¡Caramba, los de aquí tenían sobrada razón en decir que los gastos eran muchos!... Figúrese usted que el señor crapuloso derrocha en el extranjero algunos millones anuales, y que los obreros nos hacemos exigentes pidiendo mayor jornal: ¿qué les quedará entonces á los pobrecitos nobles, tontos y arruinados, que sólo por el dinero se prestaron á casarse con las hijas del amo?... ¿Va usted concibiendo la razón de esa implacable rabia persecutoria?... Ahora van las cosas mejor para sus intereses. Ya pagan los

jornales como quieren, y nadie puede aclamar; si la demanda apremia, según ocurre desde hace algún tiempo, exigen que los mineros se desriñonen día y noche trabajando en las entrañas de los montes, sin excluir los domingos, antes de aceptar á los obreros expulsos por miedo de que difundan entre los sumisos los gérmenes de la rebeldía, esto es: el espíritu de asociación y de confraternidad proletaria. Este espíritu es su enemigo; á él temen. Preferible es que no se reúnan, que no lean: con las letras les entra el veneno. Mejor es que sean bestias sin sensibilidad ni ideales, buenos Para personas ociosas. Cuanto menos se sensibilicen mejor resistirán las durezas del trabajo, y si sus toscos sentidos piden algún regalo, con una botella de alcohol tendrán bastante... Este es su deseo, aunque no lo confiesen... Confesarlo, no; al contrario, desde hace algún tiempo se vuelven muy humanos, cuentan su piedad, se muestran celosos en ayudar á otra gente que suele andar muy a la par con ellos para fundar Centros y Sociedades de idénticos ó muy parecidos nombres que los nuestros; sólo que con el pretexto de mejorar la suerte del obrero le enseñan la sumisión al patrono...

—¿Se refiere á la acción católica? —le pregunto.

—A la misma...

El diálogo que sigue sólo es el breve apéndice de una conversación agotada. El joven nos invita á salir y el viejo se queda detrás para apagar la luz. Al poco, el gran edificio se envuelve en sombras y tristezas.

Mudos recorremos las angostas calles encharcadas. Ni seres ni ruidos hasta llegar á una plaza. Dos mineros, según sus trajes, pasan á nuestro lado; pero tan distraídos é indiferentes, que ni siquiera nos miran.

Cuando nos alejamos algunos metros, el viejo me murmura al oído:

—¡Dos compañeros!... Estos, y hasta una docena más, son los únicos que, pareciendo obedientes á la Empresa, nos siguen fieles, y aprovechan todas las ocasiones que la arbitrariedad de los amos, jefes ó capataces les ofrece para atizar los rescoldos que andando el tiempo puedan encender la protesta en las minas.

—¡No han saludado!...

El viejo me mira sorprendido y repite las mismas palabras que dos horas antes su amigo:

—¡Cómo se conoce que viene usted de fuera!... ¿Ha olvidado á los espías?

—La plaza está desierta.

—¿Y puede usted asegurar de que nadie observa escondido en alguna esquina?... ¿Está cierto de que por los resquicios de las puertas ó á la altura

de las ventanas no hay alguien que nos mira?...

—¿Pero á tal extremo llega la persecución?...

—¿Se figura que exagero?... ¡Pregunte; infórmese y sabrá los progresos que la alcahuetería ha hecho en poco tiempo!... Pero no necesita preguntar: mire y escuche donde vaya... Si esos hombres nos hubieran saludado, quizás mañana nos faltasen dos buenos auxiliares en las minas.

VII

—En este café no podemos entrar —me dice el vendedor deteniéndome á la puerta.

—Vamos donde quieran.

Y me conducen á un café modesto, lleno de obreros que charlan y fuman.

Al vernos, cesan las conversaciones y nos observan recelosamente.

—¿Dónde nos sentamos? —pregunto á mis amigos, comprendiendo el significado de aquellas miradas.

—Busquemos un rincón —me responde el joven.

Cuando nos ven distantes, los obreros reanudan sus conversaciones, y sólo de tiempo en tiempo nos inspeccionan con curiosidad.

—¿También aquí puede hacer daño su presencia?...

—Aquí y en todas partes —murmura el viejo.

Y su compañero añade:

—Somos peores que apestados...

Una joven se acerca para servirnos, y el que habla se interrumpe un momento. Cuando volvemos á quedarnos solos continúa:

—Pero no tardarán en sufrir las consecuencias los demás.

—Me parece que las sufren —observo.

—Todavía es poco: la Fábrica procede gradualmente, no sé si por propio dictamen ó por consejo ajeno... Lo cierto es que al vernos á los socialistas derrotados y dispersos, empezaron á perseguir á los republicanos por ser nuestros afines.

—¿Y no por ayudarles durante la huelga?

—También.

—Ellos se quejan de no haber encontrado cordialidad en ustedes.

—¡La eterna historia!...

—Varias veces les propusieron asociarse en las elecciones.

—Es verdad; pero esas alianzas no las autoriza nuestro partido. ¿Qué vamos á hacer nosotros?... Sabido es de todos que en la severa disciplina del socialismo español radica su fuerza... Pues bien: quizás nosotros también

tengamos agravios de los republicanos, pero no es oportuno este momento para exponerlos. Junto á los agravios, y posterior á ellos, está su conducta durante la huelga. Nos ayudaron en lo que pudieron, y les estamos agradecidos. Aquella protección podrá servir de pretexto á la Fábrica para perseguirles ahora: lo cierto es que, aunque hubiesen permanecido neutrales, no se librarían de su saña. Ni ellos ni nadie. Mientras no se haga en la Empresa un rudo escarmiento, todos tendremos que estarle rendidos.

—¿Y de qué procedimientos se sirve contra los republicanos?

—De los mismos que contra nosotros. En realidad somos ya pocos los socialistas perseguidos. Muchísimos han tenido que emigrar, y nos consideran casi como inutilizados en calidad de partido. Ahora vigilan al Centro republicano, y arrojan del trabajo á los que no se borran de sus listas... ¿Ha visitado usted su Casino?

—Sí.

¿Y cuántos socios ha encontrado?

—Anteayer, tres; anoche, cinco.

—Y no serían obreros.

—Ninguno lo era... Sólo había un capataz.

—¡En el Círculo republicano!...

—Y por cierto que no hablaba muy bien de los mineros.

—¡Ah!...

—Parece que se admira... ¿Supone que era un espía?

—No supongo nada; es cierto que hay algunos capataces que presumen de radicales; pero no me fío de ninguno... Por su posición económica suelen estar más cerca de los patronos que de los proletarios, y el que de ellos sale malo —y son pocos los buenos— resulta más exigente y tiránico que el peor de los amos... Pues bien: ese Centro republicano solía estar muy concurrido antes; ya lo ha visto ahora.

—Pero no me han dicho que el espionaje lo ronde.

—¿No? Pues hace pocas semanas tuvieron que expulsar á un Vocal de la Junta Directiva.

—¿Por espía?...

—¡Figúrese!... Como que era un guarda jurado de la Fábrica... Ni en el salón ni en las Juntas había otro que hablase peor del Director de la Fábrica, del dueño, ni de la familia del dueño... El pobrecito estaba harto de ellos, y sólo por el pan de sus hijos se resignaba á ser guarda jurado mientras encontrase un empleo independiente... Y apenas salía de allí denunciaba á la Fábrica los socios que habían asistido, los acuerdos tomados, lo que contra

ella se había dicho y la persona que lo dijo, para expulsarla al momento. Reconocido el espía, tuvieron que arrojarle del Centro, y gracias de que no lo arrojaron á palos.

—¡Saben que es divertido vivir así!...

El viejo se tira del bigote, y contrayendo la frente, dice:

—¡Ah; pero no somos los socialistas y los republicanos las únicas víctimas!... Ya les ha llegado el turno á los demás.

—¿A los liberales? —le pregunto.

Y bruscamente me replica:

—Tan sinvergüenzas son los liberales como los conservadores... Esos hace tiempo que, por orden de sus caciques, están á las órdenes de los tiranos... El turno le ha llegado al resto del pueblo; aquí no puede moverse nadie sin permiso de los que mandan en la Fábrica. Ya no es en el orden político y social: también en la manera de vivir la gente quieren meterse, sirviéndose de sus auxiliares... ¡Yo me alegro!... ¡Que rabien todos; que aprieten mucho, á ver si algún día nos levantamos de mal humor y un suceso cualquiera precipita el desenlace!

El viejo vuelve á sumirse en su silencio torvo y frío. Luego de meditar algunos instantes, le digo al joven:

—Y es lo peor que no se advierte remate ni salida á esta situación.

—¡Ninguna!... ¡Ni la más pequeña!... Jamás la Fábrica se ocupó en la política local: hasta sobre ella ha caído ahora. El Ayuntamiento sólo hace su voluntad. Aún quedan algunos Concejales republicanos: en cuanto haya elecciones, ni éstos, á menos de que se les sometan.

—¿Y los antiguos Concejales socialistas?

—Tuvieron que emigrar: sólo quedamos otro y yo... Mi compañero sufrió una larga enfermedad; al convalecer pidió trabajo... Dijéronle que se lo darían con una condición... ¡Qué iba á hacer!

—Se entregó...

—No se puede ser muy severo. Era tan grande la necesidad, que ninguno se lo hemos censurado... Ni siquiera era solo: tenía familia, y con la enfermedad, padecieron hambre... Los demás compañeros tampoco estábamos muy abundantes, con la persecución y la huelga, para socorrerle.

—¿Y ahora sólo queda usted en el Ayuntamiento?...

—Como si no quedase.

—Algo puede hacer.

—¡Si no me dejan ir!

—¿Quién se lo impide?

—¡Quien todo lo puede!

—Pero usted no depende de la Fábrica.

—Pero de ella depende el Ayuntamiento, y éste se reúne á las horas en que no puedo asistir... Saben que á las seis de la mañana llega el tren de la ciudad, y que he de ir á la estación para recoger los paquetes de periódicos y distribuirlos en seguida... Entretanto, celebran las sesiones para que yo no acuda.

—Les cortan todos los caminos —murmuro pensativo.

—¡Todos! —repite el vendedor de periódicos—. Muy pronto llegará el día en que las clases independientes no lo sean más que nosotros. Como tienen aquí intereses, ni siquiera les servirá el recurso extremo de emigrar. Hasta podrían envidiarnos á los que siempre llevamos encima toda la hacienda, si las cosas de España siguiesen como antes; pero los políticos y los periódicos han dado ahora en la flor de poner impedimentos á la emigración, y si logran sus propósitos, nos vamos á divertir. Los desesperados que de esta cuenca huyen, todavía pueden refugiarse en América. Si nos cierran esa última puerta; si el Gobierno no nos asegura en España medios de vida; si al escapar á otras comarcas mineras hasta allí nos sigue el odio y la delación de los patronos, creo que mi compañero hablaba muy justamente hace poco: ó tendremos que resignarnos á morir de hambre, ó abrimos un desesperado portillo con el único procedimiento que de nosotros depende... ¿Conoce usted otro?...

—No se me ocurre por ahora.

VIII

¿De qué hablamos?...

¡Bah, no lo recuerdo, ni importa!... Un diálogo de Casino, mientras se facilita la digestión con el café, y que por su misma frivolidad languidece pronto...

En una gran mesa de billar que ocupa el centro del salón, dos jugadores maldicen, empujando las bolas con poco éxito. En un ángulo próximo á la ventana, ocho ó diez hombres hablan alto y con viveza. ¿De qué hablan éstos?... La eterna y aburrida historia... De lo que se habla en todas partes y á todas horas: de la aflictiva situación del pueblo; de abusos de la Fábrica; de la imposibilidad de prolongar mucho tiempo una existencia recelosa, amagada de continuo por imprevistos peligros y Venganzas.

Cuanto se hablase debía de tener la virtud de interesarme; pero mi temperamento meridional estaba ya fatigado de oír tanto agravio repetido en tono uniforme y dulzón, y había perdido hasta la facultad de indignarse.

Nuestra conversación, con mucho esfuerzo sostenida algunos minutos, cesa. Ni el culto amigo que me ilustra, ni yo, sentimos estímulos de hablar. Con hastiada y pensativa atención contemplamos desde nuestra mesa la porfiada caída de la lluvia, ó seguimos con atento oído el recio batir de las madreñas que tristemente se alejan por la calle.

El desdobra *El Liberal* y yo empiezo á leer el *Heraldo*. Tan distraída es la lectura, que el lento rumor de la lluvia, el choque de las bolas ó la voz de los que hablan la interrumpe cada segundo.

—¡No concluiremos nunca!... La mesa es demasiado grande para jugar á carambolas dice un jugador.

Y el otro le contesta en son de burla:

—¡Pediremos una para ti!...

—Nada haría demás el Casino... Se necesitan dos mesas: ésta, para jugar á palos ó á la treinta y una; otra pequeña, para carambolas.

Y su adversario observa, sin perder su tono irónico:

—Solicita de la Junta que la compre. Precisamente la Sociedad nada ahora en la abundancia.

Termina el breve diálogo, y yo recomienzo la lectura, hasta que alguna frase enérgica dicha en la tertulia del rincón logra estimular un poco mi curiosidad.

—Es injusto obligar á que observe el descanso dominical ese desgraciado que necesita acarrear bultos todo el día para ganarse dos pesetas —dice uno condolido.

Y otro:

—¿Por qué no se lo imponen también á la Fábrica? Hoy es domingo, y ningún minero descansa.

Y el tercero, irónico:

—¡Esa dicta leyes!

El primero que habló exclama con viveza:

—Pero si el cura ha reprendido al carretero por trabajar hoy, también podía amonestar á ña Empresa.

—¡Se guardará mucho! —observa otro del corro.

Y el anterior, con reprimido despecho, añade:

—¡Naturalmente!... Aquí todos los hipócritas se dan prisa en mimar á esa gentuza para sacarle lo que pueden...

—Sin embargo —le interrumpe el otro—, todavía hay algunos que no adulamos...

—Por eso tenemos que tascar el freno...

—¡Mejor!... ¡Mucho mejor!... Día llegará en que, hartos de rabiarse, estallemos...

—¿Cuándo?...

—Quizás cuando menos se espere... Esta situación resulta ya intolerable...

El silencio sobreviene bruscamente, como si algo insólito, una racha de aire helado, cortase las palabras. Algo sorprendido de aquel rápido mutismo, me inclino sobre el periódico para proseguir la fatigosa lectura. Un momento más y la puerta se abre: un extraño, cubierto con sombrero hongo, va á sentarse en el grupo silencioso del rincón. Saluda afectuosamente á todos; todos responden al saludo, y hay algunos minutos de molesta pausa en que sólo se oye el choque de las bolas en la mesa próxima. El grupo intenta varias veces reanudar la conversación iniciando varios temas, pero decae muy pronto, y el silencio subsiguiente anuncia la interior desazón de los ánimos. Algunos pagan sus cafés y abandonan lentamente el salón.

Mi compañero se me acerca para decirme muy quedo:

—¿Ha observado cómo callaron todos?

—Y no ha dejado de sorprenderme...

—Habrá concebido el motivo.

—Al principio, no... Ahora... ¿Quizás el espionaje?...

—También aquí nos vigilan.

—Pero este no es el Centro socialista ni el Casino republicano, sino una Sociedad de personas acomodadas. Aquí no vienen obreros; tampoco han de fraguarse huelgas...

—Pues también aquí.

—¿Y es soplón ese que ha entrado?

—Se supone.

—¿Sólo suposición?

—Pero fundada. Es un empleado de la Fábrica, y aunque con tibieza, no puede callar nunca la defensa de la Empresa.

—Pero nada cierto saben.

—La presunción basta para que nadie se atreva á hablar en su presencia. Además, es suficiente con que no se haya dado de baja para suponerle espía. Aunque este Casino carezca de matiz político, también le han declarado guerra los patronos, exigiendo á sus dependientes que no sean socios... No obstante la prohibición, siguen viniendo algunos... ¿Porqué se lo toleran, cuando han despedido á otros por menos culpa?... Como podemos hablar mal de ellos, les conviene que alguien venga de cuando en cuando para saber lo que se dice. Ni siquiera en este sitio, que ha sido siempre neutral, podemos departir libremente.

—Debían de hacer un expurgo, y sólo quedar los seguros.

—Imposible. Ante todo, se trata de presunciones, como usted ha dicho; pero ninguna prueba real existe en qué fundar la expulsión de un socio. Luego, apenas llegamos á un par de docenas los que podemos envanecernos de vivir en absoluta independencia de la Empresa: algunos descendientes de los antiguos propietarios campesinos y varios indianos enriquecidos en América. El resto del pueblo depende mediata ó inmediatamente de la Fábrica: los que no son empleados, son industriales; los que no, ejercen profesiones ú oficios que viven al calor del movimiento industrial. Los dueños del pueblo ya han declarado el *boycottage* á algunos establecimientos y personas... Figúrese que expulsamos á cualquier sujeto que venga á observarnos: la ruina del Casino tardaría poco en sobrevenir. Ya su vida es harto precaria. En un solo día diéronse de baja treinta y cinco socios,

empleados de esa gente. Otros, les siguieron luego. Hoy apenas puede cubrir gastos la Sociedad, aunque se han reducido al mínimo para su sostenimiento. Un poco más que la persigan y se disolverá. ¡La matarán!...

—En verdad que es poco envidiable tener que pasar la existencia en este pueblo dulce y quieto, que parece haberlo dispuesto la naturaleza para resucitar la vida patriarcal.

—Pues aún no puede usted inquirir, por mucho que atisbe, la cantidad de odio que se acumula en el pecho de esta gente dulce y tranquila... Tan fuerte resulta ya la compresión y tan violenta la tiranía ejercida á todas horas, en todas partes y por tan variadísimos procedimientos inquisitoriales, que deseando estamos todos en el fondo del corazón que alguien sea el primero en estallar... ¡y quién sabe lo que puede ocurrir cuando el rencor se desborde y en una hora se liquiden todas las cuentas atrasadas de este siniestro año, que hasta la fisonomía del pueblo ha cambiado!...

—¡No eleve la voz, que pueden oírle!

—¡Vámonos; vámonos de aquí!... ¡Paseemos por ahí dentro!

IX

Es un salón largo y estrecho. En el fondo hay un escenario cubierto con telón zafiamente pintado. Al pie de las paredes corren unos divanes rojos, que antes se alineaban para servir al público en día de función. Mi amigo y yo paseamos largo rato silenciosos, hasta que la puerta se abre con estruendo, obligándonos á interrumpir nuestra marcha.

Un joven rubio, de ancha cara y gesto expresivo, entra agitado y violento:
—¿Qué sucede? —le pregunta mi acompañante.

El otro recorre el salón á grandes pasos, y grita colérico:

—¡Nada!... ¡Que aquí ya no se puede vivir!... ¡Me voy; me marcho en el primer correo á la Argentina!... ¡Nunca se han preocupado de mí y ahora no me dejan estar en paz!... ¡A América, á Rusia, á cualquier parte!... ¡Me voy: no quiero estar más tiempo aquí!...

Y mientras llega el momento de emigrar á América ó á cualquier parte, examina sus bolsillos, y entra iracundo en un cuarto próximo donde algunos socios pasan la tarde jugando.

Cuando nos quedamos solos, digo á mi amigo:

—Hay aquí mucha gente que protesta, pero está dispersa, no tiene á nadie que la defienda y sirva de atracción. Usted podía hacer mucho.

—Nada; menos que otro cualquiera.

—Es usted joven, rico; tiene una carrera; posee extensa y moderna cultura; en nada depende de la Empresa explotadora; por sus ideas está mucho más cerca de los vencidos que de los vencedores...

—Todo eso es cierto; pero, aun así, muy poco es lo que puedo yo hacer.

—Basta con que quiera.

—¡Querer!... Sí que quiero; pero me falta la voluntad de acción: ¡no es culpa mía!... Quizás sea un intelectual; pero no el hombre que aquí hace falta. Tan necio como el exagerado orgullo es la falsa modestia, y sin ella le digo que soy incapaz de realizar la obra que me propone. Las iniquidades que todos los días se realizan en esta pobre gente me sacuden por dentro; pero me cuesta mucho trabajo exteriorizar la rebeldía. Las relaciones familiares me

ligan bastante; pero, á pesar de ellas, saben los adversarios de la Fábrica que pueden contar con mi concurso, siempre que no me obliguen á desempeñar un papel preponderante. Además, el pueblo es muy receloso: cuando se le acerca un joven de relativa fortuna como yo, no concibe que pueda obrar desinteresadamente, y le vuelve la espalda, atribuyéndole ocultos designios de ambición.

—Es que el charlatanismo radical de los españoles ha abusado tanto de él, que desconfía ya.

—Concibo sus desconfianzas. También los de aquí han sido engañados por otro charlatán, que los abandona y se alía á los capitalistas en estos momentos de ruda prueba. Pero, por eso mismo, yo no estoy dispuesto á soportar sus desdenes... Y, sobre todo, aunque conserve la facultad de indignarme, ya le he dicho que no reconozco en mí el talento y la voluntad que la lucha continua demandan.

—A nadie se le debe pedir más de lo que buenamente pueda dar.

—Y crea usted que lo siento... Lo siento porque esta vida se hace muy difícil de tolerar... Si no fuese por las atenciones personales que exige la administración de mis propiedades, yo no estaría ni un mes aquí. Con ser tan independiente, no puedo evitar que me molesten á todas horas: unos me suplican que no hable con obreros, «¡gente de poco más ó menos!», y que cultive el trato de la sociedad «distinguida»; otros, que abandone la suscripción de las revistas extranjeras y de los periódicos liberales, y que me conforme con *El Universo*; no ha faltado estúpido que me llorase á lágrima viva deplorando que por seguir malas ideas mi pobre alma estaba condenada á padecer en el infierno... Todo esto es ridículo, es pequeño; pero en fuerza de molestar constantemente con tanta pequeñez, acaban por crispas los nervios y agriar el carácter.

—¡Y si sólo fuese eso!...

—Para los de afuera parecerá poco; para los que aquí vivimos, eso sólo resultaría bastante para no gozar de reposo... Pero aún son innumerables las formas de vejarnos. Repare en este salón, transformado en modesto teatro por el Círculo: después de la huelga, hasta el honesto esparcimiento se ha declarado vitando. Las compañías dramáticas ya no pueden venir á hacer más llevadera nuestra tediosa existencia; la que en el pueblo se organizó de aficionados ha tenido que disolverse. Los días festivos dábamos bailes, que jamás perturbó el escándalo: las madres acudían con sus hijas; los padres con sus familias; nos conocíamos todos, y todos éramos amigos. Se cerró el teatro y se prohibieron los bailes. Cada padre fué amonestado para que no tolerase la

venida de su hija... Así se fué perdiendo el instinto de la sociabilidad, que hoy apenas existe... Hace poco más de un año organizábamos frecuentes excursiones á las montañas vecinas: hombres y mujeres, mozos y mozas ascendíamos alegres y voceadores á contemplar los incomparables espectáculos de las alturas y á perdernos entre nieblas y nubes. Las peripecias de la ascensión; las comidas fraternales; las huidas de pico en pico y hasta las frecuentes sorpresas de la lluvia y el trueno inspiraban sanos y fuertes pensamientos; la vida era amable; la cordialidad y la confianza reinaban entre los seres; se amaba á la Naturaleza y á lo que la Naturaleza crea... ¡Ni eso!... Aquellos higiénicos hábitos se han perdido en un solo año. Los que entonces participábamos de común espontaneidad, nos saludamos ahora ceremoniosos y con manifiesto desvío; algunos ni siquiera nos saludamos, sin que entre unos y otros se haya interpuesto ningún visible agravio. Las amistosas veladas en que se jugaba ó se contaba cuentos, son un recuerdo que con sentimiento se evocan. Y en las casas donde todavía existen lazos de amistad ó remoto parentesco, ya no entramos con la antigua confianza de ser bien recibidos; un saludo frío, una mirada indiferente, una frase mal interpretada ó un largo mutismo, nos infunde la sospecha de que tal vez nuestra presencia empieza á importunar... Ya sabe usted que á los de esta región nos tienen por irónicos y algo frívolos: diga si en este pueblo observa que persiga nadie el dicho agudo ni que en los rostros asome la frivolidad y el contento que ahuyentan la preocupación... ¡La vida se ha hecho muy triste en un año; quizás cuando pase otro sea ya insoportable!... Trabajar, rezar, desconfiar, hablar siempre de las mismas cosas y escuchar á todas horas las mismas quejas ó amenazas: ¡esta es nuestra existencia!... Si le parece soportable, censure; si no, absuelva cuando algún día oiga que nos hemos decidido á romper con estrépito este humillante tejido de persecuciones, expoliaciones, villanías, soplonerías, que nos acompañan á todas partes y en todos los momentos...

X

Son cuatro buenos amigos que, al declinar la tarde, nunca faltan en el lagar. Su modesta fortuna, conseguida en muchos años de paciente trabajo, les permite apurar todos los días algunas botellas de fresca sidra no adulterada por el artificio industrial.

—¡Dos botellas! —pide uno.

Sentados en rústicos taburetes á la puerta del lagar, apuran en amistoso coloquio el dorado zumo de la manzana, comentando en franco tono lo que en el pueblo sucede, y aun no agotadas las botellas, otro exclama.

—¡Dos botellas!

Su acendrado republicanismo les hace enemigos de la Fábrica, y su holgada posición económica les presta una libertad de que pocos gozan aquí. Esta tarde hay un extraño —yo— y la tertulia se anima; el corro se ensancha, y como nadie peca en esta tierra de tacaño, apenas pasan diez minutos sin que una voz solicite con moderada energía:

—¡Dos botellas!

Y de dos en dos siguen llegando...

Aunque las botellas fuesen muchas, los tomadores eran bastantes... Además, esta sidra sin aliños, clara, fresca, rubia como el oro, no hay peligro de que haga daño si de ella no se abusa grandemente, y en cambio, posee la virtud de destrabar la lengua haciendo más cordial y espontánea la charla.

Cuando se hubo tratado de muchas cosas, aproveché una breve pausa en que los ojos se distrajeran mirando cómo un joven llenaba los vasos elevando la botella á gran altura para que la sidra recobrase fuerza, y cuando hubo terminado y el corro se disponía á beber, pregunté:

—¿Saben ustedes algo sobre los orígenes de esa familia?

—¿Qué familia? —dijeron algunos.

—Los dueños de la Fábrica... Nadie puede comunicarme exactas referencias.

Hubo un momento de silencio. Sin duda no estaba ninguno bien informado. El joven que había servido con tanta habilidad la sidra consumió

su vaso, é indicando al más viejo, dijo:

—¡Si éste no lo sabe!...

El aludido meditó un instante. Luego dijo:

—Tampoco yo. Es un pasado misterioso, y como en él hay manchas y crímenes, tienen buen cuidado en ocultarlo.

—Sin embargo, apenas hace medio siglo que vinieron.

—Es verdad; pero los contemporáneos han muerto, y á mí sólo han llegado rumores que el tiempo ha ido desvaneciendo... En esa familia es mucho más lo que se presiente y calla que lo que se sabe.

—Y lo que se sabe es bien siniestro.

—Sin duda; pero en lugar del presidio, sólo honores ha tocado á esas personas en el reparto de la fortuna. Ni siquiera hay noticia de que la conciencia turbase los últimos días de los que han ido muriendo.

—No le sorprenda; la conciencia es un juez tan corrompido y venal como los demás jueces.

—Hace tiempo que me lo figuro.

—Alguien habrá que conozca ese pasado.

—Los hay; pero es un secreto que no comunican. Con ese arma tienen bien seguros á los amos... Soy amigo de un empleado que sabe todos los detalles de la historia íntima...

—Podríamos verle —le interrumpo con viveza.

Se encoge levemente de hombros, y continúa:

—¿Para qué?... Es inútil, porque no le diría nada... Hace algunos meses tuvo disgustos con los patronos y le dejaron cesante... ¡Maldito el caso que hizo!... Publicó dos telegramas antiguos; sólo dos, y fué suficiente... Espantada esa poderosa familia, tuvo que llamarle en seguida para que no divulgase su deshonra.

—¡Y esos telegramas!...

—¡Miserias, indecencias, dinero, cosas viejas!... Ya dijo el mismo empleado que sólo eran una pequeña muestra de lo mucho que sabía... Un cabo del enorme ovillo enredado que aún enreda á esos déspotas.

—¿Vinieron antes ó después de la gran quiebra?...

—Poco después. El dinero estafado les sirvió para adquirir la propiedad de las minas y establecer las fundiciones.

—Creo que fué el abuelo del actual propietario...

—No; fué su padre. El abuelo era un judío francés que vino á España negociando en lanas. Era listo, emprendedor y carecía de escrúpulos. Supo

relacionarse bien entre los hombres políticos: el mismo Prim fué su amigo. El fundó en una ciudad castellana el Banco que tanto dió luego que hablar.

—De ese acontecimiento todavía se acuerdan muchos fuera de este país.

—¡Naturalmente!... Parece que fué un colosal escándalo. La Prensa se ocupó mucho tiempo en la gran estafa, y aquel judío astuto ha quedado como un precursor de doña Baldomera y de madama Humbert. Precursor por el procedimiento, pues su estafa fué mucho mayor... Tal es el origen de esa enorme fortuna. Sobre este punto no existe duda.

—Y ese viejo, ¿murió aquí?...

—En el huerto de la Fábrica hay un lujoso mausoleo donde están enterrados su hijo y él.

—¿Sabe usted por cuánto adquirió la propiedad de esta cuenca?

—Lo ignoro; pero recuerdo que no fué él, sino su hijo mayor quien la compró.

—No lo entiendo.

—Fué el dinero del viejo, pero no él... Al declararse en bancarrota, los acreedores franceses le apremiaron vivamente, y su hijo, que le ayudaba en los negocios, se dió prisa en poner el capital á nombre de un político español, que recientemente ha sido Ministro... Aquí empiezan ya las dificultades para conocer las relaciones entre esa familia... El mayor de los hijos, que era como su padre, listo y rapaz, cargó con la mayor parte del capital y compró esta cuenca; el otro reclamó la suya, y como resultado, un pleito interminable, del que apenas conozco detalles.

—Y el judío, ¿ya no se ocupó en negocios?

—Era viejo y quiso pasar tranquilo sus últimos y bien aprovechados días... ¿Sabe usted cómo los pasaba?

—Leyendo en coche...

—Eso es; leyendo su diario francés dentro de un coche arrastrado por dos bueyes, y el boyero delante con la aguijada al hombro.

—Y la gente riendo...

—La lectura debía ser muy interesante, porque no se enteraba.

—Del hijo sólo he oído elogios.

—Era un sinvergüenza; pero terco, activo é inteligente. También supo tomar amor á su obra. Se rodeó de personal idóneo y aumentó extraordinariamente el capital que ahora pulveriza su hijo... Los tiempos le favorecían... Los carbones y los hierros se vendían caros; el pueblo se engrandecía y le estaba agradecido; los trabajadores que acudían de otras regiones atraídos por el rumor de la abundante faena se daban por satisfechos

teniendo seguro el jornal, y resistían las tareas abrumadoras de las minas. Nadie se quejaba; la agricultura, que proveía antes á las necesidades del pueblo, se arruinaba ahora; los ríos se enturbiaban con los arrastres del carbón y ahuyentaban la pesca, que había sido la segunda fuente de riqueza; los hundimientos de las galerías deprimían la superficie de los montes é inutilizaban los campos, arrastraban los árboles, de propiedad particular... Pero todos callaban, ningún propietario se quejaba, creyendo compensados estos males con otros bienes que la actividad industrial aportaba al pueblo... El carácter del dueño también contribuía eficazmente á que los conflictos no tuviesen gravedad. No era orgulloso ni tiránico, como sus descendientes. Hombre de mundo, experto en negocios, sólo hacía lo que su interés le aconsejaba; pero sabía mostrarse afable con oportunidad y cautivar á la gente... Tampoco le era fácil abusar; entonces había muchos que conocían al pormenor su pasado, y los pleitos en que andaba envuelto no eran cualquier cosa para que aún se buscara disgustos con el pueblo ó con los trabajadores... ¿Conoce usted el pleito de las monjas?...

—Algo sé.

—Otros quizás puedan enterarle. Yo sólo poseo vagas referencias, y aun ignoro el principio, pues todos los orígenes son oscuros en esa familia, y ella hace lo posible para que nada exacto se conozca comprando el silencio de los que pudieran desacreditarla.

—Y el pleito dura todavía.

—Ni los mismos pleiteantes saben cuándo terminará... Probablemente cuando, aventado el dinero en crápulas y en sostener á nobles holgazanes, se arruinen todos, y tengan por fuerza que ceder. Entretanto, reducen los jornales y persiguen á los obreros para ir viviendo y triunfando.

—De suerte que el hijo ha hecho bueno al padre...

—¡Ni compararse pueden!... ¡Y cuidado que en el padre había cosas reprobables!... Todavía se ignora á punto fijo si su esposa estuvo loca ó fué él quien, para deshacerse de ella, la recluyó en un manicomio.

—Pero eso parece inverosímil.

—Nada puede serlo en esa familia... Como en todo, el misterio sigue reinando en la locura de aquella señora, y es inútil querer investigar lo que haya de cierto. Sábese que con ella tuvo disgustos su marido por diferencias religiosas; pero nada más.

—¿Profesaban distinta religión?

—Esa Fábrica es un lío: el viejo era judío; el hijo, protestante; la mujer, católica; los descendientes no creen en nada, aunque se alíen con curas y

frailes.

—Quizás los disgustos tuviesen relación con unos amores clandestinos que me han contado en varias ocasiones.

—Creo que esos amores con su ama de gobierno fueron posteriores al ingreso de la mujer en el manicomio.

—También me han hablado incidentalmente de un hijo natural.

—Aunque ella lo niegue por disimular sus antiguos amores con el dueño, existe y anda por el mundo: hasta apostaría doble contra sencillo que tiene destino en Madrid... Ella es una excelente señora; así, al menos, lo dicen cuantos la tratan. Ni en vida ni en muerte de su señor ha dado escándalo: es llana, amable, compasiva y vive en el retiro de su *chalet*... A pesar de estas buenas cualidades, coexisten en ella indignos sentimientos que abulen á los naturales. Por reparos de virtud, y para que la gente no crea en su maternidad clandestina, tiene abandonado á su hijo, como si realmente no existiera, ganándose la vida por propia cuenta...

—Y es el caso que á ella nada le falta.

—¡Como que su amante le dejó al morir el *chalet* en que vive y una renta de mil quinientas pesetas mensuales!

—Por sus buenos servicios como ama de gobierno, ¿verdad?...

—Sin duda; aunque esos servicios no suelen producir por sí solos rentas tan copiosas... Durante algún tiempo recibió la suya; luego la capitalizaron, y los de la Fábrica la dieron setenta mil ó setenta y cinco mil duros, con los que pasa honestamente la vida.

XI

No es para desperdiciado este rato en que el sol reluce como oro nuevo. Las nubes han ido rasgándose; las nieblas que encaperuzaban los montes se han disipado, y el firmamento brilla con un azul puro é intenso. Los ojos, habituados á la suavidad de la luz grisácea, se sienten ofuscados, y el pecho parece hincharse con vida nueva y cálida.

—¿Adonde? —me pregunta, indeciso, un amigo.

—A cualquier parte, si es al campo.

—Sigamos por esta carretera y verá la Fábrica en el valle.

Más de doscientos metros caminamos en silencio, distraídos con el espectáculo de una naturaleza exuberante y serena que, infundiéndose gratamente en el espíritu, lo predispone para la ecuanimidad y la tranquila confianza en sí mismo.

—Fíjese en esta señora —me dice muy quedo mi amigo.

—¿Cuál?...

—La que marcha á la izquierda.

Al mismo tiempo la saluda ceremonioso. Ella inclina levemente la cabeza, y tomando por una vereda, se aleja con lento andar, seguida de su compañera.

—¿Quién es? —pregunto.

—La amante del primitivo dueño de la Fábrica... Este *chalet* de la derecha es el suyo.

Ella va vestida de negro, y en todo su porte revela honestidad y sencillez. El *chalet* es precioso; está rodeado de árboles, y parece construido en la falda del monte para gozar de un amor duradero y discreto. Dícese que en él aún se conservan los viejos y ricos vinos con que el dueño obsequiaba á sus invitados en días de fiesta, y aun hay quien dice que las fiestas solían terminar en orgías. Maledicencia, sin duda: este amable retiro invita á gozar del sabio epicureismo horaciano, y es excelente para que una mujer enamorada recuerde con dulcedumbre el tiempo ido durante el otoño melancólico de su vida; pero no sirve para posada de la intemperancia y de la crápula, ni pudo para tal escogerlo un millonario inteligente y espléndido.

—¿Y ella se habla con la familia de la Fábrica?

—Antes, sí; pero hace algún tiempo que cesaron las relaciones.

Otro buen trecho recorreremos silenciosos. Yo pienso en los representantes del moderno feudalismo industrial, y, sin duda, mi compañero piensa en lo mismo, pues cuando súbitamente le digo:

—No carece de interés la vida de esa familia, ¿verdad?

Me responde sin dubitación, como si nuestros pensamientos se hubiesen puesto previamente de concierto para referirnos á la misma gente:

—Parecería del género chico, si por sus obras no inspirase horror. Sus pleitos, sus escándalos familiares, sus gustos de advenedizos, todo podría trasplantarlo á la escena un autor cómico.

Se detiene un momento reflexivo, y luego prosigue con vivo calor:

—Pero no es el alegre marco de la comedia el que conviene á esas personas, sino el severo del drama trágico. En sí son despreciables; pero por la grandeza de los elementos que á su disposición han colocado la sociedad y la suerte, constituyen una verdadera potencia maléfica que debiera destruirse aunque fuese con violentas fulminaciones. Sólo por el odio y por el orgullo son grandes; pero su odio no es la llama que en los nobles corazones enciende la iniquidad, ni su orgullo el que alza y sostiene á las vigorosas personalidades. Los medios de que disponen son extraordinarios; pero la voluntad y la mente que sobre ellos actúan son raquílicas. Y, sin embargo de ser tan ridículos é insignificantes, nada puede resistir el empuje de sus millones. La vida de esta familia es un alto ejemplo de que sólo el dinero manda, y de que el Ejército con su arrogancia de casta poseedora de la fuerza, y la Magistratura con su ridícula gravedad, que parece hacerla inaccesible á lo pequeño, y la Religión con los ojos puestos en Dios, y la Política que dice inspirarse en el recto gobierno de los pueblos, sólo son sus ínfimos criados, sus cortesanos serviles... Ya sabe usted algo de sus pleitos...

—Algo, nada más.

—Fíjese bien en lo que ocurre con el de las monjas francesas. Todos sabemos que la razón las asiste. Los enredos del fundador de la Fábrica suscitó el pleito por incumplimiento de lo tratado con el padre de ellas sobre la explotación minera de unos montes que le pertenecían. Han pasado muchos años; el Tribunal Supremo siempre falla en favor de la Fábrica; pero como ellas son francesas y su ley parece fecunda en admitir incidentes, las monjas no se cansan en reclamar.

—Y la persistencia del Supremo en fallar á favor de los de aquí, ¿no será indicio de que á éstos asiste la razón?

—La razón, no: el motivo del pleito está bien claro. ¡La fuerza, la influencia!... Por supuesto que ellas no se desaniman. Trátase de muchos millones, y como no tienen herederos naturales, su Orden las sostiene. Es una lucha de influencias. ¿Sabe usted quién patrocina á los de aquí?

—El gran cacique asturiano.

—¡Justo! Nuestro católico cacique; el defensor de las Ordenes religiosas españolas... Este es el enemigo, el grande y poderoso enemigo de esas monjas. Como está emparentado con la familia de la Fábrica y es Presidente de su Consejo de Administración, no hay Juez ni Magistrado que contra él se atreva á mantener en el fiel la histórica balanza... Desengáñese usted, cuando el dinero interviene se rinde la Justicia, y en nada influye la comunidad de ideas ó sentimientos. Hablando en castellano, es un asco cuanto sucede con esta gente de apariencia tan correcta: para ella todo es licito, hasta el engaño se justifica. Nadie ignora que Minas y Fábrica sólo pertenecen á esa familia, y para salvar el capital en el caso improbable de que las monjas ganasen el pleito, ¿sabe usted lo que han hecho?... Pues simular una Sociedad Anónima, adjudicando las acciones á sus empleados más fieles, como antes hicieron con el dinero.

—¿Antes?... No le comprendo...

—Con el dinero del Banco castellano que quebró, con el papel de la renta francesa, con los seis mil títulos al portador de unos ferrocarriles... Ya sabrá usted que de todo esto fué depositario un hombre que, en remuneración del servicio, le aseguraron su acta de Diputado y su cargo bien retribuido de Consejero. ¡Con ser tan mediocre, hasta Ministro ha sido ese devoto servidor de esta familia!... Entre él y nuestro gran cacique nombran á las autoridades que á los capitalistas convienen, destituyen á las que reprueban, ponen á sus órdenes el Ayuntamiento, y como nadie puede contrarrestar tanto poder acumulado, la gente se disputa ya los cargos públicos para tener ocasión de poderles servir. Así hemos llegado á un punto en que es inútil pedir justicia contra la Fábrica. Hasta los que nada hemos de agradecerle luchamos en vano presentando denuncias en el Juzgado si el hundimiento de una galería mal entivada desgarrá nuestros campos. El Juez, protegido de los patronos y pariente de la señora que saludé hace diez minutos, no se distinguió en la Universidad por su inteligencia ni siquiera por su aplicación; pero resulta un excelente prototipo de jueces españoles con sus recios puños, que temen los más forzudos mineros, y sus tremendos biceps, que muestra con orgullo al proferir amenazas contra los enemigos de sus protectores. La lucha, pues, resulta imposible en todos los terrenos, y hemos de resignarnos á que la

Fábrica haga siempre su capricho. Contra ella no hay derecho, razón ni queja que puedan prevalecer. Trátase de un enorme desequilibrio que arrastra en su favor á las mismas instituciones creadas por el Estado, y que debían servirle de contrapeso. De un lado, todo; del otro, el vacío donde caen las exclamaciones de los vejados y las lágrimas de los perseguidos.

—¿Y qué ha sido de aquellas monjas tras la expulsión francesa?

—Creo que vinieron á España. Hasta se ha dicho por aquí que están en la provincia de Santander.

—Y el pleito continúa...

—Y continuará mientras haya una Orden que ambicione heredar á las monjas, y mientras la Fábrica disponga de millones, y haya grandes caciques, y ex ministros influyentes y Tribunales que de ellos dependan. ¿Le han dicho algo del abogado que en Paris tienen ellas?

—No.

—Un perro viejo que conoció hace tiempo á la gente con que trata, y embrolla más el asunto para que la Orden religiosa y los caciques españoles decidan á cuál de ambas partes asiste la razón. Como sabe que su habilidad ó su talento pueden influir muy poco en ese eterno pleito, procura obtener el mejor provecho nadando entre el Sena y el Caudal. De tiempo en tiempo hace una escapatoria á España, visita la Fábrica y vuelve en seguida á París con algunos miles de francos más de los que trajo.

XII

Mi acompañante me dice:

—Detengámonos un momento en esta altura y verá la Fábrica.

Son dos grandes cuerpos de edificio acribillados de ventanas, que se destacan en un recodo sobre la intensa verdura del valle. Las chimeneas lanzan densas bocanadas de humo que se extienden como un toldo entre monte y monte, y se elevan muy poco á poco en la mansedumbre del espacio hasta llegar á una región en que el aire libre las agita y deshace enviándolas á mayores alturas, donde se traban de los picachos y se confunden con las nieblas.

—Vista desde aquí —dice mi amigo—, la Fábrica tiene poco de interesante. Aunque el Ingreso no sea fácil, podemos hablar con algún empleado si quiere visitar los talleres.

—Gracias; he visto tantos, que sólo teniendo máquinas nuevas valdría la pena de molestar.

—Pues ahí bajo todo es antiguo.

—¡Y el edificio resulta grande!...

—Cuenta que sólo el de la derecha es fábrica. En la izquierda están las oficinas y la residencia de los dueños.

—¿Se hallan ahora ahí?

—Parte.

—¿Y no van al pueblo?

—Muy de tarde en tarde. Es gente orgullosa y adusta que prefiere vivir aislada á tratarse con personas de poco más ó menos. Además, no profesan ningún amor á este país; es á la manera de una tribu acampada en él mientras realiza su negocio; pero que huirá sin pena cuando la riqueza se agote.

—Siendo tan ricos, podían haber escogido mejor paraje para establecer su tienda que esa hondonada llena de ruidos, de humedad y de humo.

—Pensaron años pasados en construir un hotel en esta meseta que avanza á nuestra izquierda, desde donde se domina la Fábrica y un buen trecho del valle, pero desistieron pronto... irreflexivamente he llamado tribu á esa

familia, y es el nombre que le conviene... Carece del espíritu de perseverancia; en ella todo es inconsistente; se observa en los menores detalles la inquietud de ánimo del que sabe que no puede arraigar en un punto... Entre esos árboles que asoman sus copas están los sepulcros de los dos viejos: el judío y el protestante; algún descendiente de ellos quizás vaya á hacerles eterna compañía; y á pesar de esas misteriosas atracciones de la muerte, poseen la conciencia de que son extraños á esa misma tierra que les cobija dos cadáveres. Quizás tengan el vago sentimiento de que sus propios muertos sólo gozan en el jardín de un reposo momentáneo, no del permanente que los nuestros en el cementerio. El río negro que corre al lado no cobra bastante ira en el invierno para arrasar los muros y llevarse las cenizas de los muertos; pero en el valle se condensan otras tempestades morales que superarían en fuerza destructora á un río hinchado... Están de tránsito: aunque ahí abajo hayan hecho su nido, son aves de paso. Ni siquiera el nido, cien veces retocado, está bien hecho. Desde aquí se contemplan varios pabellones, ¡si los viese por dentro!... Las obras se comienzan; sobreviene el cansancio con el presentimiento de que algún día tendrán que huir, y los trabajos cesan. Más adelante advierten incomodidades ó deficiencias en el edificio, y proyectan nuevas construcciones. Unas, ni siquiera se inician; otras, quedan por terminar. Los que conocen la casa dicen que el mismo desasosiego reina en todo. No hay mueble quieto ni habitación tranquila. El dinero se ha derrochado en adornos y en objetos raros; pero un gusto plebeyo y estragado los amontona y dispone fuera de sitio.

—En la familia han ingresado dos aristócratas que podrían corregir los defectos de esos advenedizos.

—¡Bah; y quiénes son ellos!... Necios, les falta el gusto; casados por el dinero, sin amor al trabajo ni aptitud para los negocios, son dos aves más, que sólo algunas semanas reposan aquí.

XIII

Quizás vivamos en el mejor de los mundos posibles; pero si es así, desconfiemos del mérito, de la virtud, del trabajo y de todas las nobles cosas que aún seducen á algunos. Y si este es el mejor de los mundos, reconozcamos es algo deficiente y que la gran máquina funciona mal.

Sobre todo, que no digan los aduladores del presente orden que el triunfo pertenece á los mejores y á los más aptos. Y si por adular lo dicen, absténganse de añadir que sólo en la verdad inspiran sus palabras.

Aquí hay un hombre en todos conceptos indigno, que vence y domina, sin hacer nada por vencer ni servir para dominar. Ni en su vida privada ni en su existencia pública hay un pretexto que aconseje el elogio. Ni siquiera ha hecho nada por justificar la posesión del palmo de tierra en que sus plantas se sustentan. Millones de seres luchan rudamente por conquistar un mendrugo desde que el alba se anuncia hasta que la noche viene, y aun durante la noche sus ojos se desvelan y su corazón se acongoja al saber la incertidumbre de la siguiente mañana. Ni es raro que el mendrugo les falte y tengan que ir de puerta en puerta ó peregrinos por los largos caminos en busca de patrias más benignas. El ánimo les decae unas veces; la tentación les incita otras, y su reposo es entonces la cama del hospital ó el petate de la cárcel, esos lugares que la previsión de los hombres ha establecido para que la indigencia desesperada no arme las manos antes de llegar á la extenuación, ó para que las manos armadas se vuelvan inofensivas.

Rodeado de honores, respetado y favorecido por las leyes, vive este otro hombre, en que no reluce la inteligencia ni apasiona su alma el calor de la virtud. Una colosal estafa fué el origen de la fortuna que otros le transmitieron. Jamás una noble actividad ilustró sus actos. Su ideal ha sido siempre los goces sensuales, y á lo largo de su vida nunca ha sentido las zozobras del porvenir incierto, los dolores del pensamiento que, en sus excursiones á lo desconocido, se extravía y cae, y encuentra insuperables barreras ó caminos que se entrecruzan, viseados por monstruos mentales que

le acosan. Una gran estafa fué su herencia, y derrochar el dinero hurtado al amparo de las leyes su única ocupación.

—«¡Nací, gocé, viví en paz!» —podía ser su epitafio...

¡Vivió en paz!... Quizás haya en esto exageración; pues no puede vivir en paz quien lentamente se muere entre dolores agudos. Pero nadie se los ha procurado; él sólo se los buscó dándose excesiva prisa en gozar del mundo. Ni siquiera en esto ha sabido ser parco administrador. Su ley ha sido siempre su capricho; pero ni las leyes humanas ni los consejos de la Religión, que ahora busca de aliada para someter á sus enemigos, han ejercido en él disciplina. Los millones que sus padres robaron le aseguraron llana y fácil existencia, y la borrachera y la crápula han sido los ídolos á que ha rendido permanente culto hasta sacrificarles la salud de su cuerpo, que parecía forjado para altas y poderosas lides.

—¿Le ha visto usted? —he preguntado á mi amigo al volver del paseo.

—Varias veces; pero jamás de pie... No puede sostenerse... Le he visto derribado en el coche; sin luz en los ojos; envuelto siempre en pieles ó bufandas.

—¿También en verano?

—También... Dicen los viejos que ha sido un soberbio mozo, y todavía es fácil reconocerlo; pero también se advierte cuando el coche pasa muy lentamente para que las conmociones en los pisos irregulares no le arranquen ayes, se advierte que es un hombre deshecho, reclamado por la tierra.

—He oído que pasa muy poco tiempo con su familia.

—Sólo quince ó veinte días. Algunos años ni siquiera viene. Desprecia á este país, desprecia á España y aborrece á su mujer. Francia é Italia son desde su juventud los teatros de sus aventuras y derroches, y el santo derecho de propiedad le autoriza para que siga pulverizando allí las riquezas de esta comarca en carreras de caballos y mujeres que otros gozarán, porque él...

—¡Estando tan enfermo!...

—Será pasión de viejo; quizás vanidad de millonario; pero yo sé de cinco hermosas mujeres que devoran gran parte de las rentas... Y no lo sé de vagas referencias, sino de un secretario suyo encargado de girarles todos los meses algunos millares de francos á cada una... ¡Cinco, de que yo tenga noticia!... ¿No cree usted que eso es indecente?

—Sin duda.

—Pues todavía es más indecente que un ilimitado derecho de propiedad consienta esos escándalos.

—Es la segunda vez que en un momento reniega del derecho de propiedad.

—¿Me cree usted socialista?

—Lo supongo.

—Pues se engaña: cada día detesto más al socialismo. Soy partidario de la propiedad; pero también creo que sólo debe de ser propietario quien sea capaz de hacer un noble uso de las riquezas. Ese hombre despreciable, sin aptitud para cualquier empresa bella ó útil, que necesita ríos de oro para fomento de sus asquerosos vicios y determina grandes crisis económicas en comarcas enteras y aplasta á millares de familias, no debiera de poseer tal derecho. Ilícito es el origen de su fortuna y altamente corruptor el uso que de ella hace. Arrebatársela sería un gran acto de justicia y un caso de moralidad.

—Dejo eso; porque me parece oírle delirar.

—Ya sé que es absurdo lo que digo; pero lo absurdo en la vida es de ordinario lo más conforme á la razón... ¿Qué decía antes?...

—Que el crapuloso señor está deshecho.

—Otro en su caso tendría que recluirse en cama. A éste lo llama el muladar; pero el dinero aún obra el milagro de conducirlo por el mundo... Ya le he dicho que sólo pasa algunos días con su familia. En seguida se vuelve á París... Enfermo, reblandecido de la médula y endurecido del alma, causándole cualquier brusco movimiento horribles dolores, parecerá temerario que se exponga á tan largos viajes ¿no lo cree?...

—Sin duda.

—Pues sepa que ni la trepidación de los expresos puede soportar; tan enfermo se encuentra.

—¿Y cómo viaja?...

—¿Que cómo?... Antes viajaba en coche, en un soberbio coche construido para el caso. Las llantas de goma estaban tan bien dispuestas que el vaivén no lo percibía. Ahora tiene un gran automóvil, del que no sale mientras dura el largo viaje... En él come; en él duerme; en él satisface todas sus necesidades. Cómodamente, sin dolores ni imprevistos choques por su moderada velocidad, conduce el moderno vehículo á ese montón de vicios y de materia putrefacta.

XIV

El inspira una antipatía en que el desdén se alia con el temor. Si el poder que le dan los millones no fuese tan grande, el sentimiento sería de franco y justiciero desprecio.

Ella...

El odio, el profundo y rencoroso odio, se concentra en ella. Su muerte sólo produciría en la comarca una amplia sensación de alivio. Ninguna lágrima de amor, ninguna oración sincera brotaría de la gran muchedumbre que á su alrededor pulula y se afana. Hasta los que de ella reciben beneficios saben que jamás los brinda con mano liberal y piadosa. Un egoísmo recóndito la induce á dar. No ignora que el odio se cierne sobre su cabeza, que á todas horas le envían maldiciones desde el hogar vigilado y desde los negros senos de las minas, y procura rodearse de mercenarios defensores.

¿Quién es ella?...

Hace tiempo que lo sé; pero también sé que la verdad fácilmente se altera á distancia, y que su exactitud se pierde ó enturbia de labio en labio. Por si mis informes estaban adulterados, he querido confirmarlos preguntando en la honesta reunión del lagar, á la hora suave del crepúsculo en que la sidra suelta la lengua sin entorpecer el discurso.

—Es una antigua bailarina —dice uno.

Sus palabras ya no conciertan con mis informes. Sin duda, la verdad se altera muy fácilmente.

—Perdone —exclama otro—, es una antigua *écuyère*.

Y dos más insisten:

—Justo, una *écuyère*.

—Creí que era lo mismo —observa el primero.

Y el que le rectificó agrega:

—No es lo mismo. Eso es la opulenta dueña de la Fábrica: una antigua *écuyère*, transformada en gran pseudoseñora, y como todos los advenedizos sin esfuerzo, orgullosa, intratable, despótica con sus vencidos súbditos.

Cuando la gente habla de lo que fué y el recuerdo de su antiguo oficio está activo en la memoria de los que hablan, las palabras son despectivas —sin que el real desprecio pueda totalmente disimular el latente espíritu de envidia — y el contraste entre su ínfimo pasado y su presente espléndido va destilando acíbar en las palabras. Pero cuando el pasado se olvida y los hechos actuales se comentan, nadie se acuerda de la *écuyère*. La imagen de *La Señora* está viva y tiránica como una obsesión, dominadora é irascible, mandando inapelablemente en la Fábrica, en las minas, y á cuantos en la dilatada cuenca viven y trabajan.

El señor vicioso está ausente casi todo el año y sólo se preocupa en pedir dinero, enormes cantidades que han de remitírsele pronto y por cualquier medio; pero ella está casi todo el año presente en el gran edificio vecino de la Fábrica, en el valle de eterna primavera, lleno de verdor, de humo y de ligeras nieblas, y ella es el alma inquieta y mala que azuza la delación, escucha á los delatores, persigue á los obreros é impone el servil acatamiento de los que no lo son.

Por ella han tenido que huir los mejores ingenieros —viejos y jóvenes— que de su carrera habían hecho una profesión amada y no un vulgar oficio productor de comestibles. Por ella han sido eliminados los obreros de reconocida habilidad que daban calor y brío á la Empresa. Hoy sólo queda la escoria del proletariado, los rutinarios que por un jornal se someten y realizan un trabajo automático ó un servicio exento de amor y de entusiasmo.

—¿Y cómo esa mujer ha podido convertirse en dueña de tantas riquezas y en señora de tanto poder? —he preguntado al más viejo de la fraternal tertulia.

—¿Y qué tiene de extraño —me dice— tratándose de un hombre como él y de una mujer como ella?... Lo que es en este caso se ha cumplido indudablemente la ley del más fuerte. Entre ambos, es natural que sea la mujer quien domine.

—¿Es italiana ó francesa?

—Francesa. Una hermosísima *écuyère* francesa, que arruinó á varios jóvenes disolutos. El la conoció en París, y durante algunos años fué su querida —una de las muchas que compartían la asignación de sus padres y los empréstitos que contraía para pagar cuando heredase—. Pero la *écuyère* tuvo más habilidad que sus rivales, y supo esclavizar al ricachón. Como luego hemos tenido la desgracia de certificar aquí, es una mujer enérgica, perseverante, ambiciosa y fecunda en artificios é intrigas. Poco á poco fué adueñándose de la voluntad de su amante, y cuando el viejo dueño de la

Fábrica quiso romper los lazos que unían á su hijo con la hermosa aventurera, nada pudo ya lograr. ¡Ni amenazas ni promesas de dinero! Lágrimas, desvíos y celos diestramente combinados fueron las hábiles redes con que la astuta *écuyère* retuvo al riquísimo heredero. La lucha fué obstinada: el viejo había sido enérgico y tenaz en todas las empresas de su vida; pero la joven pareja tuvo familia, y ella amenazó á su amante con la persecución y el escándalo si seguía los consejos de su padre... Después de larga brega consiguió vencer, uniéndose legalmente al hijo único del poderoso archimillonario; pero le fué imposible realizar su fervoroso anhelo de venir aquí y dominar sobre los millares de hombres dependientes de la Empresa. Su suegro la odió siempre. Jamás permitió que su hijo la trajese mientras él viviera: ni siquiera toleró que ante el hablasen de ella... Murió; la aventurera vino en seguida á la Fábrica, y desde entonces domina como señora absoluta, desdeñosa y sórdida con los humildes. Excepto en el exigir dinero, su marido no tiene voluntad, y á ella hay que acudir con los proyectos y recomendaciones. La posesión del dinero le despertó las ambiciones del triunfo; quiso figurar; ostentarse en los salones aristocráticos; pero Madrid le dió con las puertas en el rostro...

—Pues dicen que aquella sociedad no es muy escrupulosa en la admisión de extraños.

—Así será; pero la antigua *écuyère* no pudo entrar ni le escatimaron los desdenes. Sin rodeos dijeron á sus yernos que ellos y sus mujeres serían en todas partes bien recibidos; pero no la suegra, pues su pasado estaba demasiado vivo y divulgado para hacer vista ligera.

—¿Y ella?...

—Quiso intrigar, importunó, recibió en la casa que había montado suntuosamente á otra sociedad menos escrupulosa... Convencida de que su ambición de figurar en el alto mundo había fracasado, se retiró despechada de Madrid y regresó á estos valles, donde nadie osaría afrentarla por su pasado.

—Pues creo que su vida de relación sigue siendo muy escasa.

—¡Naturalmente! Recibe como puede recibir una mujer así. Para la sociedad de la corte era poco la antigua hembra aventurera y trashumante; para la de aquí se considera mucho la gran dama millonada, y las contadas personas que la visitan lo hacen por cortesía ó interés más que por mutua y efusiva atracción.

—Es de suponer que viaje...

—Se ausenta algunas temporadas. Unas veces va á París; otras, á Málaga; pero muy raramente á Madrid.

—Se acordará de lo pasado.

—Como que siente horror por la corte. Sus ausencias son breves, y pasa casi todo el año en la Fábrica, cada vez más irascible y dominadora, como si quisiera vengarse en los que no pueden sustraerse á su autoridad de los desdenes recibidos en otras partes.

XV

El amor ó el capricho pasaron con el tiempo, y hace muchos años que el mutuo conocimiento estableció el divorcio moral entre ambos esposos.

Almas frías, egoístas, producto de una civilización senil que sólo aspira á la posesión de los bienes materiales, quizás se desprecian recíprocamente; pero con moderación, hasta con benevolencia; con ese desprecio tolerante y estudiado, que muchos llaman aristocrático, porque ahora es de muy buen tono ser correctos hasta en el adulterio y no poner fuego en amor ni energía en nada. —Él gasta y se desgasta en París, y tolera que ella viva á su albedrío. — Ella deja con mudo desdén que él haga su voluntad, y que acelere su muerte en brazos de costosas meretrices ó buscando violentas emociones en temerarias apuestas.

Como si el venero de sus riquezas hubiera de ser perenne, jamás se han preocupado en buscar idóneas sucesiones. Burgueses al fin, dueños del dinero que seduce y por el que la humanidad se afana, ni siquiera trabajan para legar á su descendencia este poderoso elemento de dominación. Cuanto se produce se consume: las reservas no existen, la fábrica envejece y decae, las minas rinden pródigamente; pero cada tonelada de hulla que se extrae es un hueco en el oculto tesoro de la tierra que no han de rellenar los gnomos... La injusticia pertenece á los hombres, pero la justicia del tiempo no se elude, y al derroche presente, autorizado y protegido por las leyes, sucederá la miseria de mañana. Mañana distante, sin duda, que hará más triste la miseria de los caídos, á quienes sólo llegará un legado de vicios, mientras que el polvo de las infinitas iniquidades de sus antepasados envuelve ahora á otros infelices. Y mientras la obra justiciera del tiempo llega al término de su realización, la injusticia social persevera, declarando árbitros de enormes riquezas á los que nada hacen por crearlas, por conservarlas, ni por transformarlas. Las riquezas en esta gente inepta ha sido fomento de la vanidad, y su último ensueño enlazar con aristócratas... Sobre todo la orgullosa *écuyère*... ¡Ella, una artista de circo, amante de medio París, verse primero rodeada de oro, y luego emparentada con títulos nobiliarios!... ¿Que ellos eran estúpidos y estaban

arruinados?... ¡Menos había sido ella, y, en fin, ostentar blasones en el coche algo valía!

Si para ascender en categoría social era necesario descender antes, gustosa se humillaría para implorar amablemente un enlace con sus hijas, reproduciendo el caudal de seductoras sonrisas con que años pasados gratificaba al público de los circos y conquistaba amantes y triunfaba de un joven calavera que por cientos contaba los millones.

Y no la buscaron para concertar el primer enlace. Buscó con disfrazados artificios. Era el deseado hijo de un vecino conde, de título muy sonado donde esas cosas preocupan... Era también el conde un diplomático muy bien relacionado en casi todas las cortes europeas. Además de conde y diplomático, era hombre de talento, rico, agudo, con eficaz encanto en la palabra. Las artes hábiles de la antigua *écuyère* no pudieron esconderle la intención, y con su exquisita amabilidad de hombre de gran mundo, sabía eludir el compromiso y alejar á su hijo de los lugares donde pudiera ser inducido en tentación.

Cuando el invierno se acercaba, huía de aquellas inmediaciones; pero al volver en verano, otra vez tenía que eludir las redes que á su hijo tendía la astuta Circe de los valles.

Tampoco faltaron los oficiosos intermediarios. Muchos amigos lugareños, que por la tarde componían su tertulia ó le acompañaban en sus excursiones, aconsejábanle el enlace de su hijo, ponderando las riquezas visibles de la Fábrica y los fabulosos tesoros que se albergaban bajo los verdes y pomposos montes circundantes. El conde confirmaba siempre este último punto; durante un buen rato hacía cálculos sobre los ocultos tesoros y los años que pasarían antes de llegar al término de su extracción, y muy hábilmente desviaba el curso de la charla hasta concluir diciendo finos chistes ó narrando galantes historias de los países que había recorrido ó de las muchas personas que había tratado.

Pero ni la rica advenediza desanimaba en perseguir el casorio, ni los importunos amigos del conde cejaban en recomendárselo. Y con tanta asiduidad y celo lo hacían, que fácilmente se les tomara por personas interesadas. En ocasiones estrechaban tan de cerca al aristocrático señor, que no teniendo diplomático escape, obligábanle á mover tenuemente la cabeza y decir risueño:

—¡Eso, no!...

—¿Y por qué no? —le replicaban—. ¡Es hermosa, rica!...

Y él observaba gravemente:

—¡Rica; hermosa!... ¡Yo quiero mucho á la chica!... ¡Pero, no; eso, no!... Hablemos de otra cosa.

Un día le insistieron con más ahinco, y como si un flujo de ira le arrebatase, exclamó con feroz energía:

—¡Jamás!... ¡Jamás!...

Pero era hombre de gran mundo, cortés y poco aficionado á los grandes gritos, y reponiéndose súbitamente, dijo en tono acariciador, chispeando ironía los ojos y titilando de burla los labios:

—¿Pero estoy seguro de que mi hijo no había de casarse con su hermana?...

Nadie le replicó.

Nadie volvió á proponerle el enlace.

La antigua artista de circo tuvo que buscar por otro lado.

XVI

No tardó mucho en encontrar la obstinada aventurera, pues la seducción del dinero atrae fácilmente en nuestros actuales días de prosaísmo democrático á los nobles empobrecidos sin útil ni bella ocupación.

Pronto fué primer yerno del señor vicioso y su ilustre esposa un marqués alocado y parlanchín, muy aficionado á deportes físicos y capaz de atinarle á un mosquito sendos balazos. Como en nuestros tiempos de liberalismo y de sufragio universal se disciernen los cargos y representaciones populares á los mejores, á este joven marqués le han hecho Diputado á Cortes, pues nadie mejor que él para ser el hazmereir de la aburrida Cámara y de nuestro triste país cuando se entera de sus estafalarios discursos, que la prensa de todos los bandos comenta con regocijado estilo, sin que el orador advierta la general rechifla. Incoherente y turbulento, las palabras saltan de sus labios en veloz cascada, y los vagos conceptos que pretenden significar se traban, se confunden y se enredan formando tan revuelta maraña, que el auditorio ríe un rato muy á gusto, sin otro temor que se le desarticulen del mucho reír las mandíbulas... De tiempo en tiempo enmudece en la tribuna con harto dolor de la gente, y emplea sus ocios en redactar artículos defendiendo el primer desatino que se le ocurre, ó escribiendo insensatos folletos que ningún lector rebasa de los primeros párrafos por miedo de que la locura se le contagie.

Estos folletos suelen ostentar en las cubiertas precios exorbitantes, y aunque el peregrino autor haya combatido algunas veces los libros caros, no hay peligro de que en la práctica resulten contrariadas sus teorías, pues el lector tiene buen cuidado de no caer en la insana tentación de adquirir los lujosos folletos.

El público lector huye de ellos como ante la cruz el diablo; pero el endiablado marqués le persigue hasta en los viajes. Se le ha visto con frecuencia bajar de su coche al llegar á una estación é ir de departamento en departamento cargado de folletos, con gran sorpresa de la gente que oía rogar al elegantísimo joven:

—¡Señoras!... ¡Caballeros!... Hagan el favor de leer estas páginas... Se lo suplico: son muy interesantes...

Y huir veloz á otro coche.

Estas elucubraciones suele escribirlas en la fábrica, y cuando el instante del aborto llega, hasta su digna suegra le mira cavilosa y con cuidado. El marqués se encierra con doble llave; no tolera que nadie le moleste; nada de cuanto le rodea le interesa: ella le sorprende por la cerradura ensoñando alto, ó embutido entre montones de libros, le ve escribir nervioso, romper cuartillas y gesticular transportado. Luego intenta leer los folletos que su aristocrático yerno publica, y no muy segura de si aquejo es obra de un genio ó de un orate, pregunta a sus amigos poniéndose el índice en la sien:

—¿Creen ustedes que mi yerno no estará mal de la cabeza?...

Los amigos no se atreven á responder afirmativamente; pero todos suponen que *La Señora* hace bien en dudar.

Y sucedió que en uno de esos estupendos folletos, abordó el autor una alta tesis religiosa, á la que puso por rótulo: «Síntesis reflexiva de mi conciencia metafísica», donde el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo le guiaban como de la mano por las más arcanas regiones del pensamiento, y por un religioso escrúpulo de su «conciencia metafísica» envió el folleto al docto P. Blanco para que le dijese si encontraba algo atentatorio á la religión católica. A la semana le contestó el buen fraile con una ironía digna de él y de sus colegas de los mejores tiempos, diciendo: «que ignoraba si en el folleto había materia reprensible; pero que desde luego podía publicarlo, si tal era su voluntad, seguro de que ningún lector se escandalizaría.» Con tan favorable licencia se decidió á imprimirlo; prolijamente lo repartió en los trenes, y aún no hay noticia de que el P. Blanco se haya equivocado.

Conseguido este primer enlace, *La Señora* dió por realizadas gran parte de sus ambiciones, emparentando con un aristócrata; pero como buena madre, no quiso que su segunda hija fuese menos que la hermana, y procuró unirla á otro título.

Tampoco tardó en encontrarlo...

El segundo yerno es un conde andaluz, más arruinado que el marqués, y de gustos y aficiones más modestos. Como no ha de legislar en las Cortes ni perseguir entusiastas campañas en los periódicos, para más tiempo en la Fábrica, y cuando se le ve dirigirse á algún sitio y se pregunta por él, la gente exclama haciendo un mohín desdeñoso con los labios:

—¡Ese!... Ese es el marido de una hija de la Fábrica...

Y si la curiosidad pica y se imploran más informes sobre su distinguida persona, repiten las mismas palabras que cierto paisano suyo, que fué el primero en darlos:

—Tiene dos hermanos más pequeños, que para salir de casa ha de acompañarlos un preceptor... Los pobrecitos van por la calle babeando... No hay otra diferencia entre los tres, que el mayor no babea...

Y esta es la ejemplar familia que domina en una extensa cuenca de treinta y dos mil habitantes, y á la que todas las potestades divinas y terrestres se someten.

XVII

Este auxiliar de tan ruin familia es un cacique poderoso.

Pertenece al número de los que la adulación agradecida ó la ligera cortesía de la Prensa llaman ilustres y eminentes, y llegan á inspirar respeto y temor. Luego mueren, y su figura, que en vida parecía gigantesca, se amengua y desvanece, al par que el tiempo aleja su recuerdo...

Su obra...

Difícil es juzgar su obra. Unos la decantan, otros la deprimen. Todas las ideas vetustas tienen en su persona un porfiado mantenedor. Ha sido ministro; ha aspirado á la jefatura del gobierno. Es más influyente que cualquier Ministro, y no menos que el más conspicuo jefe de gobierno. Este puede representar un partido; él representa y simboliza un espíritu que, disimulado unas veces, franco otras, tenaz siempre, se filtra en la sociedad española, alimentando la pasión de secta, conservando su imperio en la escuela, conquistando á nuestra blanda y venal juventud ilustrada con la merced, y haciendo imposible la leal competencia del adversario.

Su obra —y la de otros que, como él, se han consagrado á demoler caracteres— podrá juzgarse cuando hayan pasado algunos lustros. —El historiador de nuestra decadencia ó el erudito que andando el tiempo contemplan con ojo limpio y frío á la actual España, es muy posible que no puedan leer sin sonreír desdeñosamente las alabanzas que ahora discernimos á estos hombres. Con ser —según nosotros— tantos por su número y tan grandes por su talento, parecerá inaudito que durante su florecimiento España haya podido agostarse. Y si un fatal determinismo histórico la obligó á caer, sorprenderá que tan poco hayan logrado realzarla, siendo tan numerosos los medios —todos los medios de una nación— que de ellos dependen: leyes, dinero, hombres, anhelos que ya se van perdiendo. Nada se les ha regateado; ni siquiera los años que pudieran necesitar para hacer atento examen de conciencia, madurar el arrepentimiento y rectificar su conducta si en lo pasado hubo yerro.

El tiempo dirá que fueron mucho más pequeños que otros de menos representación y nombre; el tiempo preciso para que deje de vibrar su palabra mentirosa, y la muerte haya roto los resortes de su autoridad, y la turba de indecentes aduladores, que olvidan el beneficio cuando la mano del dadivoso cesa de dar, ya no entonen sus coros laudatorios.

Este poderoso cacique, como otros muchos, a actuado en lo presente; pero sus obras llevan la marca de su pequeñez en lo circunstanciales y egoístas; su pensamiento jamás ha rebasado lo actual para proyectarse en lo futuro infiriendo nuevas rutas ó iluminando oscuras zonas, ni ha edificado con los perennes materiales de la raza firmes edificios. Los instrumentos de su acción son numerosos; pero los límites de la acción misma los señala su egoísmo.

Este hombre es uno de los más preeminentes que tiene el país. Las dos terceras partes, cuando menos, de los profesores, siguen su mezquina inspiración intelectual, contraria á las innovaciones. Pueblos, regiones enteras, le están sumisos. Por su consejo se designan ó destituyen alcaldes, se nombran ó trasladan jueces, magistrados, jefes de la fuerza pública. El partidario está exento de gabelas y responsabilidades; hasta el reconocido delincuente encuentra la libertad, en vez del presidio, á trueque del voto en tiempo de elecciones y del propio riesgo en trance de apuro. Para el adversario está la persecución, el brutal atropello, la miseria negra, la necesidad de huir. Por eso son muchos los que le defienden y muy pocos los que se atreven á luchar contra la fuerza asociada de alcaldes, jueces, magistrados, guardia civil y ejército, que pueden acosarles, arruinarles, apalearlos, fusilarles impunemente. Cuantos organismos crea y sostiene el Estado para que la vida social se realice tranquila y ordenadamente, se convierten bajo su impulso en otros tantos ministerios de injusticia y oprobio. Como el dinero atrae al dinero, el poder incorpora poder, y así ha llegado á ser casi incontrastable el de este odioso oligarca que hace Diputados de la nada é impone Consejeros á la Corona para que decreten y conserven su autoridad.

Es natural que ese poder, con indignas artes conquistado y sostenido, no se ejerza en favor de las nobles causas, pues para eso ninguna necesidad tenía de fomentar la injusticia. Para mejor conservarlo ha tenido que pactar con el dinero, y así la Fábrica y el gran cacique se prestan mutua ayuda. La primera ofrece su gran influencia al aliado; éste le presta su eficaz concurso para someter á los rebeldes. El cargo de presidente de su Consejo de Administración otorgado por la Empresa al viejo político sirve de nexo á sus recíprocos intereses.

La alianza se hizo luego más íntima.

El nieto del judío quebrado puso á su hija; el oligarca puso á su hijo. Ella aportó el dinero de las antiguas estafas, que el joven marqués necesitaba para prolongar su inútil y fastuosa existencia; el marqués, la fuerza organizada de su padre.

Y así han formado un todo armónico:

El señor crapuloso puede gozar en París, en Niza, en Biarritz, seguro de que el juez, el alcalde y el guardia civil defenderán las extensas propiedades que tan fáciles y pingües rentas le producen.

El político afianza su autoridad con la ayuda del opulento capitalista.

Y si la antigua *écuyère* no ve realizado su cabal ensueño, al menos logra emparentar con altos gobernantes y con vistosísimos aristócratas.

XVIII

Sólo un ambicioso que nada tuviese que perder podía luchar contra el fuerte oligarca.

El contendiente apareció.

Joven, estudioso, ambicioso, más pelado que una rata. Del pueblo procedía y sólo en el pueblo podía sustentarse. Bajar más era imposible, pues vivía casi en la miseria. ¡Ganar!... Cuanto lograrse, ganancias serían.

Con mil afanes terminó una carrera.

Siguió estudiando.

Sufrió injusticias de los que valían menos que él.

Sus ojos eran reverberos que proyectaban en torno torrentes de fuego interior. Su palabra, brasa viva que le quemaba los labios. Clamaba contra la sinrazón, y no clamaba en el desierto. Alguien le oía. ¿Los de arriba?... Eran sordos, ó no sentían piedad de él. Los de arriba seguían persiguiéndole, haciéndole víctima de una gran iniquidad. Escuchábanle y le alentaban los de abajo; todos los que compartían el rigor de los vencedores. En los de abajo encontró la fraternidad y la adhesión que le hizo subir antes de que sus fuerzas se hubiesen agotado en la ruda porfía... ¡Cuanto subía, ganaba!... El sostén de abajo no le faltó. Su pueblo veía en él á un libertador del soez caciquismo. Todos los enemigos del gran cacique, todas las víctimas del alto político, fueron haciéndose sus amigos. Peleó como bueno, y sufrió derrotas que no le desanimaron: el pueblo le seguía adicto, y cuando su héroe obtenía un triunfo también creía triunfar, suponiendo que no estaba muy distante la hora alegre en que su jefe y guía podría realizar las promesas tantas veces anunciadas en mitins y conferencias.

El que nada era y para la conquista del porvenir sólo tenía su ambición y el amor del pueblo, triunfó.

Su nombre rebasó los linderos de la región; se divulgó con honores de triunfo por España entera.

Hoy es uno de los más respetados.

Su voz resuena en la tribuna parlamentaria, y á sus discursos —¡palabras, palabras, palabras!— ponen extensos comentarios grandes y pequeños periódicos... Ha llegado, pues, el momento de que el antiguo tribuno cumpla sus promesas de ayudar á quienes le ayudaron.

Lentamente, con escurridiza habilidad, se aleja de ellos.

Los que le escucharon y ayudaron á vencer cuando se disfrazaba de libertador, reciben de el desaires é insultos.

Los obreros esclavizados por la Fábrica y perseguidos por el gran cacique votaron para que fuese su representante en Cortes, y jamás una sola vez ha resonado su artificiosa palabra en defensa de ellos.

Ya se alía con el gran cacique, aquel fuerte y rencoroso enemigo suyo, contra el cual luchó y en la lucha logró encumbrarse. Ya anda en vergonzosas fornicaciones con los dueños de la Fábrica. Ni por gratitud á sus antiguos compañeros intercede hoy con sus nuevos amigos para que hagan menos brutal su dominación.

¿Y cómo, si en el Instituto de Reformas Sociales vota siempre contra el obrero?

Aseguran que no tardará en ser jefe de partido y presidente del Consejo de ministros.

Ya ha anunciado en público^[1] que, cuando lo sea, disolverá á balazos las manifestaciones proletarias.

Ya ha abandonado la chaqueta y se reputa de cursi con la levita. Ya es abogado de poderosas empresas que, llenándole el vientre de oro, dan solidez burguesa al antiguo y ágil demagogo.

El pueblo empieza á conocerle.

Los que le ayudaron á salir de la nada le reniegan.

Es tarde...

La sugestión está hecha.

Ha volado demasiado alto, y el lastre democrático le estorba.

Sin disimulos desprecia al pueblo, diciendo que es inculto, turbulento y aficionado á gritos... ¡Tiene razón!... Si no lo fuera, hace tiempo que sólo daría á los charlatanes aspirantes á políticos en la proporción que de ellos recibiese. Porque en este caso dió á su antiguo ídolo cuanto darle podía, y nada en retorno ha tenido.

XIX

Ha cesado de llover.

Sentados en un banco, bajo los árboles que todavía gotean, miramos pensativos desgarrarse las nubes y replegarse sobre el verde círculo de montañas que aprisionan al pueblo. Unas descienden por las húmedas vertientes; otras ascienden hasta cobijar temblorosas las cónicas alturas: luego parecen retirarse para que las advenedizas celebren sus solemnes danzas.

Silenciosa y encharcada está la calle. Nadie habla. De tiempo en tiempo, suena el hueco choclar de unas madreñas, y alguna vieja pasa vestida de negro y con los ojos puestos en el suelo. Los nuestros se fijan un momento en ella, y vuelven á contemplar las majestuosas evoluciones de las nubes, mientras en los oídos resuena el monótono golpear de las madreñas, que tristes avanzan calle abajo.

Un rumor rodante y discreto suena á lo lejos. Las cabezas se vuelven con perezosa curiosidad atraídas por el rumor que cada segundo es más perceptible. Un coche vacío se acerca rápido; pasa chispeándonos el cieno de la calle, y se aleja reluciendo entre los oros del primer sol, que acribilla las deshechas nubes.

Ya se ha alejado buen trecho el vehículo, cuando alguien pregunta con pausada entonación.

—¿Dónde irá?...

Y otro responde con desabrido gesto:

—¡Eso no se pregunta!...

Sigue un momento de quietud en que los ojos se distraen con los juegos del sol al romperse en el terso charol de la caja, y cuando ya se ha perdido el coche á lo lejos, el último en hablar me dice con indolencia:

—Es el coche de la Fábrica... Todas las tardes viene á recogerlos.

—¿A los dueños?...

—No; á los frailes... Puede afirmarse que es de ellos más que de los dueños.

—¿Y dónde los lleva?

—¿Cómo?... ¿Qué adonde?... ¡A la Fábrica!... ¡A aconsejar; á dar órdenes!...

Pasa un rato de mutismo y otro del grupo sentencia:

—Esos serán andando el tiempo los peores enemigos del pueblo.

Y el anterior lo confirma de este modo:

—¡Oh, sí!... Lo son ya... ¡Cuánto ascendiente han conquistado sólo en un año!... Llegaron pobres...

Una voz le interrumpe:

—¡Silencio un momento!... Aquí están...

El coche vuelve más ligero que fué. Dentro vienen dos frailes encarnados y robustos, vestidos de hábitos pardos. Al confrontar, mira distraídamente el que ocupa la izquierda, y al ver un forastero, sus ojos reparan con más atención en el grupo. La curiosidad le tienta, y ya á distancia, asoma la cabeza. Alguien murmura un insulto, y su vecino le aconseja respeto.

—¡Gran oficio! —exclama el que antes fué interrumpido—. Llegaron pobres hace pocos meses, y ya están en camino de ser ricos. No hay recuerdo en la comarca de que nadie haya prosperado tanto.

—¿Son piadosos en la Fábrica? —pregunto.

—¡Piadosísimos! —me contesta el mismo haciendo una mueca irónica—. ¡Sobre todo desde la huelga!... Antes no conocíamos aquí á esos señores: con el desastre obrero van llegando á toda prisa. Los dueños encuentran en ellos sus mejores auxiliares, y les dispensan incondicional protección... ¡Sí; se han hecho muy devotos!...

—¡Hasta el director! —intercala uno—. ¿Quién lo diría?...

Y el de antes contrayendo la boca y mostrando los dientes:

—¡Hasta el director!... Y ese sujeto es el mismo que hace algunos meses abominaba de la Religión y defendía el librepensamiento... ¡Bah; son todos despreciables!

—¡No; es que hacen su negocio! —me permito insinuar.

—Es verdad; ¡que buena pro les haga!... Así como así, la vida de todos ellos es poco envidiable... Abusando de la inmoralidad, han logrado formar tan fuerte ambiente de corrupción, que ni ellos mismos pueden sustraerse á su influjo. Por eso las desgracias de familia, que en otros inspirarían lástima, tratándose de esa gente se convierten en motivo de regocijo y de picantes chanzas.

—¿Habla por los de la Fábrica?...

—Por todos: por ellos y por su Director.

—¿También en éste hay novela íntima?

—Creo que todos los que en ese rico pudridero entran, están condenados á tenerla: la inmoralidad también es contagiosa.

—¿Y qué es ello?

—Cuestión de amores: una fuga tras un soldado; un arreglo por dinero, y nada más. Entre ellos todo se arregla con el dinero... Con el dinero y con la Religión, que les absuelve ahora de todas sus culpas...

—¿Y antes no?...

—Ya le he dicho que antes no conocíamos á esos frailes, y la Fábrica no se preocupaba en cuestiones políticas ni religiosas; pero necesita auxiliares que la defiendan, y ellos acuden por la paga, convirtiéndose en el más insoportable medio de dominación y tiranía... Los dueños solos no podrían sostener la lucha.

—Pues, si han vencido completamente...

Pero su triunfo no podía ser definitivo. Sus golpes son rudos y aplastan al que alcanzan; pero su actividad persecutoria no podría atenderse á más de treinta mil personas que moran en la vasta comarca. Ni ellos, ni la guardia civil, ni las demás autoridades podrían evitar que los obreros se reorganizasen. Los dueños han vencido en la calle: ahora han de impedir que en la casa se intrigue, y como ellos no pueden pasar de los umbrales, buscan á quien pueda entrar, á esa Religión agonizante, cada día más separada de los desvalidos, cada día más amiga de los poderosos. Sus ministros ni siquiera tienen que resolver complejos problemas de la vida ordinaria que les hurten tiempo y diligencia. Su único oficio es hablar, intrigar, acechar los hogares donde puedan rendir almas y obtener beneficios. No los verá en los hospitales consolando á los heridos, ni llevando consuelo á las minas... ¡Oh, no; si en ellas entrasen es posible que jamás volviesen á ver la luz del día!...

XX

¡Religión agonizante!... Y, sin embargo, es cuando mayores daños causa... En estas ricas zonas industriales es donde más descarnadamente se observan sus efectos... Recordando ante su obra esos dulces atributos con que se celebra, siéntese por ella un odio mezclado desprecio. Nada tan contrario al amor del prójimo y al amparo del desvalido como este ardiente empeño de persecución y codicia. Ni siquiera es por la persuasión y la propaganda como someten á esta gente atemorizada, sino con violentas coacciones y amenazas que aumentan el terror.

Por hacerse gratos á los capitalistas, compiten en actividad frailes y sacerdotes. Hay que convenir en que á los curas pertenece el triunfo, fin, son ellos los que han de vivir aquí. Los otros pueden marcharse á cualquier parte, y no les resulta tan necesario el afecto de la Fábrica. Sin embargo, como los frailes han tenido la habilidad de ponerse en diaria intimidad con ella, son los que gozan de su predilección... Pero, aunque la rivalidad exista, como es común el fin á que aspiran, sus celos no los advierte la gente... ¡Oh, no; son bastante cautos para hacerse una guerra implacable, sin que la aversión estalle en forma ruidosa!

Este cura joven, tan blando para la Fábrica, tan implacable para sus adversarios, sería un digno continuador de Torquemada de haber vivido algunos siglos antes. En nuestro siglo no le inspira la fe fanática; pero el interés le vuelve duro y cruel. Sentado en el tribunal de la penitencia, no es consejero prudente, sino juez rencoroso que atiza la pasión. Desde allí atormenta y somete á las almas débiles infundiéndoles miedos ultraterrenos. Desde allí explora el interior de las familias; inquiere los sentimientos de los hombres; impone á sus mujeres la constante vigilancia de ellos, todos los días y á todas horas, hasta rendirlos por la súplica ó por la reyerta; hasta abjurar, si en algo estiman la paz doméstica, determinadas ideas; hasta rehuir ciertas compañías; hasta no visitar los lugares que la Fábrica proscribese...

Comentando estos sucesos en el Casino, exclama una víctima:

—Es tan burdo ese juego entre la Religión y la Fábrica, que todos los hombres lo vemos; pero no lo ven las mujeres, y eso es bastante para que triunfen. ¿Quién lucha contra la fanática obstinación de ellas?... Yo mismo he tenido que rendirme: tan insufrible era la vida, que sólo me quedaban dos caminos: la entrega ó la separación. ¡Y la separación á mis años!...

Y otro añade:

—Es una lucha muy fatigosa. La Fábrica había sometido á los obreros por el hambre, ahora tendremos que ser todos esclavos. A los que profesamos de liberales nos aíslan con el pretexto de las ideas, hasta tener que huir como los mineros rebeldes, ó ingresar en el Círculo Católico si no queremos vivir aislados, perseguidos en nuestras industrias, vejados en nuestros intereses...

Y fijándose en un periódico que hay sobre la mesa, continúa:

—Hasta la prensa independiente se expulsa de la comarca y se impone la católica. Ya no bastan las pastorales de los obispos, ni las exhortaciones desde el púlpito. Ahora se comunican órdenes á las casas...

—¿Órdenes? —le interrumpo.

—¡Órdenes! —insiste con energía—. Y no verbales, sino escritas... Esto no lo ignora nadie... Yo mismo las he visto... ¿Desea que le cite un caso que puede usted confirmar fácilmente?... Hace pocos días que recibió una carta del párroco la madre del popularísimo escritor madrileño que ahora veranea aquí... Pregúntele a él; pregunte á cualquiera de su familia. En esa carta le ordenaba que abandonase *El Liberal*, suscrita á él más de veinte años, y que aceptase otro periódico católico.

—¿Y ella?...

—¡Qué iba á hacer!... Tiene ochenta años: es tímida; es devota. Teme á las coacciones del confesonario. Lloró. Estaba habituada á su periódico... Una de las pocas distracciones de su avanzadísima edad eran los folletos, lo único que en el diario leía...

—Y habrá tenido que sustituirlo.

—Lo ha abandonado por temor al cura; pero su indignación ha sido tan grande, que en ella ha encontrado resistencia para rechazar el periódico que le ofrecen... ¡Y como éste podían citarse tantos casos, que por su ruindad y pequeñez implican el mayor ultraje!... ¿Le han dicho lo que en este círculo ha ocurrido con la prensa?

—No.

—Es el mejor ejemplo de la indigna servidumbre en que vivimos... Aquí fraternizaban antes todas las clases sociales, y todas las ideas encontraban un campo neutral... Jamás pasó de ser un Círculo de Recreo. Con el triunfo de la

Fábrica y su pacto con la Religión, ya no se admite la neutralidad. Cuantos en la comarca viven han de estarles totalmente subordinados, quieran ó no. Primero arruinaron al Centro obrero; luego al republicano; ahora nos toca turno á los que, por no ser nada, ni siquiera amigos de los amos somos. ¿Sabe cuál es el pretexto?... Cualquiera: la prensa, ya que no encuentran otro.

—No he visto ningún periódico audaz en el salón de lectura.

—¿Y qué importa?... Jamás los hubo... Periódicos noticieros, independientes y liberales. Pues ni éstos aceptan. El cura intentó que se suprimieran y que nos contentásemos con *El Universo*. No le obedecimos, y nos ha declarado la guerra secundado por la Fábrica, que prohíbe á sus empleados el ingreso en esta casa.

—¡Son tan pequeñas estas luchas!...

—¡Ay, amigo!... ¡Ellas ocupan toda nuestra vida!... Lo heroico abunda poco; pero al heroísmo de la resistencia llegamos, sufriendo estos menudos asaltos. ¡Si sólo fueron algunos, ó fuesen periódicos!... Pero son millares, son millones de asaltos; hemos de aguantarlos ó resistirlos todos los días, incesantemente; nos importunan en la calle, en la reunión, en el que otros pueden llamar refugio doméstico, pues para nosotros se ha convertido en el más horrible campo de pelea... La gran lucha dura poco y deja alguna tregua para reponerse: aquí no hay tregua. La mortificación, la insidia, la palabra acerba llegan por todas partes y en todos los momentos. Por eso, aunque usted nos vea de aspecto reposado, dulce y melancólico, por dentro nos punza siempre el desasosiego. Es una inquietud constante: el temor de ser denunciados en una ú otra forma, ante los poderosos señores, ante el sacerdote ó ante la familia, nos hace recelosos, nuestro carácter se vuelve cada día más desconfiado, y la vida no puede ser más enojosa... ¡Valle de lágrimas, dice la Religión!... Eso hace ella de este valle, poblado antes de alegría. Pero estos sufrimientos que ahora impone no son de los que pueden prepararnos para mejor vida. Estos nos ennegrecen el alma, nos la pudren y, á la larga, acaban por acumular desesperación y hacen desear venganzas y horrores... Ustedes los escritores aman lo grande, lo que impresiona ó lacera, y desdeñan estas pequeñas luchas; pero ellas son en la vida —en nuestra vida, al menos— lo fundamental. Tras un rudo combate puede salirse fortalecido y sentir orgullo de las dificultades vencidas; pero que venga aquí el más duro carácter, cuanto más templado mejor, y á ver si resiste mucho tiempo este acoso de vejaciones, que se suceden sin interrupción, sin darle reposo, y, lo que aun es peor, sin que á veces tenga el derecho poder protestar, pues el dardo no se lo arroja nadie, se lo clava la intención... Hablar de intrigas,

censurar al cura, comentar la tontería del fraile, que en ocasiones tanto daño hace, les parece á ustedes nimio, y quizás lo sea. Sólo que á las víctimas no se nos antoja así.

XXI

Huyendo de un peligro, caen los propietarios en otro mayor. Quieren destruir la cohesión de los obreros, y al aceptar el concurso de berzas extrañas tienen que estimularlas en su propio daño. Los caciques, para asegurarse instrumentos afectos, y la religión, persiguiendo al liberalismo, eliminan á los elementos intelectuales más aptos y respetan á las insignificancias que sólo aspiran al cumplimiento de una obligación estricta y á recibir su sueldo.

Sin contar aquel eximio ingeniero que con el fundador de la Empresa dió extraordinario impulso á todos los trabajos, han sido muchos los jóvenes que por sobra de inteligencia y ausencia de hipocresía han tenido que huir. Y su ejemplo lo han seguido otros empleados más modestos, pero no menos útiles y de tan difícil sustitución.

—Por docenas pudiera citarle los casos —me dice un amigo mientras presenciábamos la puesta del sol al pie de una fresca pomareda—. Por docenas; pero el más reciente de todos es bien significativo... Trátase de un joven ilustradísimo, querido en la mina donde le habían destinado, amado de los mineros que á sus órdenes trabajaban, y en gran estima tenido siempre por los directores de la Empresa... ¿Quiere saber la razón?... Sin duda le parecerá mentira que por ser republicano prescindieran de tan eficaz subordinado...

—Sería peligroso.

—Todo lo que podía serlo un joven que sólo se ocupaba en realizar progresos en su oficio, estudiando las horas que le dejaba libre el trabajo.

—Alguien rivalizaría con él ambicionando su puesto.

—Nadie. No había otro motivo para justificar su expulsión que una orden de la Fábrica prescribiendo que todos los empleados de algún rango se hiciesen socios del Círculo Católico.

—Y él la desacató...

—Nada más... Un día estaba en su trabajo, y recibió un recado del conde, del necio conde recién casado con la hija menor de los dueños, diciéndole que le esperaba... Como ya habían advertido al empleado del riesgo á que estaba

expuesto por desobedecer á los amos, tuvo el capricho de preguntar al enviado:

—«Y quién es ese caballero que me llama?»

—«Un dueño de la Fábrica» —le respondió.

—«¿Un dueño?... No le conozco.»

—«Está casado con una hija de *La Señora*.»

—«¡Ah!... ¿Y para qué me llama?»

—«Desea hablarle... Ha sabido que no va usted á misa ni ha querido hacerse socio del Circulo Católico.»

—«Y para eso le envía?... Bueno; dígame que me es imposible abandonar el trabajo, y que si para algo de carácter técnico han de consultarme, que me avise el Director...»

—¿Y le replicarían con la expulsión? —presunto á mi compañero.

—Eso creyó el empleado; pero no fué así. Realmente lo estimaba la Empresa: solicitaron informes sobre su habilidad, y todos los ingenieros estuvieron acordes en que era un empleado ejemplar y útilísimo. No atreviéndose á tomar una providencia extrema, el conde fué al otro día á la mina. Dícese que fué la primera vez en visitarla desde que ingresó en la opulenta familia del valle... Llamó al empleado, y no le mostró enojo. Al contrario, había en su actitud algo que revelaba modestia y conciliación, esa fingida modestia del que no desconoce la superioridad de su poder y quiere disfrazarse de tolerante y magnánimo. También el tono de sus palabras era mesurado y conciliador:

—«No ha querido usted obedecer mi orden, y maldito si le guardo inquina... Ya ve usted: yo mismo me he tomado la molestia de venir en su busca.»

—«Muchas gracias» —le respondió el empleado algo arrepentido por su intemperancia del día anterior.

—«He pedido informes de usted, y me han dicho que es un empleado modelo.»

—«Gracias, otra vez.»

—«Porque es usted muy útil he querido hablarle personalmente.»

—«Diga...»

—«Sentiríamos mucho tener que prescindir de sus buenos servicios...»

—«Si no se explica mejor...»

—«Nos han dicho en la Fábrica que es usted republicano...»

—«Cierto...»

—«Pues es preciso que abjure usted de sus ideas.»

—«¿Y qué relación pueden tener mis ideas con el trabajo que aquí desempeño?... ¿No dice que como empleado soy útil?»

—«Sin duda; pero es necesario que ingrese en el Círculo Católico: es voluntad de la Empresa.»

—«Esa voluntad no es fácil que yo la acate.»

—«Pues la Fábrica está decidida á que todos sus empleados sean socios...»

—«Menos yo.»

—«Entonces perderá su destino... Nosotros lo sentiremos: crea muy de veras que lo sentiremos, porque en la dirección se le estima por su actividad é inteligencia; pero no hay remedio.»

—«Tampoco lo hay de mi parte.»

El conde inclinó con sentimiento la cabeza, y se alejó aconsejándole:

—«¡Piénselo bien; piénselo bien!... ¡Lo sentiríamos mucho!... Tiene toda la tarde para pensarlo...»

Al siguiente día quedó expulsado.

Una semana más buscando inútilmente ocupación, y en seguida la peregrinación por el mundo en pos de alguna Empresa que quisiera admitirle, estimando más el valor intelectual de sus empleados que el Círculo Católico á que había de pertenecer.

XXII

Todas las tardes acudo á la tertulia del lagar, por ser el único sitio donde pueden informarme, sin que el temor á las venganzas patronales reprima la espontaneidad de la conversación. Cuando el día empieza á desvanecerse y las primeras sombras se estremecen en el valle, sin que entre día y noche medie más que un brevísimo crepúsculo, toda la tertulia está en su punto para comentar en libre tono á la puerta del establecimiento lo ocurrido en las veinticuatro horas precedentes. Los sucesos de afuera, cuyos últimos ecos aporta la Prensa de Madrid, consumen algunos minutos. El largo resto de la sesión pertenece á los acontecimientos locales, presentes ó pretéritos, que siempre vienen bien á punto para que la charla no pueda decaer.

Una palabra de implícita referencia á hechos pasados, de todos —menos de mí— conocidos, me sirve de pretexto para largas interrogaciones. Un espectáculo cualquiera en que los demás no reparan —un trozo de monte desgajado, el río negro que á lo lejos corre, un hórreo desvencijado, un minero huraño que por la calle pasa— encuentran en mi espíritu secretas asociaciones y aguzan mi curiosidad.

Este atardecer es el coche de la Fábrica, que pasa á lo lejos como una exhalación, quien me incita á interrogar:

—Es el coche de la Fábrica, ¿verdad?

Y alguien del grupo responde:

—El mismo... El coche que devuelve á los frailes.

—Creo que van todos los días en busca de *La Señora*.

—Raros son los que faltan.

—¿Y son muchos los religiosos que se han establecido en el pueblo?

El más viejo de la tertulia, que suele ser en todo el mejor informado, me dice:

—Aún son pocos. Ahora van llegando, y como no pueden encontrar el terreno mejor abonado, ya se anuncia la venida de otros. Tenemos pasionistas, tenemos maristas; monjas tampoco faltan. Los jesuitas ya han hecho tanteos. Si vuelve usted al año que viene verá cuánto se han reproducido.

—Es natural.

—¡Y tan natural!... ¿Dónde pueden ir que mejor los acojan?... El dinero escaseará para los mineros, y los talleres seguirán con las máquinas que montaron hace cuarenta años, Pero no faltará para ayudar á esos señores. Pobres llegaron, hambrientos y escuálidos, y los tiene ricos, redondos é insolentes.

—¿Todo conseguido después de la huelga?

—Los maristas son algo más viejos; pero esos que han pasado, los pasionistas, hace pocos meses que llegaron... Creo que son religiosos expulsados de Francia... Si les llamaron para establecerse aquí, ó si se establecieron espontáneamente, tampoco lo sé, ni importa al caso. Lo cierto es que los primeros tiempos se mostraban humildes y no callaban sus hambres. Las buenas almas les ofrecían panes y comestibles, y así iban tirando. Entraban en todas las casas; invitaban á la paz y á oírles predicar en la iglesia, y por la noche dormían malamente en un pobre albergue. Tan parcós en todo, se granjearon muchas simpatías. Las limosnas en especies eran tan pingües, que el pan se les endurecía, los comestibles se les averiaban y tenían que repartirlos entre otros más pobres, que de cuando en cuando iban á su refugio implorándoles una caridad... Aunque el exceso de las limosnas recibidas tenían aplicación en los mendigos, que no encontraban tan blandos como ellos los corazones de los fieles, se interesaron por éstos y no quisieron que les diesen con prodigalidad, sino conforme á sus cuotidianas necesidades. Para ello hicieron una relación de donantes y les anunciaron los días en que recibirían sus dádivas... Así tuvieron tierno el pan y fresca la vianda... Pero la caridad de los fieles desbordaba siempre como un manantial de puras y abundantes aguas, y los dones superaban con mucho á la sobriedad de los religiosos, y los artículos donados seguían pasando á los mendigos ó á las familias de los mineros que después de la huelga quedaron frizando en la indigencia. Inútilmente imploraron los modestos advenedizos que fuesen sus devotos más parcós en el dar. Sólo con la generosidad de la Fábrica tenían sobrado para no carecer de nada, y aún eran muchos los devotos que por turno les abastecían... No pudiendo lograr obediencia con el consejo, acudieron al sacrificio, pues tal era el quebrantar las reglas de su orden. Verdad es que no podían recibir dinero; pero ¿no era gran lástima que los panes se endureciesen y los comestibles se averiasen y la mitad, por lo menos, de lo recibido se perdiese ó hubiera que regalarlo á los mendigos?... Y recomendaron que las especies se sustituyesen por dinero. ¿Qué más importaba a la caridad de las almas piadosas el entregaras un jamón que su equivalencia en metálico? Este

abultaba poco, y su conservación exigía escasos cuidados; con él podrían adquirir el jamón cuando lo hubieran de menester, y lo mismo el sabroso pan de escanda, el arroz, las patatas y los demás artículos que tanto espacio es llenaban en su mísero albergue...

—¿Y los fieles aceptarían sin dificultad el trueque?

—¡Y cómo no!... Desde entonces dejaron de recibir comestibles y empezaron á aceptar el dinero que su orden les prohibía... De cuando en cuando, alguna mujer de posición modesta quebrantaba el convenio y les obsequiaba con algún ejemplar de lo mejor que en su campo ó su corral se criaba; y luego de informarse los buenos religiosos de su nombre y morada, dábanle las gracias de tanta solicitud, pero añadiendo que tenían sobra de lo que les ofrecía ó de que lo escogido era sobradamente selecto para sus humildes gustos, la exhortaban á trocar la dádiva por dinero. Ocurría con frecuencia que la mujeruca no tenía blanca, y ellos, como su intención era sana, la despedían con mil bendiciones, suplicándola que no tuviese apuros ni impacencias, que se llevase bendito de Dios el regalo y lo vendiese por el pueblo ó en el mercado, entregándoles luego lo que buenamente sacara. Por tratarse de los pobrecitos frailes, nunca faltaba comprador; a veces daban algo más del justo precio; algunas, el celo religioso ha llegado á rifar las sustancias para mejor socorrer á los huéspedes que pasaban el día predicando y durmiendo de noche en el suelo.

—Mucho me extraña que tanta solicitud todavía no haya ocurrido á su mejor habitación.

—¿Cómo que no?... Estoy refiriéndome á los dos ó tres primeros meses de su asiento en el pueblo. Cuando tuvieron provista la despensa é iban trabando amistad con la gente, ya pensaban en mejor casa; pero preferían su humilde albergue, que condolía á los visitantes, á un buen piso que no les perteneciese. Casa propia no era muy fácil de lograr; necesitaban tiempo y paciencia...

—No les faltaría.

—Les ha sobrado.

—¿Ya la tienen?

—Hace más de tres meses.

—¿Por suscripción?

—Por donativo. Nadie podrá disputársela. ¡Quién la gozara!... Una de las mejores casas del pueblo... Pertenece á una anciana, gran devota, que se hizo muy amiga de los frailes.

—Sería al revés...

—¡Como usted guste!... Sin duda fueron ellos los que se hicieron amigos de ella, porque la visitaban todas las tardes, unas veces antes de ir a la Fábrica, otras veces después.

—¿Y ahora?...

—¡Bah!... Ahora les interesa más la gente del valle...

—¿Les costó mucho trabajo seducir á la rica propietaria?...

—Sólo la donante podría decirlo... Lo indudable es que, si les costó trabajo, el tiempo fué muy escaso. Ella les regaló la finca, ellos tornaron inmediata posesión de su nueva residencia, y en ella les tiene usted cómodamente instalados, hasta que les hagan otra mejor...

—Todo podría ser...

—¡Será, será!...

—¡Insisten!...

—Sí, señor, insisten... ¿Pero es que usted no les conoce?... Son insaciables... Piden sin descanso, y el mucho pedir debiera de abrir los ojos á la gente fanática.

—Ya sabe que á la Fe la pintan con los ojos vendados.

—¿Pero cree usted que un pueblo incrédulo puede volver á la ciega Fe en menos de un año...? Trátase, indudablemente, de la tontería de cuatro viejas, de la conveniencia de algunos, de la hipocresía de muchos y del miedo de los demás, porque la Fábrica protege á esos frailes... Seguramente que la Fábrica no obra por ciego fanatismo...

—¡Oh, sin duda!... ¿Y qué desean ahora los buenos religiosos?...

—¡Como desear, quién sabe!... Probablemente desearán la posesión de la cuenca entera... Lo que piden, sí se sabe. La casa les parece ya poco, y piden un convento nuevecito.

—Que obtendrán...

—¡Quién lo duda!... Tanto como de ellos es empeño de la Fábrica, que desea darles estabilidad en este Concejo, con gran envidia de los curas, que aún no han podido lograr la mitad con todas sus bajezas.

—Es usted muy duro...

—Bajezas, bajezas, bajezas...

—Bien se advierte que es usted librepensador.

—Y el padre del actual propietario fué protestante...

—¿Y qué?...

—¿Cree que no es baja hacerle funerales católicos, sólo porque el hijo lo tuviese en cuenta?

—Pero ¿si está enterrado en el jardín de la Fábrica?

—¡Qué importa!... Como que murió sin abjurar de su religión, y por falta de otro cementerio tuvieron que enterrarle á la vera del j dío... Pero nadie ignora que la Iglesia le hizo funerales católicos sin que nadie se los pidiera.

—Volvamos á los frailes...

—¿Qué más podré decirle?...

—Aseguraba usted que tendrán convento.

—Ya está señalado el terreno... Antes de un mes habrán colocado solemnemente la primera piedra.

—Convenga, al menos, que estos religiosos son listos.

—No convengo... Son idiotas...

—No hable como librepensador.

—¿Pero no observa cómo estos amigos me dan la razón?

—Reirán de su insulto.

—No; es que los conocemos todos, y todos nos hemos reído de las tonterías que dicen...

—¡Hombre!...

—Como lo oye... A pesar de hacernos daño y de seguirles la gente, avergüenza el tener que referir en serio los disparates que pronuncian... Es preciso haber perdido hasta el sentido común para insistir en escucharles una segunda vez... Sólo dicen bufonadas...

—¿En qué virtud, pues, radica su fuerza?

—En que los demás no tienen sentido común.

—Eso no puede asegurarse de todo un pueblo. Alguien...

—Bueno; pues será en lo que antes le dije.

—Ya no recuerdo.

—En que unos son tontos, otros hipócritas, algunos siguen su interés para estar á bien con la Fábrica, y los demás tienen miedo y van adonde les ordenan... ¡Créame, ni para embaucadores servirían en otra parte y entre personas discretas!... ¡Son tontos de remate!...

XXIII

—¡Tontos; sí, señor!... Si no lo fueran se les ocurriría cosas más sensatas.

—Pues ¿qué dicen?...

—¡Quién puede recordar todas las cosas que dicen!... Sabrá usted que estos frailes no pueden predicar desde el púlpito...

—No me considere tan entendido en eso.

—Bueno; pues así parece... Desde el altar ó desde el presbiterio se dirigen á los fieles. Desde allí gritan, gesticulan, se encolerizan contra la impiedad de los tiempos, y anuncian apocalípticos castigos del cielo contra los que profesan de liberales. Y no sólo contra los liberales, sino contra el pueblo entero que los soporta y nada hace por someterlos ó expulsarlos de sus confines.

—¿Y nada más?...

—¿Le parece poco?... La cosa es lo de menos; ya sabemos que en todas partes dicen lo mismo. Lo que molesta y ofende son los términos en que predicán, lo soez del estilo y los burdos artificios de que se valen... Como de costumbre, abominaban hace pocos días del liberalismo y de los daños que causa... El pueblo estaba maldito; el demonio se había aposentado en la grande y rica cuenca y la envenenaba con su aliento: —«Llorad —gritaba el fraile gordo desde el presbiterio—; llorad, porque todos estáis malditos, y sólo las lágrimas podrán purificaros.» El auditorio creía que hablaba en sentido figurado y seguía atento.

—«¿Pero no lloráis?» —volvió á gritar, luego de una buena pausa para dejar libre curso al llanto... Y rompió en un torrente de insultos contra aquellos corazones de roca que no podía ablandar.

—Insultos metafóricos serían...

—Insultos como puede dirigirlos un enemigo á su enemigo; insultos como puños, que algunas mujeres fingieron no querer escuchar, y á otras arrancaron lágrimas sinceras, que el orador advirtió. Pero eran muy pocas las llorosas, y el fraile quería que las imitase la iglesia entera, insistiendo en las palabras duras y en los gestos violentos. Cuanto más gritaba, más áridos se quedaban

los ojos. ¡Buenos son sus pulmones, grande su resistencia; pero sus pulmones se rindieron y sus fuerzas se agotaron antes de que el auditorio desatase el llanto... Abatido, lloroso él, hipó que no había salvación, á menos de que la Virgen no se apiadase —ya que sus devotos no se apiadaban— haciendo un milagro y mostrándose en la iglesia... ¿Qué le parece?

—Siga...

—El milagro se consumó.

—¡!

—No sonría... Apenas el gordo pasionista hubo implorado á la Reina del Cielo que se presentase á los fieles, la cancela se abrió de par en par, y envuelta en nubes de incienso, entre los graves acordes de la Marcha Real, apareció la Imagen de la Virgen conducida por cuatro hercúleos angelotes. La sorpresa fué mayúscula: el fraile recobró nuevos bríos, y con voz de trueno pregonaba la realización del milagro y la salvación del pueblo: unos lloraban; otros reían; no pocos cantaban á la Divína Señora, y el pasionista seguía en sus trece dando gracias á la Virgen por haberlos visitado y tomando por ángeles recién bajados de las alturas á los cuatro robustos mineros que conducían las andas...

—Pero eso es grotesco.

—Tal le decía antes.

—¿Y quién puede dar fe á esas patrañas?

—No seré yo, seguramente.

—Ni nadie.

—¡Puede que la Fe sea ciega!... ¡Quizás el sentido común haya huido!...

—Resulta el milagro demasiado burdo.

—Pues será hipocresía, miedo de unos, interés de otros...

—También puede ser que á usted lo hayan engañado.

—¿Pero es que vivimos en París ó en Londres donde estos sucesos resultarían de difícil confirmación?... No bien la farsa hubo concluido, y ya la conocíamos todos: durante varios días la comentaron los mismos que la habían presenciado...

—¿Sin escarmentar?...

—Cada día más afectos á los misioneros; cada día más llena la iglesia... Sin duda la Fe es muy ciega ó la hipocresía es mayor que la Fe... ¿Pues qué le diré del reto lanzado por los pasionistas desde el mismo altar mayor?...

—¿A quién retaron?

—A los incrédulos...

—¿Deseaban discutir?...

—No; deseaban probar las fuerzas divinas y las humanas.

—Es curioso.

—Estaban sedientos de martirio, y llamaban á los más forzudos incrédulos para que los estrangulasen allí mismo, al pie del altar mayor.

—Eso ya es divertido.

—Y no los llamaban de cualquier modo, sino á grandes gritos, que resonaban en la plaza y llenaban de estupefacción á los devotos que los oían... Y gritaban con amargos dejos, presintiendo que los sayones no se atreverían á entrar y crucificarles. Y como tardaban en llegar, los excitaban con denuetos y con rabiosas patadas en el presbiterio... Colérico y los ojos desencajados, el más gordo de los pasionista, sacó una soga de esparto, se hizo un nudo en el cuello, y se puso á clamar: «¡Venid, cobardes; ya tenéis á vuestra victima con la cuerda al cuello; venid y tirad de sus cabos, á ver si Dios no lo impide dejándoos secos en el acto, y yo puedo sufrir martirio por la Religión que profeso!...» Tampoco acudió ningún impío tras esta suprema apelación, y el pobre fraile tuvo que quitarse desalentado la soga y dirigirse al público todo desilusionado: —«¡Os convencéis; son unos cobardes que no se atreven á venir!...»

—Y ahora, ¿cuánto hay que descontar en su relato, amigo?

—Todo lo que usted quiera; pero sepa que cuanto rebaje, eso mismo faltará á su exactitud... ¿Desea que le refiera otros casos?...

—¿Para qué, si son tan estúpidos?

—Los dos citados le advierten suficientemente de sus protagonistas y anuncian el interés de sus restantes dichos...

Lo inaudito es que gente así pueda ejercer influencia.

—Pues la ejercen, y cada día más poderosa... ¿Falta de sentido común, tontería, hipocresía, interés bien disfrazado?... Piense usted lo que guste... Lo cierto es que con ser tan ridículos y no poderse tomar sus cosas en serio, en muy pocos meses han asegurado pitanza, dinero, bienes muebles, convento... La gran cruz que se ha erigido ante la iglesia, para conmemorar sus misiones se ha erigido... La Fábrica los recibe cada día y solicita su consejo; el coche es más de los frailes que de sus propios dueños; entran en todas partes, y á la hora que quieren. Ya no imploran, piden; no recomiendan, mandan. Conocen á los afectos y á los díscolos; interceden por los primeros y ponen inri á los últimos. Una palabra suya, causa la expulsión, el aislamiento, la miseria negra de un obrero; una tarjeta de recomendación, el preferente acceso á oficinas, talleres y faenas en las minas... Es inútil que nadie solicite trabajo, si no

manifiesta la cédula de comunión. Si quiere usted establecerse aquí, aléjese en seguida de nuestro lado y sírvanle mis últimas palabras de guía...

—Pues ni una más... ¡Adiós!...

—¿Ya se ha decidido?...

—También me decide la linda llovizna que, sin advertirlo, me ha calado.

XXIV

La tertulia se levanta. Uno me dice:

—Aunque haga pacto con los frailes, no me prohibirá que por última vez le acompañe con el paraguas.

—Al contrario; se lo tomaré en cuenta para cuando goce de prosperidades.

Fría es la lluvia. Profunda es la noche. Los relámpagos culebream sobre los montes. Allende los montes, que á la pálida luz de las exhalaciones se revelan informes, ruge la tempestad...

—¡Alabado sea Dios, hermano! —me dice mi pío acompañante sin poder reprimir la risa.

—No es nada —le contesto.

—¿Se ha hecho daño?

—He tocado en blando.

—¡Gracias á los dos palmos de barro!

Antes de llegar á la calle hemos tenido que descender una escalinata empinada y resbaladiza. No hay luz. He dado un traspies, y la mitad del camino me lo he ahorrado de un brinco.

—¿De veras que no se ha hecho daño? —insiste mi guía.

—Daño en el traje, y los lentes fuera de combate.

Encendemos cerillas, y la lluvia las apaga. Encendemos otras, y los lentes no parecen. Dos ó tres chiquillos vienen en nuestra ayuda, hasta que uno los encuentra.

—El piso es malo —dice el que me acompaña—. Cójase á mi brazo y no caerá.

En efecto: el piso es malo, pero, seguro en el fuerte brazo á que me afianzo, marchó tranquilo, sin hundirme en el lodo más allá de las rodillas.

Cuando hemos recorrido un estrecho callejón que á la vía principal conduce, y ya estamos en el centro, podemos regularizar la marcha. Los peligrosos barrizales han quedado a nuestra espalda, y por delante sólo tenemos un charco tan ancho como la calle, donde los pies apenas se

sumergen cuatro pulgadas. Seguro del buen camino, mi compañero abrevia el paso, se echa el paraguas al hombro, y el turbi3n nos llega de frente.

—¿Sabe para qué he deseado acompañarle? —me dice.

—Para no mojarme —le contesto mirando el cielo negro y recibiendo el aguacero en la cara.

Mi amigo comprende la alusión, mueve el paraguas colocándolo, y, cuando ya estamos preservados, continúa:

—He querido acompañarle para saber si tiene usted algún amigo diputado.

—Tengo varios.

—Convendría que fuese joven y de talento...

—Joven y de talento... ¡Sólo conozco á *Azorín!*...

—¿Quién es *Azorín?*... No me suena.

—Un joven de talento.

—¿Y querría hacer una pregunta en el Congreso?

—No.

—¡Hombre!... Usted no sabe de qué se trata... Pudiera querer.

—No querrá.

—Pues...

—Porque *Azorín* no hace preguntas.

—Podría servirle de motivo para una interpelación.

—*Azorín* no hace interpelaciones.

—Pues...

—Porque *Azorín* no sabe hablar.

—¿Y dice usted que tiene talento?

—Es un talento silencioso.

—¿A qué ha ido al Congreso?

—¡Yo qué sé!... Probablemente á burlarse de los que toman aquella casa en serio...

—¡Ah!... Entonces puede que tenga talento.

—¿A qué otro diputado podríamos acudir?

—Dígame antes lo que desea, y luego veremos...

—Escúcheme... Antes le han hablado de los pasionistas; yo puedo decir algo de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, que también padecemos aquí.

—Esos dan poco que hablar...

—Pues hacen lo posible para que de ellos se hable. Su última hazaña valía la pena de que el pueblo pusiese el grito en el cielo... Bien está que la Fábrica haya expulsado á los profesores liberales que antes había, para que estos señores extranjeros se encarguen de educar á su gusto; conformes de que los

subvencionen; pero no que se lleven los dineros destinados á mejor empleo... Y tan sigilosamente lo han hecho, que había para promover un motín y arrojarlos fuera, si la Fábrica y los caciques que los han protegido no nos tuviesen a todos con el pie en el cuello.

—Amigo: hemos llegado á mi posada... Si el cuento es muy largo...

—No; es corto... Si le parece podremos entrar un momento en el café próximo... Diez minutos para tomar algo.

—Pues vaya hablando.

—Le contaré el caso á grandes rasgos. Como tengo copiosos datos recogidos en el archivo, Mañana los pondré á su disposición por si quiere comprobar y completar mis informes... trátase de un virtuoso sacerdote, natural de este pueblo, que murió á mediados del siglo XVII. En el testamento dispuso que todo su capital se destinase á la fundación de una Obra Pía, aplicando las rentas al reparto de alimentos y vestidos entre los pobres, dotar algunas doncellas, etc... Ejecutor de la voluntad del muerto fué un gran amigo suyo, Rector del Colegio de Jesuítas establecido en la capital, y a la muerte de éste, los que sucesivamente fueron desempeñando el mismo cargo... Pues bien: según he podido confirmar en mis rebuscas, la Obra Pía empezó respondiendo al fin para que fué creada; pero sobrevino la expulsión de los Jesuítas, y desde entonces ni rastro...

—Pero...

—Deténgase un poco... Pregunté á los viejos: unos nada sabían; otros conservaban borrosos recuerdos de una antigua fundación; pero ninguno podía orientarme... ¿Cómo esos malos educadores extranjeros han podido encontrar el rastro?... ¿Quién les ha dicho, á los cuatro días de estar aquí, que había un secreto filón por explotar?... Astutamente, sin hacer ruido para no levantar la pieza y que el pueblo cayese sobre ella, desempolvieron papeles viejos, pidieron el concurso de la Fábrica y la intercesión de los poderosos caciques, juntaron á Roma con Santiago, y hete aquí de la noche á la mañana que el pueblo se entera por el Boletín de que á estas virtuosas hormiguitas se les concede, con pretexto de subvencionar el Colegio que han fundado, casi todas las rentas de la Obra Pía... ¡un pico más que regular!

—¡Pero si el objeto de la fundación es otro!...

—Pues...

—No tienen derecho...

—Pero supieron hacer bien las cosas... Parece ser que los periódicos oficiales invitaron previamente á que reclamasen quiénes se creyesen con derecho á los beneficios de la Obra Pía; pero como la gente no lee esos

periódicos, y los que por obligación los leen tenían orden de callar, nadie pidió en nombre del pueblo, y los Hermanitos han cargado con toda la tajada.

—Pero aún queda algo.

—¡Queda!

—¿Y las rentas acumuladas desde la expulsión de los Jesuítas hasta el momento actual?

—¿Dónde están?...

—Eso le pregunto.

—Yo no lo sé; pero alguien debe de saberlo... Sólo esas rentas suponen un capital considerable...

—Del que alguno se beneficia.

—Sin duda; pero no he podido averiguar quién sea. Por eso le dije antes si conocía á un Diputado...

—¿Que removiese el asunto?...

—Justo.

—No hay que pensarlo mucho: joven, elocuente, influyentísimo...

—¿Quién es?...

—¿No lo adivina?

—¿Azorín?...

—Ya le he dicho que ése no habla.

—Pues no acierto.

—Uno de los Diputados por aquí.

—Son los caciques y los instrumentos de la Fábrica.

—Me refiero al otro; al Diputado republicano...

—¡Peste!... ¡Usted se burla de mí!... ¿Si ese es el mayor farsante?...
¡Peste!

XXV

Cuando mi compañero dice la última palabra, se queda un rato pensativo, mientras yo me recreo escuchando el claro redoble de la lluvia en los cristales.

—¿Y qué vamos á hacer? —exclama de pronto.

Su voz me solicita, y vuelvo á fijar en él mi atención.

—¿Qué decía?...

—Algo debemos de hacer para resistir el capricho de esa gente...

—Es verdad.

—¿Pero, qué?...

—Lo ignoro. Ustedes lo sabrán, que viven a su lado y han de soportarla.

—¡Si no podemos!... Nadie nos defiende; nadie se atreve contra ella...

—Pues aguántense.

—Eso hacemos; pero llegará el momento de estallar...

—Pues estallen.

—¡Me gusta su tranquilidad!... ¿Y es usted el que pensaba escribir un libro de este pueblo?

—Sí.

—¿Y qué ha de decir?

—Lo que oiga.

—¿Considera usted justo lo que se hace con nosotros?

—No.

—¿Cómo remediarlo?...

—Cualquier orador de mitin se lo diría... Yo ignoro el remedio.

—¡Pues á nosotros nos ocurre lo mismo! ¡Nos encontramos en un callejón sin salida! Si acudimos á la justicia, perdemos el tiempo; si gritamos, nos apuntan con los fusiles; si buscamos defensor, como el Diputado republicano que usted me recomendaba, nos traiciona... Si nos armamos de paciencia y queremos proceder lentamente, saltan sobre nosotros y nos impiden caminar... ¿Fundamos sociedades? Los espías se ponen á la puerta, y nos dicen que para reunirnos, encontraremos en la iglesia numerosa y escogida

reunión. ¿Queremos instruirnos? *El Universo* comenta los sucesos del día y *La Lectura Dominical* nos muestra ejemplos de lo que deben ser las relaciones entre patronos y obreros. El resto de la prensa se prohíbe, ó sólo á hurtadillas se puede leer. ¿Queremos educar á los hijos? Pues frailes y monjas, que son nuestros enemigos, han de educarlos á la fuerza ó han de quedar en la ignorancia si nos falta abundante dinero, porque el antiguo Colegio también lo han aniquilado.

—¿Un Colegio?...

—Un Colegio, sí...

—Nada sabía.

—¿Cómo?... ¿No sabe que hasta hace poco hemos tenido un establecimiento de segunda enseñanza?

—Algo creo recordar ahora; pero lo había olvidado.

—Pues, sí, señor... Un magnífico Colegio, si no por la instalación, por algo que entre los españoles debía de valer más: por el profesorado, de amplio criterio y espíritu esencialmente europeo. Jóvenes casi todos; todos discípulos predilectos de la Universidad de Oviedo; hijos espirituales algunos de *Clarín* y de Sela, de Buylla y de Posada, de Altamira y de Canella... Jóvenes de edad y de espíritu, preservados por sus maestros de la sífilis oratoria que ha degenerado á España, y como sus maestros, curados de frívolas politiquerías que dan actas para defender en el Parlamento malas causas ó carteras para realizar indecentes negocios... Como lugar de refugio habían venido aquí; aquí estudiaban á par que enseñaban, preparándose para ingresar cuando les llegase su hora en el profesorado oficial, y continuar la obra nueva y verdaderamente reformadora de sus maestros...

—¿Hace mucho de esto?

—Según el tiempo, muy poco; pero las vejaciones nos hacen lustros de los meses, y así me parece que hablo de un pasado bastante remoto... El Colegio se fundó cuando la Fábrica no intervenía en las cosas del pueblo. ¿Y sabe quién lo fundó?...

—Diga.

—La «hez». Lo que la gente bien vestida llama la «hez», y al nombrarla tuerce el gesto con desagrado.

—Explíquese mejor.

—Quiero decir que lo fundaron los únicos que en España sienten deseos de saber y respetar al que sabe: hombres que no suelen tener mucha instrucción y anhelan que sus hijos la tengan; los que por sus escasas luces acuden á un sobadísimo lugar común para hablar mal de los gobiernos,

repitiendo la cantata de que se gastan tantos millones en Clero, Ejército, Clases pasivas y sólo unas cuantas pesetas en Instrucción pública...

—De suerte que fué un grupo de personas quien fundó el Colegio.

—¡No, hombre! Fué el Ayuntamiento; fueron los Concejales socialistas y republicanos, —peones mineros, hombres modestos, ¡gente de poco más ó menos!— cuando estuvieron en mayoría.

—¡Ah!...

—¡Y ahora recuerdo!... Ustedes el que tantos horrores ha escrito recientemente contra los republicanos.

—Yo soy una mala persona, que de nada está conforme.

—Pues permítame decirle que no obró bien.

—Es posible.

—Fué usted injusto. Entre los republicanos hay pillos, bandoleros, farsantes que debían de arrastrar un grillete...

—¡Muchos!

—¿Y entre los otros hay menos?

—Allá se andan.

—No, señor. Son más; muchísimos más... Y entre ellos están los ricos, las «personas decentes» y bien trajeadas, los señores dignos y del orden, que no escandalizan ni se alborotan; pero que ocultan sus propiedades y roban a los pueblos.

—¿Los otros, no?...

—Hombre, ya hemos convenido en que nosotros somos unos descamisados, sin tener dónde caernos muertos... Nada, pues, tenemos que ocultar.

—¿Y robar?...

—Robar... ¡Le diré!... Aquí nada hemos robado. En otras partes... ¡puede!... Sí, señor; los republicanos habrán robado; pero también han dejado obra hecha donde han mandado estos últimos años.

—No en todas partes...

—¡Conformes!... En algunas: yo sé de varias grandes poblaciones donde lo que hay de moderno es obra suya. Creo que usted es valenciano. ¡Pues en Valencia, por ejemplo: ellos han derribado barrios enteros; ellos han erigido obras nuevas; ellos han fomentado la cultura!... ¿Y sus enemigos?

—Dejemos esta discusión, y vamos á lo que importa.

—Los otros han robado más que ellos, y nada de provecho se les debe.

—Decía usted que los republicanos y socialistas fundaron el Colegio de segunda enseñanza.

—Lo fundaron, y lo subvencionaron, y buscaron el profesorado más idóneo.

—¿Y cómo pereció?

—Como ha perecido todo lo que había entre nosotros de estimable y digno. ¡Arrastrado por el capitalismo triunfante!

—Después de la huelga...

—¡Es natural! La Fábrica no se conformó venciendo á los trabajadores: quiso transformar hasta el espíritu mismo de la comarca para no temer ulteriores protestas. Por eso ha raído todo lo que trascendía á liberalismo, empezando por las colectividades y terminando con la expulsión de las personas.

—¿Pero de algún pretexto se serviría para matar el Colegio?

—Cuando es fuerte quien manda, el pretexto nunca falta... Dejó sin trabajo á los concejales de oposición, y como aquí no habían de encontrar comida, unos emigraron á América, otros se fueron Dios sabe dónde, y el resto tuvo que rendirse á la Fábrica... Dueña del Ayuntamiento, ordenó que retirase el local al Colegio, dejáronlo sin subvención, y como esos establecimientos suelen sostenerse muy modestamente, al despojarlo del sostén material, sobrevino la súbita ruina.

—Y vinieron los religiosos á sustituirlo...

—Con mucha propiedad lo ha dicho... A sustituirlo en el mismo local... Donde antes estuvo instalado el Colegio de segunda enseñanza, ahora se encuentran las monjas.

—¿Cómo?...

—¡Lo mismo da! Teresianas creo que se llaman... ¡Ah!... Para el antiguo establecimiento el Ayuntamiento necesitaba el local; para el Colegio de teresianas el local es gratis... ¡Y qué educación, santos cielos!... Sólo en un año las mujercitas se han hecho muñecas, y las niñas llevan el camino de las mayores... Pero ¿es que los padres están ciegos, ó es que desean tener en casa señoritas cursis?... De libros, pocos, pues el saber estorba á la buena mujer cristiana, y si la mujer nace en España, estorba más. Pero antes teníamos un ideal castizo: remitirlas á la cocina ó al zurcido de la ropa, y ni para esto las preparan esas señoras. ¡Claro, enseñanzas tan rudimentarias pueden darlas nuestras pobres maestras, que han de meterse en su fogón y remendar los avíos de sus hombres!... Las religiosas han de diferenciarse en algo y las pulen más: aprenden finos modales, saben fingir rubores é inclinar los ojos si algún hombre les habla; la palabra amor las conturbará por dentro, pero le harán dengues de por fuera; algunas hasta le hagan la cruz como al enemigo

malo por miedo e que pretenda tentarlas; moviendo los bolillos son un primor; las puntillas y encajes no los prenden mal; pero de hábitos domésticos, perdone usted por Dios.

—Bien está por ellas. ¿Y ellos?...

—Desempeñan admirablemente el papel que les ha confiado la Fábrica... Ella los subvenciona pecuniariamente; por ella han obtenido las rentas de la Obra Pía; por ella tienen muchos más discípulos que el antiguo Colegio... ¿Qué han de hacer ellos?... Dan gusto á los cabalistas que les pagan, y hacen lo que pueden para secar la fuente de cualquier rebeldía en los pálidos jóvenes que les llevan. ¡Luisés! Porque hay en España muchos luisés, esa palabra resume todo el desprecio de los que no lo somos.

—Pero, ¿qué se propone hacer esa gente?

—¡Pues está muy claro!... ¡Maricas!... Quieren hacer su voluntad, y que nadie les replique... Crear esclavos para extraer las riquezas que han de consumir y abonar lo estrictamente indispensable para que el esclavo pueda comer... ¡Nada más quieren!... Su ideal lo ven muy cerca realizado, y aspiran á realizaro aquí... ¿Quiere usted visitar el coto minero de Comillas?

—¿Del Marqués de Comillas? Sí.

—¿Mañana?

—Mañana mismo.

—¿A las dos?

—Sí.

—La vida de aquellos obreros es el ideal de esta Empresa...

XXVI

A las dos en punto del siguiente día viene á recogerme el amigo. Nos acompañará un joven y cultísimo escritor de Madrid que llegó por la Mañana.

La *charrette* se desliza á lo largo de una gran calle silenciosa. Casi todas las casas están cebadas, y algunos chiquillos, sucios y andrajosos, asoman sus caras tristonas por las negras puertas de los hórreos, en cuyo interior se revuelven espesos humos y se presienten los asiduos dramas de la miseria.

Cuando llegamos al campo empieza á lloviznar, y hay un momento de indecisión... ¿A casa? ¿Adelante?... El experto conductor resuelve la duda fustigando briosamente al caballo, que sopla y vuela, haciendo saltar la ligera caja que nos conduce, y poniendo en alarma á unos fieros canes que, con el lomo erecto, guturales, los dientes largos y lívidos, intentan abalanzarse sobre nosotros. Cuando el caballo sudoroso modera su escape, termina el amago de lluvia...

Estamos á mitad del camino, y sobreviene otro momento de duda... ¿Dejamos el viaje al pueblo para otro día y nos internamos en el inmediato valle tupido de suaves nieblas?... El pueblo aún está remoto y las bajas nubes ruedan sobre nuestras cabezas y se extienden de cima á cima: nuestro abrigo es ligero y en cualquier momento pueden romperse aquellos hinchados senos. Y el valle es tentador: dicen que en toda la comarca no hay nada comparable a esta garganta llena de azulados vapores y de religioso silencio, donde la voz lanzada parece agrandarse como la de aquellos héroes que hacían retemblar los montes... El escritor madrileño decide ahora. Tiene en el pueblo á unos tíos que no ha visto hace muchos años y quiere visitarlos hoy, porque partirá mañana.

Y al pueblo vamos.

Todo es quietud en el pueblo. También parece predilecto lugar de reposo, con sus perennes nieblas que dan suavidad á la luz é inspiran sentimientos apacibles. Así son los tíos del escritor madrileño, que á la puerta de su casa nos reciben. Tras la dilatada ausencia no abrazan á su deudo con transportes de ruidoso júbilo, ni le confunden á preguntas. Hay en ellos un encantador

sosiego, lleno de sana cordialidad, que se muestra en la iluminada sonrisa de ella y en el refulgir de los ojos de él... Aunque sus años son abundantes, llévanlos como ligera carga y pueden soportar sin pena muchos más. Su holgada posición les ayuda: si bajo aquel techo se respiran auras de paz, también influye el aseo y abundancia que en torno reina.

Ya vamos á retirarnos; pero nos detienen. Algo hemos de tomar... Tanta llaneza, naturalidad y resolución hay en la oferta, que es imposible rechazarla... Tal vez con esta gente que espontáneamente agasaja haya agravio en el no aceptar.

Los tíos del joven escritor nos regalan con queso, sidra y pan moreno. Este rústico banquete tiene para mí un profundo é inefable encanto, rara vez gustado, al que se asocia la no fingida cordialidad de los huéspedes, la dulce luz velada que acaricia los ojos como un beso cuando el sueño viene, el húmedo aroma de la hierba que por una ventana entra evocando deseos candores de égloga.

Uno dice:

—Se hace tarde.

Y otro añade:

—Vámonos.

Mejor me quedaría allí hasta la siguiente mañana; pero no para volver tan pronto en busca de la lucha, sino para salir bien temprano á apacentar las vacas ó á conducir las cabras á lo intrincado de los montes, ó á las grandes alturas donde las nieblas siempre se estremecen y el suelo no se ve ó se contempla con mirada limpia de envidias.

—¿Nos vamos? —insisten.

Salimos de la casa y recorremos el pueblo, compuesto de «cuarteles» obreros y de establecimientos que de los obreros viven. Cada establecimiento ostenta un título entresacado del santoral. El silencio que imperaba cuando llegamos, sigue reinando ahora. Es poco más de media tarde y los trabajadores están en sus faenas. De tiempo en tiempo rasga la quietud un ronco silbato y su alarido resuena tembloroso, prolongándose entre monte y monte. Pasa sonoro un tren cargado de hulla, y nada se vuelve á oír.

Dos hombres —los únicos que en el trayecto hemos encontrado— nos miran de soslayo, saludan recelosa y devotamente y se alejan con los ojos clavados en el suelo.

—¿Saben quiénes son? —nos dice en baja voz el que nos acompaña.

—Por sus trazas son sacristanes ó empleados de Comillas —le respondo.

—Son empleados... ¿A que no adivina ahora la ocupación del que va á la derecha?

—De fijo que no.

—Pues tiene el encargo de visitar las casas é informarse si algún minero lee papeles prohibidos, finge enfermedades, deja de asistir á misa ó tiene pependencias con su esposa.

—¿Y si comete alguno de estos delitos?

—Le expulsan en seguida para que no difunda el mal ejemplo entre los demás. El que aquí falta ha de irse muy lejos, porque en estos alrededores ya no encontrará trabajo.

—¿Y expulsan á muchos?

—Pocos; casi á nadie. Todos se han conformado á este modo de vivir. Existe adecuación entre el número de obreros y el trabajo que consienten las minas, y la afluencia extraña es muy escasa. Las bajas que la muerte, la enfermedad ó los accidentes causan, se cubren con los hijos de los mineros, y así se conocen todos y todos están habituados á este género de existencia. «Coto de Comillas» se llama á éste, y en verdad que está bien acotado. Del mundo exterior no llegan aquí ecos perceptibles. Las ideas modernas que subvierten los espíritus y atizan la guerra entre patronos y obreros, se desconocen. Nadie pide; nadie regatea. Lo que los amos dan, eso reciben los criados.

—¿Y dan mucho?

—Lo necesario para vivir humildemente: ni más, ni menos. Lo imprevisto no entra en ningún cálculo ó se deja á la previsión de la caridad. El minero que aquí trabaje sabe que le darán lo necesario para comer y vestir: que no tiemble ante la perspectiva de la miseria que á otros proletarios azota; pero que no fíe en el ahorro —si no quiere ahorrar á expensas de su propia comida — para que, andando el tiempo, puedan ascender sus hijos á un rango superior. Lo que los padres son, eso serán sus descendientes.

—¿Y nada más?

—Eso es todo.

—¿Y puede esa existencia servir de ideal humano?

—No soy yo el que debe contestarle; pero esa es la realidad en este opulento coto. Quien no esté conforme que se vaya. A nadie llaman; á nadie retienen. Pero el que aquí viva, así ha de vivir. La voluntad y las pasiones huelgan. Se trabaja, se come, y en paz.

—¿Y qué esencial diferencia existe entre este modo de vivir y la esclavitud?

—Yo no observo ninguna.

—Supongo, al menos, que con los empleados superiores no sucederá lo mismo.

—Como ganan más, pueden comer mejor. Como el vicio no se tolera, pueden ahorrar para que sus hijos estudien y que sean lo que sus padres fueron.

—Y aquí, entre montes; lejos del mundo y de la vida; sin distracciones...

—Este es su mundo y su vida... Cuanto á distracciones, se distraen y divierten á su manera... Celebran muchas funciones religiosas; confiesan y comulgan todas las semanas; organizan grandes procesiones... Mire usted: hace pocos días organizaron una que recorrió el trayecto entre este pueblo y el nuestro. En ella formaron todos los trabajadores, con ingenieros y capataces al frente, y entraron cantando á coro. Fue un espectáculo tan divertido como imponente por la gravedad con que iba la enorme muchedumbre.

—¿Y á qué fueron?

—A establecer la Vela Nocturna entre los mineros de allá.

—En verdad que es poco envidiable vivir así.

—¿De veras?... Pues aún hay muchos que sienten envidia.

—No serán tantos.

—Casi todos los que, derrotados y expulsos tras la huelga, quedaron en la miseria y contemplaron con tristes ojos de hambrientos el desfile de la gigantesca procesión. Los que en ésta formaron serían esclavos, como usted dice; pero tenían el alivio de poder comer. Aquellos eran hombres libres; pero condenados á ayunar más días de los que la Iglesia ordena.

XXVII

La *charrette* nos conduce de vuelta. La tarde cae; el frío arrecia, y la humedad nos empapa. El conductor fustiga implacablemente al caballo, que nos arrebatada en una carrera poderosa, con peligro de romper el vehículo y estrellarnos en los muros. Las pocas palabras que hablamos se las lleva el viento, sin que el próximo pueda oírlas.

Cuando llegamos al pueblo, el carruaje prosigue su camino dejándome frente al lagar con el amigo que me invitó la noche antes.

Los de la tertulia me piden informes sobre la visita de la tarde, y nada que ellos desconozcan puedo comunicarles. Tampoco he recibido ninguna impresión nueva. La calma de aquel pueblo se parece á la de éste; la religiosa solemnidad del paisaje es idéntica á la que ahora nos envuelve. Los obreros que en aquellos montes excavan los negros tesoros no sufren menos que los de otras regiones, trabajando de sol á sol para ganar una sobria comida, y los cuarteles que habitan tampoco reúnen mejores condiciones higiénicas. Los que viven en el coto de Comillas podrán tener asegurado el sustento; pero yo prefiero las persecuciones de aquí ó la fiera lucha de Bilbao, á aquel vivir inexpresivo, uniforme siempre, sin espera de mejora nunca.

—Pues eso mismo quiere hacer el feudalismo industrial entre nosotros — dice el más viejo cuando he concluido.

—Ya lo sé.

—Por su parte, no cederá hasta conseguirlo. Cada día pone más empeño en eliminar á los refractarios, sin reparar en los servicios que les hayan prestado ó en su aptitud para prestárselos... Persecución de Sociedades, muerte del espíritu liberal, alejamiento de unos, aislamiento ó sumisión de otros, fundación de Centros católico-obreros, todo responde al plan preconcebido de que aquí no haya más inteligencia ni voluntad que la de la Empresa explotadora secundada por sus inmediatos auxiliares.

—Pues me sorprende que aún no se hayan establecido los jesuítas...

—No olvide que esta transformación apenas hace un año que se inició...

—Sin embargo...

—Espere que termine... Se les espera muy pronto. Ya han venido á explorar el terreno...

—Milagro si no es el padre Vicent...

—Exactamente.

—¡Claro; como que es el sabio sociólogo de la Compañía; el fracasado fundador de los Círculos católicos!

—Con fama de sabio llegó á este Concejo; pero la impresión que produjo no pudo justificarla.

—¿De veras?

—Fué una desilusión.

—Yo le he oído, y sabe cautivar.

—Pues aquí estuvo torpe, premioso de palabra y desacertado de concepto.

—Me extraña; porque tiene gran dominio de sí mismo.

—Pues no es opinión mía, sino de sus propios amigos que le escucharon. Tan desacertado estuvo, que sus yerros costaron dos víctimas: un obrero pensionado y uno de los hombres más inteligentes que ha tenido á su servicio la Fábrica.

—Haga el favor de contarme el caso.

—¡Una ligera rectificación del obrero; eso fué todo!... Era un muchacho muy aplicado y tenido en gran estima por sus directores. Al enviar España obreros pensionados al extranjero tuvo la suerte de que le designasen por su laboriosidad é inteligencia. Tan satisfecha estaba la Empresa de él, que le prometió concederle puesto en sus talleres cuando terminase el período de estudio: y no sólo le hizo la promesa, también le exhortó para que no se quedase en el extranjero ni buscase trabajo en otros talleres... En París contrajo una grave enfermedad, creo que el tifus, y le dieron tres meses de licencia para que se repusiese en España. Paso el tiempo, y como seguía débil, la misma Fábrica intercedió para que prorrogasen la licencia otro trimestre... Entretanto, vino el padre Vicent. El obrero fué al Círculo católico á oírle, y como el orador hablaba en familia y la palabra se le volvió remisa, el pobre oyente atribuyó á confusión varios errores del jesuíta. Combatiendo las doctrinas de Marx, se le ocurrió decir que Guesde era yerno de aquél, y el obrero, suponiendo siempre que se equivocaba por ofuscación y no por ignorancia, creyó no incurrir en impertinencia diciéndole en bajo tono, pues estaba muy cerca:

—«Perdone usted, padre Vicent...»

El orador zozobró. El presidente miró desdeñosamente al interruptor, y exclamó, dirigiéndose al conferenciante:

—«¡Prosiga usted, padre Vicent, y no haga caso á ese necio!»

Picado en su amor propio, el obrero dijo con más energía, pero sin perder el tono respetuoso, al jesuíta, que seguía en suspenso.

—«Guesde no tiene parentesco con Carlos Marx. Su yerno fué Lafargue...»

—¡Imagínese usted ahora lo que después ocurrió! —prosigue el narrador—. La Fábrica, que tanto estimaba á su antiguo obrero, le declaró una guerra feroz. La que antes intercedió para que le diesen segunda licencia por enfermo, juró su ruina. Por si ella sola no era bastante, buscó el concurso de sus aliados los caciques, y entre todos influyeron en el Ministerio hasta dejarle sin licencia, sin subvención del Estado, sin posibilidad de volver á París. Estaba enfermo: ahora se quedaba sin recursos... Enfermo y sin recursos, quiso trabajar para aportarlos... ¡Nada!... Los que podían ofrecérselo, sentían temor á la venganza de la Fábrica^[2]... Hambriento iba por la calle, y sólo los enemigos declarados de los patronos osaban hablarle... Los demás obreros hubiesen corrido riesgo de pasar por sospechosos... ¿Qué le parece á usted?...

—Como venganza no fué mala.

—¡Así las gastan!

—Primera victima...

—Que clama al cielo, ¿eh?

—El cielo está sordo. ¡Veamos la segunda!

—¡Allá voy!... No sé si condolido del pobre enfermo ó por gusto de perfeccionar sus conocimientos, un empleado de la Fábrica se reunía todas las tardes con el obrero para hacer ejercicios prácticos de francés. Si este último fué muy estimado como tal obrero, todavía más lo fué el otro como empleado técnico, pues estaba encargado en la Fábrica, no recuerdo de qué gabinete, y todo el pueblo le estimaba por sus grandes conocimientos profesionales y por su bondadoso carácter. Pues bien: como ya le he dicho, se reunía cuotidianamente con el antiguo obrero al terminar sus ocupaciones, y durante una hora ú hora y media paseaban hablando en francés. Terminado el mes, entregaba el empleado diez ó doce pesetas á su profesor por las molestias que en su obsequio se tomaba. Con esta exigua cantidad y algunas no mayores que entre sus antiguos compañeros reunía, iba viviendo malamente el enfermo, en espera de reponerse para salir por el mundo á ganárselas... Pero sucedió lo que muchos temían, y cuyo temor habían comunicado al discípulo del obrero... Un alcahuete dió cuenta á la Fábrica de los diarios paseos, y apenas enterada, el Director llamó al empleado, y en tono violento le dijo:

—«Sabemos que pasea usted todas las tardes con ese perdido.»
—«Ignoro quién sea ese perdido.»
—«El obrero que estuvo en París.»
—«¡Ah!... Nunca le tuve por un perdido... Es cierto que paseo.»
—«¿Y no sabe usted que la Fábrica le persigue?»
—«¿Y qué?»
—«¡Cómo es eso!... ¡Pues que ningún empleado tiene el derecho de protegerle!...»
—«Yo no estoy en condiciones de proteger á nadie.»
—«¡Y me dice eso á mí!... Aquí sabemos todos que usted le da dinero.»
—«No le doy nada: le pago su trabajo, como la Fábrica me paga el mío.»
—«Usted no puede dar trabajo á nadie que la Fábrica repudie... ¿Lo entiende bien?»
—«Perdone usted: yo tengo afición al estudio, como usted y como la Empresa saben. El francés me resulta muy útil y lo tengo bastante olvidado. Encuentro á un hombre que lo habla, y aprovecho la ocasión. El me corrige, yo le pago el tiempo que en mi servicio pierde, y en paz...»
—«¿No tiene más que decir?»
—«Ya he dicho bastante.»
—«¡Bueno; pues ahora me toca á mí!... Escoja entre el obrero ó su destino.»
—«No le comprendo...» —«¡Pronto!... ¡O deja el francés ó deja la Fábrica!... ¡En seguida!...»
—«¿Pero es que estas resoluciones pueden adoptarse en momentos de cólera?»
—«Están meditadas de antemano... Decida inmediatamente, y recuerde que la Fábrica no rectifica nunca: si ahora sale de ella, nunca reingresará: ¿La Fábrica ó el obrero?»
—«El obrero.»
—«¡Queda expulsado!»
Y cuando Dios quiso, obrero y empleado tuvieron que marchar España adelante en busca de trabajo digno de sus respectivas habilidades.

XXVIII

Algo tarde he trabado amistad con un hombre todavía joven, gran corredor del mundo, y harto desencantado de la vida.

—¡Si hablase con él!... —me habían dicho varias veces—. Sabe muchas cosas que podrían interesarle.

—¿Dónde podré verle?

—¡Quién sabe!... Se ha vuelto misántropo. Pasan semanas enteras sin acudir á los sitios de reunión. Cuando está cuerdo, se llena los bolsillos de papeles y libros, y se marcha por el campo ó se interna horas y horas en los robledales y pomaredas que cubren los montes.

—¿Y cuando no está cuerdo?

—Pues está borracho... Ordinariamente está borracho...

—¿Pero es más fácil verle?

—Menos. Se mete días enteros en cualquier apartada taberna, y bebe sin tasa mientras refiere á los mineros, que le escuchan absortos, escenas de los países que ha visitado, ó les explica lo que son los antípodas, la influencia de la luna sobre nuestro planeta, el tamaño y carácter de los marcianos, ó, en fin, su ideal de la vida, que consiste en no hacer nada.

—¡Sabio ideal de todos los tiempos!

—Sólo que los mineros no le siguen en este punto.

—¡Qué torpes!

—Sí; son muy torpes.

—¿Y había de repetirme ese filósofo las enseñanzas que comunica á sus compañeros de taberna?

—¡Ah, es que sabe muchas viejas historias del país; conoce como nadie la vida del obrero; sabe de minas tanto como un ingeniero, y hasta ha calculado aproximadamente el tiempo que falta para extraer toda la hulla!... No es tanto como algunos se figuran; pero tiene el dolor de presentir que morirá antes.

—¿Es alguna víctima de los patronos?

—Su madre goza de buena posición, y él no carece de nada... Es que sueña con la vida sencilla, que el movimiento industrial espantó de nuestros

valles... Por eso huye de la gente, que siempre habla de esta inacabable lucha, y vaga solitario entre los árboles.

—¿A que resulta un filósofo?

—¿Y por qué no?

—Desearía conocerle.

—Si la casualidad no se lo depara, será difícil.

Por casualidad le encuentro.

He salido á la estación para despedir á un amigo que marcha en el primer tren, y juntos paseamos gozando de un breve sol que las nubes desgarradas dejan caer. De pronto se detiene el viajero, y mirando á lo lejos, grita á pleno pulmón. Por una vereda camina un hombre alto, recio de espaldas y de paso firme; el sombrero de caídas alas le oculta el rostro. Al oír las voces, se detiene, duda, mira con insistencia y viene á nuestro encuentro.

Mientras saluda á mi amigo, reparo en él: un alcoholizado. Su cara es redonda, roja, abotargada; parece que al tocarla con los dedos había de diluirse. Sus ojos tienen poca luz. Cuando me ofrece su mano, la noto fría y de lánguida prensión. Aunque camina recto, en torno difunde penetrante olor á embriaguez.

El silbato relincha y el tren se acerca galopando. El viajero sólo tiene tiempo de recomendarme á él para que me acompañe un rato. Llega la despedida; parte el tren, y nos quedamos solos el beodo y yo.

—¿Es forastero? —me pregunta, por preguntarme algo, cuando transcurren algunos minutos de silencio.

—Sí.

—¿Viene empleado?

—No. He venido á visitar esto.

—¿Conoce otras regiones mineras?

—Sí; pero me interesan las luchas de aquí.

—Las de Bilbao son más interesantes.

—Es cierto.

—Podía haber ido allí.

—Estuve el año pasado y volveré muy pronto; pero Bilbao significa para mí capítulo aparte.

—¿Le han contado en el pueblo los sucesos de este año?

—Algunos.

—¿Y dónde quiere que vayamos?

—A cualquier sitio.

El beodo consulta su reloj, y parece dudar. Luego se decide:

—Hoy hace buen sol, y deseará pasear por el campo.

—Vamos.

Toma por una vereda, y marcha delante con la cabeza inclinada, sumergido en sus pensamientos. El tiempo pasa y nada dice. Acercándome a él cuanto el mal camino consiente, le hablo lo primero que se me ocurre.

—El valle está bien cultivado.

—Mejor estuvo cuando se cultivaba.

—No le comprendo...

—El ansia del oro abandonó á la madre tierra para explorar las entrañas de los montes, más negras que las entrañas de los condenados. Los campos se olvidaron y la mala hierba los pobló. El cielo tuvo que enviar la maldición de la huelga para que los hombres volviesen al patriarcal laboreo. Los mineros expulsados que no tenían amor á este suelo huyeron adonde el destino les condujo. Los de aquí volvieron á roturar la tierra y á llenar su seno de gérmenes fecundantes. Algunos que no están en guerra con los patronos cultivan su pejugar, y el tiempo que su asistencia les deja libres entran en la mina. Gracias á nuestra buena madre la tierra, aún pueden vivir en su pueblo algunos, que sin ella andarían errantes por el mundo.

Dice, é inclinando otra vez la cabeza, sigue por la vereda, como si yo no le acompañase ni nada le requiriese en torno... Tanto tiempo caminamos en silencio, que otra vez vuelvo á hablarle:

—Estos campos negrean.

Nada me contesta.

—¿De qué negrean estos campos?...

—¿Cómo?... ¿De qué negrean?... Sí, señor, negrean del carbón... ¿No ve el río que avanza negro?... El labriego sólo puede regar con agua negra... La tierra absorbe el agua, y el carbón se sedimenta en la superficie formando esa capa que negrea.

Y nada más vuelve á decir hasta que le pregunto pasados algunos minutos:

—¿Y por qué tan negro el río?... Porque los reglamentos no se cumplen.

—Usted tampoco creerá en la eficacia de las reclamaciones...

—¡Naturalmente! Pedir aquí que se cumplan leyes y reglamentos es pedir lo absurdo y perder el tiempo. Mientras aquí reine el feroz capitalismo, el río no se verá limpio, ni á sus aguas volverá la rica y numerosa pesca que emigró en busca de puras corrientes. El primero en no cumplir los reglamentos es Comillas el Fariseo. Sus carbones los lavan al lado del río, y sus detritus los amontonan en la margen misma. Llega el invierno, se hincha el caudal, y cada

soberbia avenida envuelve y se lleva los escombros. Esto ahorra mucho tiempo y dinero. La rapaz empresa de este pueblo imita á Comillas el Fariseo, y entre ambos capitalistas nos convierten el río en un gran depósito de liquido betún, donde ni la ropa puede lavarse.

—Pero los daños los experimentan otros pueblos.

—Muchos. Tantos como hay en el curso del río hasta dar en la mar, que lo limpia de impurezas. Sí, señor. Pueblos que nada tienen que ver con las minas ni participan en ningún sentido de sus beneficios, si es que alguno aportan, han de sufrir sus malas consecuencias; pues suelen ser pueblos modestos que con la preciosa fauna fluvial han perdido una de las más importantes riquezas que antaño tuvo la región.

—Quizás todos los pueblos asociados...

—¿Protestar?... Por centenares se cuentan las veces que ha protestado la Prensa... Eso queda para otros países... ¿Qué sacarían estos pueblos de clamar contra el gran cacique que á todos los tiene esclavizados?... ¿Qué contra Comillas el Fariseo?... ¿Ha logrado nadie que la razón prevalezca una sola vez sobre el dueño de esa Fábrica que se yergue á lo lejos? Comillas y el dueño de la Fábrica, el Fariseo y el viejo crapuloso se bastarían para ahogar en oro cualquier grito de protesta. No en un ministerio, en el Puerto de Arrebatcapas, que son los pasillos del Congreso, y en el gran patio de Monipodio, que es el Salón de Sesiones, mandarían ellos... ¡Perdone, no hable!... ¿Viene usted de Madrid?

—De allí vengo...

—Pues aunque otra cosa dijera, usted sabe que es verdad.

—Sólo quiero decir que allí hay gente incorruptible.

—¿Y qué pueden hacer unos cuantos contra aquella gran partida de Maniferros y Chiquiznaques?

—Mucho.

—Por ejemplo: cuando ha llegado la época de subvencionar al mismo Comillas con siete millones por la inútil Trasatlántica ¡eh!... ¿El estampillado?... Bueno; ya veremos en qué para el monopolio del azúcar que estos días se discute: pero me parece que no serán los incorruptibles, sino los de las acciones liberadas quienes triunfen...

Otra vez vuelve á sumergirse en sus cavilaciones; pero ahora no soy yo, sino él quien empieza á hablar pasado un rato:

—Conoce usted á Carlyle.

—Sí.

—El propuso esta cuestión: si en la resta de la vida había que aumentar el sustraendo ó disminuir el minuendo.

—¿Y qué?

—Aunque sometiese el problema á la consideración del lector, él lo había resuelto.

—¿Y qué?

—Que tenía razón: es preferible disminuir el minuendo. Los gastos modernos le incorporan demasiados guarismos, y nuestro sustraendo jamás alcanza á dar la justa cantidad para obtener la sabia resta de la vida. Hay que amenguar las necesidades, y el dinero con que se satisfacen dejará de ser el Gran Tentador. ¿No le parece?...

—Aún tengo dudas.

—Lo siento. Yo creo que para gozar profundamente hay que volver á la vida sencilla, desconocida en las ciudades y en estos grandes centros, donde creyendo alabar á Dios, el corazón más puro sólo rinde culto á Mammón. La vida no es tan compleja como se dice; somos nosotros los que nos obstinamos en complicarla. ¿No le parece?

—Quizás ahora tenga razón.

—No lo dude. Lo postizo y superfluo es lo que la complica. Despojada de lo superfluo, se vuelve fácil, profunda y amable, y se convierte en fuente de las más sanas y duraderas emociones... Si conoce á Carlyle es probable que también haya tratado á Emerson ¡eh!

—También.

—Pues sentémonos al pie de estos árboles, y veamos si en un rato de reposo alcanza á gozar intensamente de lo que Emerson llamaba la propiedad del poeta... Pero no es fácil. Usted llega de la ciudad y trae ciegos los ojos interiores, y sus anhelos aspirarán á lo superfluo... Necesita vivir más en contacto con la tierra: ahora sólo puede ver montes y árboles, un río negro abajo y un cielo azul encima, que mañana lo ocultará el velario de las nubes; pero si estuviese más tiempo en comunión con la Naturaleza y por ella sintiese los amores, que la ciudad le roba, quedaría asombrado de los tesoros y magnificencias que para sus predilectos esconde.

XXIX

Tendido en el suelo y con la mirada errante entre el tupido follaje que nos cubre, ó deslizándola por el terso cielo que más allá azulea, mi compañero parece no advertir la marcha del tiempo.

—Cuando guste nos acercaremos al pueblo —le digo.

Se levanta perezosamente y murmura:

—Vamos.

Como al empezar nuestro paseo, camina absorto y sin deseos de hablar. Sin duda no es hoy el mejor día para que me cuente las historias que sabe. El sigue meditativo y yo me aburro. ¿Qué decirle?

—En esos montes fronteros se observa una gran depresión.

—¿Sí? —me contesta distraído.

—Allí enfrente.

—¿En qué sitio?

No se ha enterado de mis palabras.

—¡Allí!... El monte aparece hundido...

—Es verdad; á esa depresión corresponde una galería. Han extraído la hulla, no han cegado el hueco, y el monte se ha hundido.

—Pero eso no debía de suceder.

—Pero sucede... Mire más arriba otro derrumbe... Mire á nuestra derecha otra gran arruga y los árboles que la bordean horizontales y prestos á desaparecer si el terreno sigue hundiéndose... Mire á nuestra espalda, en la dirección de mi dedo, y verá el monte desgarrado, como si un terremoto lo hubiera conmovido. Esto es lo que desde aquí puede apreciar la vista.

—Y estos montes creo que no pertenecen á las Empresas explotadoras.

—Tienen sus propietarios.

—¿Les indemnizan de los daños?

—No.

—Pues eso no debía de ocurrir.

—Pero ocurre. ¿Quién puede atreverse á reclamar sabiendo que perderá el tiempo y el dinero?

—¡Este imperio del capitalismo resulta irritante!

—Sí.

—¿Y no hay ningún remedio?...

—Si usted no lo atina nuevo, los conocidos son todos ineficaces.

—¿Y qué significa aquella gran joroba en medio de la torrentera?

—Significa que cerca está la boca de una mina y los escombros los han depositado por comodidad en la torrentera.

—Podían haberles arrojado en otra parte.

—Hubiese costado dinero.

—¿Y qué?

—Que á la Fábrica no le conviene hacer gastos improductivos.

—Pero esa gran masa de escombros constituye un inminente peligro en el centro de la torrentera.

—Eso ya lo sabemos todos... Si estuviésemos más cerca la vería cuarteada y á punto de precipitarse hacia abajo. Cualquiera lluvia abundante que baje por la torrentera lanzará los escombros sobre las casas que están al pie y tendremos una Pompeya en pequeño.

—¡Pero eso irrita!

—Pues hay que tener paciencia.

—¡Yo no la tendría!

—¿Qué iba á hacer?

—¿Yo?... ¡No lo sé!...

—Nosotros tampoco... ¿Quiere tomar una copa?

—Gracias.

—¿Y cerveza?

—Tampoco.

—¿Quiere ver algunas casas de obreros antes de que llegue la noche?

—Con mucho gusto.

—Entremos por este barrio.

Casas bajas; calles cortas, angostas, angustiosas. En los charcos que deposita la lluvia se disuelve la inmundicia, y al rostro llegan cálidos soplos mefíticos. En la primera casa que miramos se ven varios rostros de mineros, tiznados, deshechos los vestidos. Tres mujeres sucias y escualidas remiendan á la puerta. Algunos chiquillos enredan al lado de sus madres, sentados en el suelo y con los pies descalzos, cubiertos del lodo negro que forma el polvillo del carbón. Mi compañero designa por su nombre á un minero y le pregunta:

—¿Cuántas personas vivís aquí?

Y el minero le contesta:

—Ocho.

Como si yo no hubiese entendido, repite mi guía:

—Ocho... Y en un espacio de cinco metros en cuadro, con techo bajo, una puerta baja y una ventana de á palmo... ¡Ocho y éste!

Este es un cerdo hético y de escasa pelambre que gruñe rabiosamente hoceando en el fétido interior.

Y seguimos por el tortuoso barrio, andando con mucho tiento para no hundirnos en los negros y corruptos lodazales.

—¿Cómo tanta miseria —le pregunto— habiendo en esa casa tres mineros?

—Uno es vecino; otro no trabaja. Y cuente que los jornales han descendido y la vida es tan cara como en Madrid... Pero vaya fijándose en estas otras casas, donde no vive menos gente. En muchas ni siquiera hay hombre que trabaje.

—¿Y cómo viven?

—Fíjese en los cuerpos y verá que viven muriendo.

—Hay algunas puertas cerradas.

—No sólo en el centro del pueblo se han cerrado. Algunas familias que allí vivían se han traslado aquí. Los de aquí han emigrado, y con vivir ocho personas en una pocilga aún les resulta caro el alquiler, y se acogen á los hórreos. ¡Vea usted uno!

Mientras nos acercamos al más próximo y ascendemos los escalones carcomidos por las polillas centenarias, mi acompañante va diciendo:

—Donde los antiguos encerraban sus cosechas, ahora tienen que albergarse los desechos del industrialismo voraz. Estas son las consecuencias de nuestro maravilloso progreso: para una docena que comen, ciento se mueren de hambre. Para que uno despilfarre á sus anchas, veinte mil han de afanarse.

Llegados ya á la baja puerta del hórreo, me dice:

—¿Ve usted algo?

—Nada. Está anocheciendo y el humo lo llena todo.

—Pues vámonos. Estos todavía encienden paja en un anafre de barro, y quizás tengan algunas mazorcas que asar. En otros hórreos tal vez no haya ni eso... ¿Quiere tomar una copa?

—Gracias.

—¿Cerveza?

—Tampoco.

—¿Desea algo de mí?

—Que siga bien.

Y con el sombrero de caídas alas ocultándole el rostro, se aleja por la calle próxima con las manos cruzadas á la espalda, seguro el paso, inclinada y meditativa la cabeza.

XXX

LA ALDEA PERDIDA

En la penumbra de la callejuela que conduce á la sidrería se destaca una alta figura, tambaleante y de invisible rostro bajo las alas caídas del sombrero. Con pausa y cuidado asciende la peligrosa escalinata, saluda con tenue voz á la tradicional tertulia, y se sienta en un taburete á mi lado.

Los honestos cofrades reciben al nuevo amigo con regular algazara. Unos le inquietan por su larga ausencia de la sidrería; otros le dicen que con cuántas copas ha oficiado á su patrono San Baco; algunos, mas crueles, le aseguran que estregándole fuertemente se produciría en él la combustión espontánea. Tan agudas son las alusiones, que miro de soslayo á mi vecino, temiendo que de uno á otro momento alargue la mano y no encuentre en la mesa bastantes vasos ni botellas para arrojar á la cabeza de los insolentes. Pero las chanzas alusivas á su estado se prolongan buen rato sin que el aludido pierda la calma en sus réplicas. Sólo bajo las anchas alas del sombrero, me parece observar que sus mustios ojos se animan en un pasajero brillo de amargura y de ironía.

A unas bromas suceden otras.

—¿Cómo anda Marte? —le pregunta un joven que se distingue entre los demás amigos por su mordacidad.

—Muy bien —le contesta el beodo.

—¿Has tenido nuevas noticias de él?

—Hace algunos meses que no he sabido nada.

—¿Pero crees que pronto habrá comunicación interplanetaria?

—Así lo espero.

—¿Cuánto tardará?

—Quizás menos de lo que tarde en volver la paz á este valle.

Si la voz opaca hace inexpresivas las palabras, sus ojos tampoco advierten ahora si por dentro le anima la fe ó le baila la burla. Sus labios sonríen con finura; pero es una sonrisa de bondad y tristeza.

—¿Y cuándo crees que llegará la paz al valle?

—Más de medio siglo tendremos que esperarla.

—Para largo la fías.

El beodo nada dice.

Por inducirle á hablar, ó por deseo de que la charla se anime con la polémica, el joven que le zahiere exalta los beneficios que el movimiento minero ha aportado en los cuarenta ó cincuenta años transcurridos.

Su contendor repite á cada afirmación del primero:

—¡Ya lo estamos viendo!... ¡Ya lo estamos viendo!...

—¡No lo dudes! —insiste el otro—. Hace medio siglo el pueblo sólo era una aldea. Hoy...

—Hoy, la mitad de las casas están cerradas. La persecución arrojó por centenares á las familias... Sí; el movimiento industrial agrandó al pueblo; pero medio pueblo está cerrado y de sobra...

—Ahora hay mucho más dinero que antes.

—¿Dónde está?

—¿Negarás que el obrero gana más?

—¿Negarás que la existencia es más cara?

—La miseria nos trajo millares de familias que en las minas encontraron trabajo y pan...

—Y para no morir de hambre han tenido que volver á los lugares abandonados, ó emigrar á América.

—Hablas de ahora... ¿Y antes de iniciarse la crisis?... ¿Pensaron jamás de obtener en los campos tan espléndidos jornales?

—Tampoco pensarían en los peligros que acechan por las negras galerías, en los estragos del alcoholismo y de la tuberculosis, en la degeneración de sus hijos... Y la vida también vale algo.

—Pero esos son males inherentes al progreso.

—Y el progreso es una palabra con que se quiere justificar muchos males.

—¿Eres enemigo de él?

—Me pasa con el progreso lo que con algunas preocupaciones: no puedo despojarme completamente de su influjo; pero hay otras cosas en el mundo que me interesan más.

—Pues, con todos sus inconvenientes, yo prefiero esta vida á la campesina de hace cincuenta años.

—Pues yo prefiero la campesina y sencilla de hace medio siglo á esta vida industrial y compleja; y si Palacio Valdés hubiese conocido este pueblo y observase ahora el infierno que de él ha hecho la sed del oro, con más razón echaría de menos La aldea perdida.



MANUEL CIGES APARICIO (1873—1936). Escritor y periodista. Huérfano de padre se trasladó con su madre á Azuaga (Badajoz). Estudió segunda enseñanza en Badajoz. Regresó á Enguera y sentó plaza como soldado en marzo de 1893. Su primer destino fue Cataluña y posteriormente Cuba.

El 1 de enero de 1896 publicó con el seudónimo «Escipión» un artículo en *El País* reclamando la autonomía para Cuba. Una vez en la isla comenzó á remitir correspondencias á Henri Rochefort para *L'Intransigeant* criticando las operaciones militares y la política de Weyler. Interceptadas sus cartas fue acusado de alta traición, siendo encarcelado en la fortaleza de La Cabaña hasta mediados de 1899.

De regreso á España trabajó en las redacciones de *El Pueblo* (Valencia), *Vida Nueva* (Madrid), *El País* (Madrid), *El Progreso* (Zaragoza, 1903—1904) y militó en el republicanismo. Entre 1903 y 1910 publicó cuatro libros autobiográficos, *Los cuatro libros: El libro de la vida trágica: del cautiverio* (1903) relata su estancia en la prisión colonial y fue un auténtico éxito, de forma que se reimprimió cuatro veces más; con él inició la serie, compuesta además por *El libro de la vida doliente: del hospital* (1906); *El libro de la crueldad: del cuartel y de la guerra* (1906) y *El libro de la decadencia: del periodismo y la política* (1907); y dos de denuncia social en la serie «Las luchas de nuestros días»: *Los vencedores* (1908) y *Los vencidos* (1910).

Ingresó en el Partido Socialista Obrero Español en noviembre de 1909, poco antes de abandonar España rumbo á París, perseguido por la ley de Jurisdicciones. En la capital francesa perteneció al Grupo Socialista Español y allí recibió la visita de Pablo Iglesias en 1910 cuando éste iba camino de Copenhague para participar en el Congreso de la Segunda Internacional. Recorrió el norte de Africa como enviado especial de El Pueblo y poco á poco se fue alejando del socialismo. En 1916 visitó al rey Alfonso XIII en el Palacio para hacer gestiones favorables á los presos en poder de las potencias germánicas lo que le valió ser dado de baja en el Grupo Socialista Español de París en enero de 1917. Ese mismo año regresó á Madrid para incorporarse á la plantilla de El Imparcial como analista de política internacional, puesto que ocupó hasta 1925.

En 1928 y 1929 fue director de La Voz de Aragón (Zaragoza). Políticamente se aproximó al republicanismo y, en concreto, á Manuel Azaña. Fue Gobernador civil de Baleares desde el 16 de febrero de 1933 al 21 de diciembre de 1935. Colaborador de El Liberal y El Mercantil Valenciano y creador de Política, diario de Izquierda Republicana. Tras el triunfo del Frente Popular fue nombrado Gobernador civil de Santander (22 de febrero á 3 de junio de 1936), Lugo (3 de junio á 5 de julio de 1936) y de Ávila desde esa fecha, donde le sorprendió la rebelión militar del 18 de julio de 1936.

Detenido, fue fusilado en Ávila el 5 de agosto junto á Licinio Ávila, concejal y fundador del socialismo en dicha ciudad y Manuel Alonso Zapata, diputado socialista por Madrid en 1933.

Notas

[a] En la presente edición se han mantenido las normas ortográficas y tipográficas de la edición de 1908, a partir de la cual se ha realizado esta. <<

[1] Ante público adinerado, por supuesto. Una de las mayores habilidades de nuestros politicastros consiste en ajustar sus palabras á la naturaleza del auditorio. Las contradicciones que en algunos pudieran señalarse, sólo resultan de una diferencia en el público á que se dirigieron. <<

[2] Errata en la edición de 1906. (N. del E. D.) <<

Índice de contenido

Cubierta

Los vencedores

Introducción

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

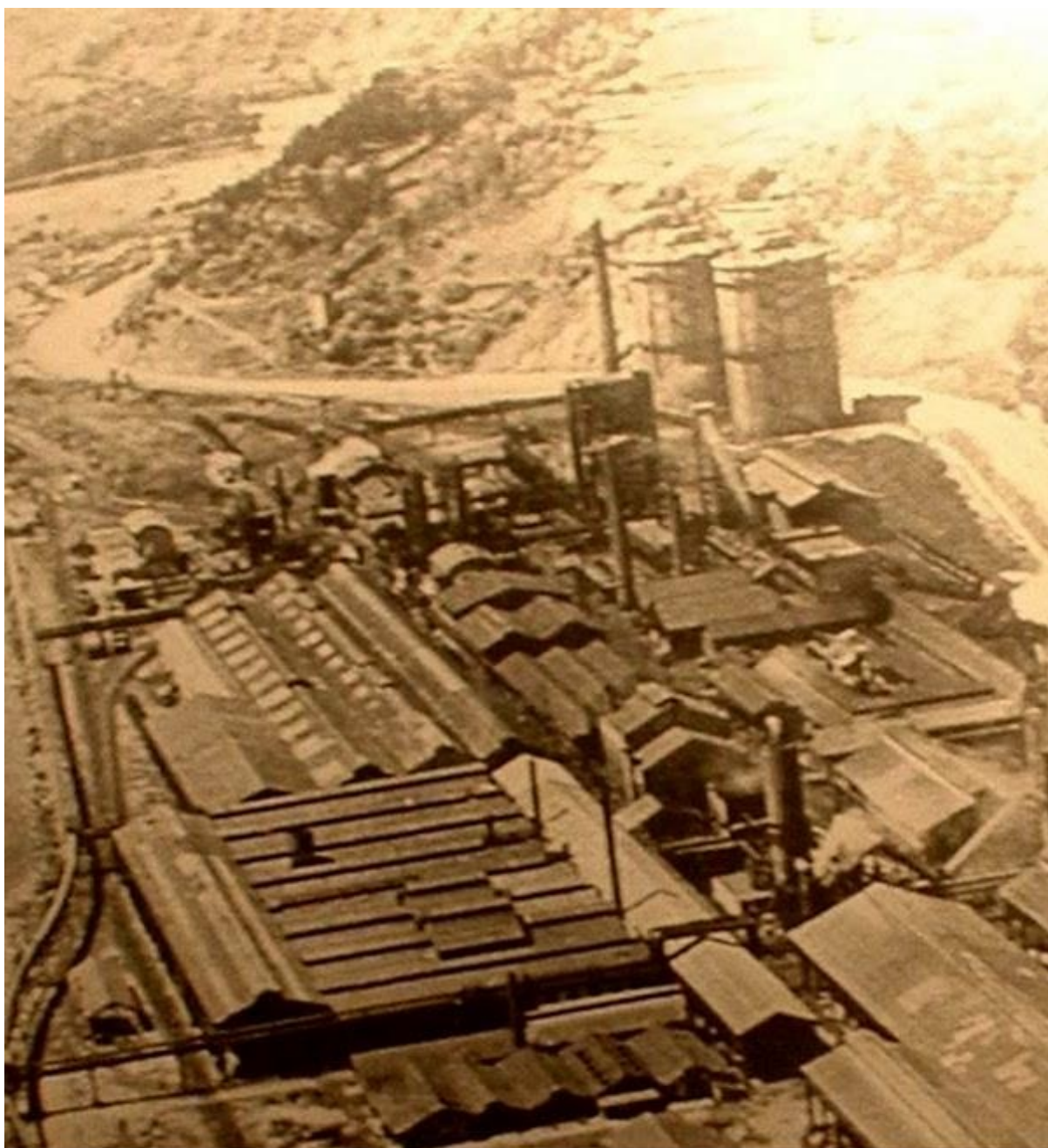
XXVIII

XXIX

XXX

Sobre el autor

Notas



LOS VENCEDORES
Manuel Ciges Aparicio



Lectulandia